Fray Mocho

Revista Semanal



Nº. 898

1816 - 9 DE JULIO - 1929

"Evocación histórica", cuadro del pintor Castillo, en el cual aparece Belgrano entregando una bandera a la casa histórica, a su regreso del Campo de las Carreras

Actualidades Cinematograficas



Escena de "Querer es poder", con Edmundo Lowe y Lois Moran como protagonistas, que la Fox estrenará pasado mañana.



Helen Foster y Charles Gerrard en "La prueba acusadora", que pasado mañana estrenará la New York Film.



Douglas Fairbanks caracterizando a D'Artagnan en "El caballero de la máscara de hierro", (20 años después), que Artistas Unidos estrenará mañana.



James Murray y Eleanor Boardman en el film extraordinario "Y el mundo marcha"... que la Metro-Goldwyn Mayer estrenará el 19 del actual.



Laura La Plante, John Boles y Montagu Love en "El teatro siniestro", que la Universal ha comezado a exhibir.



Marguerritte de la Motte y Douglas Fairbanks en "El caballero de la máscara de hierro", tomada de la obra de A. Dumas "20 años después"

FRAY MOCHO

Fundado el 3 de Mayo de 1912 — Dirección, Redacción y Administración: CERRITO 607

Año XVIII — Buenos Aies, julio 9 de 1929 — No. 898

El dia de la Independencia

Un jubiloso repique de campanas augurales esparció en el diáfano cielo tucumano, aquel amanecer de Julio de 1816, el anuncio feliz de la Patria. Estaban reunidos los representantes de las Provincias Unidas del Río de la Plata para proclamar a la faz del mundo, precisamente en momentos de angustiosa incertidumbre sobre la suerte de las armas de la libertad, el surgimiento glorioso de la Nación. Esta actitud afirmativa, reveladora de un indomeñable estado de conciencia, debía ser de proyecciones inolvidables para el triunfo de la causa revolucionaria. Fué la voluntad de Independencia, de soberanía, de mayorazgo de edad que significara una existencia de hecho de la Nación aún en el caso triste de que cayera en la adversidad de su destino. "La Patria vivirá en nosotros, en nuestros hijos y en los hijos de nuestros hijos, — declaró el ilustre delegado de Salta, — aunque nos ganen en la batalla y nos aten nuevamente al yugo extranjero; porque ya habremos dado este grito que certifica nuestra realidad de pueblo, y porque los que nos sucedan recibirán la herencia de gloria de proseguir la campaña en que nosotros morimos." Así era en efecto. No importaba la inminencia de la caída; no importaba que la Bandera ofrendada por Belgrano a la Virgen Patrona corriera la amenaza, mil veces salvada, de ser ametrallada por las huestes enemigas. Nada de esto importaba para el generoso y desbordado entusiasmo de proclamar la Independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata. Lo esencial, seguramente, era imponer al mundo esta suerte de protesta en que levantábase, erguida en sus cordilleras, el pueblo que lanzó en América la palabra de rebeldía y afrontara con ánimo heroico las vicisitudes de una "epopeya de uno contra cien" — para usar la definidora frase de López y Planes. Lo necesario, lo urgente, debía ser el testamento de libertad que legaran los patricios a las venideras generaciones, para que tuvieran un mandato que cumplir, para que realizaran la Historia de la Patria si ellos se veían impedidos de llevarla a término, a pesar del sacrificio común. La demanda resonó en todos los límites del país y en todos los corazones, como una voz nueva de infinita proyección concéntrica, como un ímpetu de sangre que se agolpa en un latido final, y la Independencia fué proclamada en la casa eterna de Tucumán.

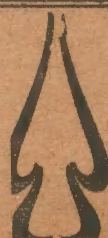
La clásica impresión de Subexcauseit nos muestra en una imborrable imagen la asamblea patricia: Laprida al frente, y a ambos lados los constituyentes que traían los poderes de sus respectivas provincias. Cuentan las crónicas que la reunión fué rápida, bajo el signo de las noticias del contraste de las fuerzas de la Revolución. Los pabellones de la Bandera de Belgrano cubrían en dosel la Providencia de la Asamblea; y a través de las ventanillas abiertas, por cuyo enrejado advertíase al pueblo congregado en las adyacencias de la casa, entraba la fría ráfaga de Julio y el sol apagado, triste reflejo del que alumbrara en Mayo de 1810 la esperanza del Cabildo de la metrópoli. Pero la entereza moral se antepuso a cualquiera flaqueza, que hubiera sido traición de lesa Patria en los instantes intensos de la hora inmortal. Hubo fe y hubo decidido espíritu de sacrificio en los ciudadanos allí convocados. La Independencia fué, así, un acto de coraje, de energía, de superación espiritual. La perspectiva de la derrota de la Revolución no asoló las almas argentinas. Al contrario, parecía haber renovado su potencia interior, su capacidad de esfuerzo y de gobierno. La declaración leída por Fray Santa María de Oro, en medio del silencio conmovido de los constituyentes vino a ser el primer respiro — no, sería el último, gracias a Dios — de la Nación Argentina. La Patria existía! La Patria era un conjunto de voluntad que perduraría eternamente, aunque cayera al día siguiente en manos extranjeras! Y he aquí que ello fué el gesto salvador. Proclamada la Independencia con el sagrado juramento de lealtad de los patricios, las Provincias Unidas del Río de la Plata sacaron fuerza de flaqueza y confundieron todo — su fuerza y su espíritu para que la magnífica jornada sobreviviera en la Historia indemne ante los acontecimientos del mundo. El sol del 9 de Julio de 1816 no fué postrero, no se extinguió: su alta luz cobró vigor y se proyectó en vívidos fulgores sobre el porvenir de la Patria. Nos alumbra todavía, a más del siglo de su aparición; y seguirá arrojándonos su claridad en el tiempo y en el espacio infinitos.

¡9 de Julio de 1816! Nosotros sabemos de la remembranza de tus horas inmortales. Amamos tu recuerdo con el fervor con que nuestros padres amaron tu presente: y nos inundamos de entusiasmo patriótico, más hondo y levantado a medida que la Patria crece en años, cuando en el calendario tu signo de fiesta nos salta en los ojos. Eres la fiesta magna de la nacionalidad, la viril expresión de la Independencia que, hoy, contempla el mundo libre en la pujanza de nuestro progreso, en la grandeza de nuestro espíritu, en la consistencia eterna de las instituciones que aseguran la democracia en que vivimos, adictos al pensamiento originario de los constituyentes de Tucumán.

¡9 de Julio de 1816! La Bandera de Belgrano que fué tu símbolo a lo largo de la inmortal epopeya patriótica, es también símbolo de perfecta generosidad de ideales. Representa ahora, como ayer, como siempre, la fuerza de un pueblo en quien laten las virtudes honrosas y el genio de la estirpe. Hemos modelado tu significación, nos hemos ajustado a tu representación. Es esto el modestísimo tributo de recuerdo leal a los antepasados que nos abrieron el camino de la Historia. Conscientes de la soberanía que nos llegó en tu fecha, la Patria Argentina prosiguió su marcha acelerada hacia el futuro merced al impulso de sus hijos dignos, tanto de los que descollaron para merecer el homenaje colectivo, como de los humildes que, roturando la tierra pródiga, o trabajando en el cálido y febril ambiente de las oficinas y de los talleres, rindieron en obscuro anonimato su precioso afán por la felicidad del hogar común.

¡9 de Julio de 1816! Efemérides de siglos; flecha rasgando en el tiempo la inicial de la Nación Argentina; lábaro de ideales imperecederos, por los cuales se afirmará en la Historia la existencia de un pueblo elegido de Dios.





LAS NEGRURAS DE LA CHINA

Por Felipe de Mora

Muy joven comenzó Arturo su carrera de marino mercante; no era extraño, pues, que a los veinticinco años de edad se encontrase ya primer oficial del gran buque de pasajeros "Filipinas" de la ruta Hong Kong a Shanghai.

Era Arturo un muchachote guapo, de ojos azules y bigote negro, con inteligencia más clara de lo que, por regla general, apreciamos en los marinos mercantes. Su estancia en el oriente la motivaba la rapidez en el ascenso, el mayor sueldo que en otra línea y, además, porque el oriente lo atraía con fuerza irresistible: especialmente China, con sus extrañas costumbres y su incomprensible espíritu excitaba su curiosidad como lo desconocido y lo extraordinario atrae a la juventud y al romanticismo. Tan grande influencia ejercía China sobre él que, desde su primera visita a Shanghai, comenzó a estudiarla con detenimiento de artista y ahora, al cabo de tres años de trabajo constante, conocía el idioma, tanto escrito como hablado, lo bastante bien para obtener grandes beneficios prácticos.

En Hong Kong embarcó un personaje chino, el mandarín Fing que había sido mandado a Tokio con una misión diplomática. Fing aparecía como un chino vulgarote del sur, pequeño de estatura, calmoso y maneras recatadas. Arturo le creyó viejo, porque se fijó en sus impenetrables negros ojillos bordeados de muchas arrugas, que no por ser superficiales pasaban desapercibidas a un observador; pero bien pudiera tener solo cincuenta años a juzgar por su andar firme y por su apariencia general. Evidentemente Fing era hombre revestido de autoridad y acostumbrado al mando, como lo dejaba comprender el constante servilismo del hombre que lleva ba por secretario y que rarísimas veces se apartaab de él.

Ni Arturo ni el resto de la tripulación del barco habían tenido ocasión de ver a los chinos de cerca: embarcaron de noche, tomando los camarotes de lujo de un costado del barco, todos comunicados entre sí, y allí permanecían encerrados, salvo una hora diaria en que subían a la cubierta para tomar el aire, pero formando una piña, señores y servidumbre, lo más apartados posible del resto del pasaje, no hablando siquiera entre sí, mucho menos dirigir la palabra a un extraño.

A pesar de todo llegó a saberse que entre la comitiva se encontraba la señora del mandarín, y según la camarera y el segundo oficial, era joven, casi una niña de apenas diez y seis años, y guapísima.

Durante los tres primeros días de navegación se mantuvo un tiempo ideal, algo caluroso como es de rigor en aquellas latitudes al acercarse el mes de junio, pero agradable con sus frescas brisas norteñas y su calma marina de lago tranquilo. Más llegó el jueves (el buque había zarpado el lunes de Hong Kong) y cambiaron las perspectivas de un futuro cercano; el sol se ocultó entre llamaradas de fuego, que tal semejaba el fuerte rojo del crepúsculo en la bóveda azul del firmamento no manchada por nube alguna.

EL GENIO

Hecho de rebelión y de esperanza,
es astro y es montaña a un tiempo mismo:
astro que vierte luz en el abismo,
cumbre que el sueño de la luz alcanza;

nuevo Sansón del porvenir que avanza,
grande si le sublima el ostracismo,
soberbio si le exalta el heroísmo,
terrible si le empuja la venganza.

Ruge en su derredor la muchedumbre,
como una tempestad sobre una cumbre;
mas de los siglos para nuevo ejemplo,

vence a los filisteos de la historia,
y se levanta del derruído templo,
la póstuma apoteosis de la gloria!

Ricardo ROJAS

El ojo avizor del capitán le mantuvo en el puente sin atreverse a dejarlo, pudiéndosele observar inquieto muy antes de comprender que tuviera el menor asomo de razón para ello.

Poco después de las nueve de la noche se elevó en el horizonte; una luna como una conflagración, un círculo rojo que prometía buen tiempo. Y sin embargo, ninguno de los marinos avezados podían desechar un recelo agudo que les inquietara.

Arturo se dirigió, como por impulso externo, a la mesa del capitán para consultar el barómetro; y tan rápido fué su regreso al puente que apenas faltó de él medio minuto.

"El barómetro está bajando como si se le hubiera caído el fondo, mi capitán," dijo a éste con marcada intensidad.

"No es extraño, pues se avecina un tifón," (el terrorífico huracán del mar de la China) replicó el capitán con convicción, agregando: "Afortunadamente estamos en un buque moderno de vapor que no puede ser baqueteado como los viejos de vela. De todas maneras no está demás que baje usted al camarote del mandarín y le advierta que se aproxima mal tiempo, ayudándole en todo aquello que crea pertinente para cojerle prevenido y preparado. Y dígale que yo iría también si entendiera su endemoniada lengua."

Sin prorrumpir una palabra corrió a cumplir la orden recibida y llegó hasta el camarote del chino donde llamó con los nudillos. Por unos segundos se sintió como escudriñado hasta el interior, al cabo de los cuales se abrió la puertecita y apareció el secretario de Fing, al que el joven habló sin ninguna clase de reservas sobre el motivo que le llevaba allí; pero antes de terminar sus advertencias le hizo entrar el secretario para que le contara todo aquello al mismo mandarín, quien estaba con su esposa en el saloncito inmediato.

Discreto, aunque claramente avizor, les habló en chino de las molestias que habrían de sufrir y se ofreció para acompañarles hasta sus otras habitaciones y asegurarse de que nada sufriría desperfecto. En aquel instante fué interrumpido por un violento choque: el barco parecía como lanzado por el aire y baqueteado de uno al otro extremo de la quilla. Como si la suerte le protejiera, Arturo pudo sostener el equilibrio entre el matrimonio, y al reponerse el barco del brusco ataque sufrido tuvo tiempo para afianzar sus pies contra el sofá y cojer al matrimonio, uno en cada brazo. Fing se puso verde, pero no perdió el dominio de sí mismo. Al calmarse el vaivén rogó el mandarín al joven que le acompañara hasta su camarote, como si fuera la única persona allí presente de quien tenía que ocuparse. Sin esperar nueva indicación ni proferir una sola palabra dejó a la joven recostada en el sofá y se dispuso a cumplir los deseos del chino; pero el velo que cubría el rostro de ella quedó enganchado en uno de los botones de la guerrera del marino y al separarse del lado de la joven quedaron las facciones al descubierto y sus ojos se encontraron con los de Arturo, un momento no más, pero lo bastante para creer éste que aquella mirada intensa, muy intensa, se había apoderado de él y producido una impresión no semejante a ninguna otra recibida hasta entonces. Y salió ayudando al mandarín hasta su camarote, sin dejar de pensar en aquella mirada. "¡Qué extraordinario! ¡Qué querían decir aquellos ojos? ¡Qué significaría aquella mirada? ¡Cuán hermosa es! ¡Una niña europea más bien que china!" Estas y similares expresiones temblaban en sus labios y mantenían ocupado su cerebro.

El buque comenzó de nuevo a caminar majestuosamente por un mar menos bravío. Fing sintió el efecto y pudo levantar el torso y pedir un vaso de agua. Al volverse Arturo para satisfacer los deseos del chino vió entrar en el camarote a la joven esposa e inclinarse hasta caer de rodillas a la cabecera de la cama

"¿Qué puedo hacer yo por ti, amado mío?" le preguntó con voz sumisa y compasiva a la vez.

"Irte inmediatamente a tu camarote, Flor de Agua, y enviarme a mi secretario: este malestar que siento sólo se quita durmiendo," replicó el mandarín, con autoridad no falta de cortesía.

La tranquilidad fué momentánea: el huracán arreciaba con todas las fuerzas que había acumulado en el centro de su zona de acción, por donde el buque estaba pasando, y sufría las consecuencias. Toda la noche y casi todo el siguiente día no dejó de crujir y sacudirse, en lucha suprema, aquel hermoso buque

Durante toda la tempestad había bajado Arturo al camarote del chino muchas veces para contribuir al mejor confort del personaje en primer término y con la esperanza de encontrarse de nuevo con la joven esposa y averiguar el valor de aquella enigmática mirada que le dirigió la primera y única vez que la había visto. Pero ella permaneció encerrada en su camarote y fueron defraudadas las esperanzas del marino.

Al siguiente día se encontró Fing peor que al principio y tuvo Arturo que convencerle para que le viera el médico de a bordo. Cuando volvió acompañado de éste no pudo contener un estre-

mecimiento de sorpresa, al ver a la joven esposa arrodillada a la cabecera del chino.

El médico invirtió algunos minutos en auscultar al enfermo con todo detenimiento y prometió mandarle algunas medicinas, con la fórmula para tomarlas. En esos minutos, estando Arturo detrás del doctor, pudo contemplar a la joven sin el temor de ser sorprendido por la mirada del mandarín: su cara era el óvalo alargado que los chinos admiran y consideran como sello de la distinción; sus cabellos y sus pestañas eran del negro púrpura de la raza; los ojos grandes rasgados, del color más obscuro de los granos del café; y esto, con las pupilas ennegrecidas, la daban esa peculiar expresión intensa que tanto impresionó al marino cuando la casualidad hizo que sus miradas se encontrasen. En figura era breve y evidentemente sin madurar.

¿Notó la joven que estaba siendo objeto de una escrupulosa investigación muda? se preguntaba Arturo viendo que ella no apartaba sus ojos del marido más que para volverles hacia el médico, como si ninguna otra persona hubiera en el camarote Sin embargo, una clara intuición le decía que ella estaba sintiendo la muda admiración del marino.

Al disponerse el médico a marchar, cuyo cuerpo había servido de pantalla para la contemplación de Arturo, cambió éste su mirada y se encaminó también hacia la puerta.

Durante la enfermedad de Fing, que duró cuatro días, entró y salió el joven bastantes veces en el camarote por ser el único oficial, la única persona mejor dicho a bordo que entendiera el lenguaje chino y ello le obligaba a servir de intérprete con el capitán y con el doctor.

Estos servicios que prestó al mandarín fueron motivos bastantes para granjearse su amistad y su confianza.

Y llegó el día en que el médico recomendó se sacara al enfermo al aire libre para llegar al completo restablecimiento de su salud, y fué el mismo Arturo el que preparó la silla de extensión en el sitio más cómodo de la cubierta del barco, y el que lo cojió en sus brazos para llevarle, como a un niño, y depositarlo, entre mullidos cojines y suaves mantas.

Quizá fuese la única vez que Arturo pudo contemplar las facciones del mandarín suavizadas por una especie de sonrisa de agradecimiento al decirle: "Gracias mil del débil al fuerte."

Después de esto sostuvo varias conversaciones con el matrimonio, a quienes confesó su deseo de comprender la manera de ser de los chinos, sus más recónditas ideas, las bases de sus pensamientos, el alma, por decirlo así, de aquel pueblo tan misterioso. Y Fing le replicó que él se sentiría muy honrado al recibirle en su casa y contribuir a dicho conocimiento.

Avanzó la tarde y el mandarín, que se sentía fortalecer, pidió más abrigo, y fué Arturo mismo quien bajó al camarote para buscarle la manta enguatada que aquel le indicó. Abrió la puerta del saloncito destinado al chino, volvió a la izquierda para entrar en el camarote privado y se halló frente a frente de la joven china. Sus miradas volvieron a encontrarse como la primera vez llena de intensidad y de misterio la de ella, como si acabara ella de darse cuenta de su presencia en el camarote, dejó caer la manta en la silla más inmediata al sitio que ocupaba el marino. Al tomarla éste y encaminarse hacia la puerta vió que se acercaba el secretario del chino con una candorosa sonrisa en los labios. ¿Habría visto o escuchado algo? Se preguntó Arturo al dirigirse a la cubierta con pasos ligeros, sin el menor indicio del sí o del no.

Sin otro incidente digno de mencionar excepto algunas largas conversaciones entre Arturo y el mandarín, llenas de interesantes



—Mañana cumplo veinte años.
—¡Qué casualidad! Yo también.
—Sí: pero yo es la primera vez que los cumplo.

detalles de la vida en China, llegó el buque a Shanghai, donde tenía que estar anclado por varios días para sufrir pequeñas reparaciones.

Pocos días después del desembarco envió el mandarín a su secretario para invitar a Arturo; cumpliendo con ello la palabra que le diera en aquellos días de embarque tan inolvidables para él por las atenciones que recibió del joven marino.

Arturo se encontró, como esperaba, con un suntuoso palacio, de pobrísima fachada, pero de interior tan exquisitamente lujoso que rayaba en lo increíble, y todo él rodeado de un jardín hermosísimo en cuyo fondo se destacaba una pagoda casi fantástica, por su artística estructura; pagoda de las solemnidades de la familia Fing, donde tenía que confirmar sus votos la nueva esposa, donde los nuevos vástagos habían de ser presentados a los dioses de sus antepasados, donde a ser posible lanzaba su último suspiro el jefe de la familia; allí donde la misma Flor de Agua fué llevada, después de las ceremonias matrimoniales, a postrarse e implorar las bendiciones de Kuan Yin, su protectora desde fan solemne momento.

Desde un principio comenzó Arturo a lisonjear a su huésped con asiduidad, intercalando preguntas sobre su vida y sus creencias, sobre la misteriosa razón de adorar en su templo a sus antecesores, y una veintena de curiosidades que no comprendía

Una y otra vez volvió Arturo a tomar el te en el palacio del mandarín y pasarse con él largos ratos de entretenida conversación, ya entre blandos cojines o ya paseando por el bellísimo jardín. Pero nunca vió, ni por un momento, a la bella Flor de Agua, ni nunca se atrevió a preguntar por ella.

Habían pasado ya tres días desde su última visita al palacio del mandarín cuando en el hotel donde se hospedaba Arturo, le entregaron una misiva en propia mano y con cierta reserva: el sobre contenía una tira de pappel de arroz con estas palabras en chino: "En la pagoda, una hora después de puesto el sol."

El corazón le latió con violencia: no dudó ni por un segundo, pero le hizo pensar mucho en la forma y en los medios de llevar a cabo la aventura. Como buen marino no encontró dificultad en hacerse cargo de la situación, orientación, mejor dicho, de la casa del mandarín; y media hora después de haber llegado a sus manos la misiva conocía perfectamente las particularidades de la calle a donde daba la tapia del jardín, en uno de cuyos extremos se levantaba la techumbre de la pagoda; pero pasando de largo, distraídamenae silbando y fijándose en todos los detalles que pudieran convenirle, sin desterrar de la imaginación el momento en que Flor de Agua se había apartado de sus brazos, allí en el camarote, en una escena intensa, con los ojos de espanto y un dedo en los labios pidiendo silencio y precaución.

Al saltar la tapia aquella noche, a la hora indicada en la misiva, y penetrar en la densa obscuridad de la pagoda, una mano diminuta cogió la suya y le guió hasta el interior amortiguando los pasos y en silencia absoluto.

Palabras muy quedas, salidas de labios que rozaban sus oídos, le informaban de un inesperado viaje de Fing, por toda una semana, a la capital de la ppróvincia, llamado por el gobernador. Pero cuando Arturo replicó, lleno de alegría, que entonces no había pe-

de sorpresa y deseos la de él. E involuntariamente, sin conciencia de sus actos, extendió Arturo los brazos y en ellos cayó Flor de Agua con un ahogado grito de infinita alegría, de supprema felicidad, de niña secuestrada que encuentra a su salvador, de condenado a muerte lenta que recibe con el indulto el perdón y con éste el reconocimiento de su inocencia Un segundo después, que tal les pareció aquel éxtasis, se echó ella para atrás, con un dedo en los labios, escuchando; y se volvió de espaldas al joven para continuar arreglando la cama del mandarín.

Ni escuchó Arturo el menor ruido, ni quiso tampoco cambiar la actitud de la joven: murmuró una excusa y pidió la manta que había indicado el mandarín. Y co-

ligro alguno, la joven Flor de Agua, que así era de delicada, le impuso rápido silencio, tapándole la boca y diciéndole: "En China hay siempre peligro; no sabemos si Fing sospechó nuestra inteligencia y esa haya sido la causa de haberte invitado tantas veces y obtener la seguridad. ¿Habrá algunos de sus espías en el tejado o bajo el pavimento? ¿Fuí seguida a través del jardín o te vieron saltar la tapia? ¿Quién lo puede decir en estos momentos? Te repito que en China hay siempre peligro alrededor de las personas, la muerte nos sigue por doquiera, a mí, a ti,... Pero ¿qué importa? Con la muerte como final es preferible unos momentos a tu lado que la vida entera al lado del tirano: eres la ilusión de mi espíritu, eres la salvación de mi alma emboscada, hasta que te conocí, en las selvas laberínticas de una religión que no siento desde que una mártir cristiana me dejó ver un trocito de tu cielo, una vislumbre de tu Dios, del Dios de los blancos."

Y lloró la infeliz Flor de Agua, besando con loca pasión las manos de su salvador, como le llamaba entre congojas. Y no se cansaba de escucharle aquellas palabras dulcísimas de consuelo y alientos que Arturo rebuscaba en su memoria de católico.

Una de aquellas noches, muy lluviosa por cierto, se adelantó Arturo y llegó a la pagoda antes que Flor de Agua, un minuto no más: al entrar ella, como adivinando su presencia, se dirigió directamente al sitio que el joven ocupaba en la obscuridad.

"Tú me amas", le dijo al oído. "Te has adelantado, a pesar de la lluvia, y eso me demuestra tu interés: lástima que no pueda corresponderte con algo risueño, por lo menos; por el contrario, tengo que decirte una cosa que te va a desolar."

Arturo se fijó en que la joven se mostraba más intrépida que nunca, hablando alto, con menos reticencia que la acostumbrada; y quiso saber la razón que tenía para ello.

"Fing volverá un día antes de lo que proyectó y me dijo," contestó ella con voz grave ardiéndole los labios. "Mañana será nuestra última entrevista."

"Efectivamente, eso me desconsuela. ¡Qué mala suerte tenemos! ¡Bien pudo habernos dejado un día más en vez de uno menos!"

"Tú no calculas, ni te imaginas lo que eso significa; para mí está muy claro que él sabe todo y quiere castigarnos: es el principio de su venganza, no lo dudes."

"¿Por qué estás siempre pensando en lo mismo? Es una niñería estarte martirizando por adelantado."

"Todos somos unos niños; pero no olvides que hay niños que llegan a la crueldad."

"¿Es esa la razón de tu intrepidez esta noche?

"Nada me importa ya; quizá en su rabia acelere el fin, lo que es preferible a esta situación tan angustiosa," repuso Flor de Agua con resignación.

El corazón de Arturo latió con violencia y se le anudó la garganta; pero tuvo los bastantes ánimos para decir:

"Si él te toca le mataré como a un perro rabioso".

"¡Oh! niño mío" exclamó la joven entre suspiros. "El dará el golpe de tal modo que tú sólo sepas lo que él quiera que llegue a tus oídos... Pero no perdamos tiempo, nuestro precioso tiempo, minutos quizás; no me robes ninguna parte de la alegría que me resta, por estar ahora a tu lado."

. . . .

A la noche siguiente se vieron los jóvenes, como tenían ya por costumbre, y Arturo comenzó hablando del milagro que le había salvado la vida, pues estuvo a punto de ser aplastado por una enorme piedra que se cayó de una obra al pasar él. "¿Qué suerte he tenido, verdad? Iba pensando en ti y tú fuistes quien me salvó."

Flor de Agua se deslizó de los brazos de Arturo cayendo aplomada al suelo. Este pudo ver en la obscuridad el miedo que resplandecía en los ojos de la infeliz y, con frases de ternura, la levantó y atrajo a sí.

"Estoy segura, muy segura; ten sumo cuidado, no dejes de estar siempre alerta."

"¿Segura de qué?"

"De que Fing lo sabe todo y se quiere vengar por su mano. El es muy astuto y muy rico, y en China se hace cuanto se quiere con dinero. No te abandones a la ventura, que te encuentre sobre aviso en todo momento." Y sollozando así se abrazó a su cuello con delirios de madre amantísima que ve perder a su hijo, y atrajo su cabeza hasta ponerla contra su corazón, en un éxtasis de seguridad por tenerle bajo su protección.

"Ten sumo cuidado o te matará como si te hubiera ocurrido algún accidente desgraciado, para que nadie pueda figurarse la verdad ni haya esperanzas de castigar al asesino: no dejes de poner cuidado en lo que comes, ni en lo que bebes; mira bien donde pisas, sin dejar de mirar tu sombra en la pared; al acostarte y al levantarte revisas toda la habitación; no pierdas un detalle, por muy insignificante que te parezca, pensando siempre en que si mueres me odiaré por haberte arrastrado a estos peligros."

Las palabras de la joven le produjeron una reacción opuesta al valor de ellas, no puesto en duda por el marino.

Extrañas entrevistas nunca soñadas por el marino: cada encuentro aumentaba la pasión de la joven, sin dejar por eso de comprender Arturo que Flor de Agua no se parecía a ninguna otra mujer de las que había conocido hasta entonces, oído describir o leído. Se ofrecía espiritualmente con la misma efusión del amor mundano, protestando con dulzura de niña virgen de las alabanzas que el joven quiso rendir a su belleza, especialmente a aquellos ojos de fuego que miraban para que nunca se olvidasen. Incluso al hablar de Fing, menos viejo que cruel, suspiraba su desventura sin darse cuenta de la razón que le ligaba a él, sin comprender para qué la necesitaba. "No me quiere... más bien me odia; cuando me casé estuve esforzándome por quererle; ahora... Es frío como un témpano y algún día atormentará..."

La conversación seguía sosteniéndose tan quedamente como un suspiro contenido, dominándola siempre el miedo de producir el más insignificante ruido; todo la hacía extremar la vigilancia. Y ese miedo de ella y su desesperado valor y su pura afección ganaron los sentimientos del joven hasta lo más recóndito de su corazón, pero no sin argüir:

"Hablas de peligros, Flor de Agua, sin fijarte en que Fing me aprecia, en que me está muy reconocido y sabe agradecer los servicios prestados durante la travesía, no lo dudes: me lo tiene demostrado con los afectuosos recibimientos que me hace. ¿No crees que se portaría de muy diferente manera si sospechase estas entrevistas o que nos habíamos puesto de acuerdo para ellas?"

"¡Oh, salvador mío!" suspiró la joven entre gemidos de dolor. "Tú no conoces al pueblo chino: Fing tendrá siempre la misma cara para ti, aun el día en que perezcas por orden suya, si ese es el designio de tu Dios; la venganza de un chino se sobrepone a todo y ni da vislumbres de ella ni deja rastros; es como un cuchillo que corta el agua; puede esperar un año, dos, tres, pero nunca olvida. Créeme y no dejes de estar siempre alerta, siempre con mucho cuidado."

"Pero ¿Y tú, Flor de Agua?"

"¡Oh! Yo estoy sentenciada ya," repuso la joven con naturalidad no exenta de abandono. "Yo contaba con el precio de mis actos e hice intención de pagarlo

El cantar de la nieve

No ha sido esta vez la canción lenta y monótona que, después de extenderse por el valle, se desgarra poco a poco en túrdigas pueriles. Callaba y sigilosa, la nieve ha venido una noche, nos ha deslumbrado una mañana y se ha ida aquella misma tarde, sin dejar una sola nota de su himno en esta vereda o aquel recuesto. La canción de la nieve no descubre sus vibraciones poéticas y suaves más que en la imaginación de los artistas. Nos atrae la nieve, porque es misteriosa; nos deslumbra, porque nos ciega; pero tiene helado el corazón; es despiadada y cruel. Su historia está llena de páginas sombrías; su recuerdo hace temblar a los miserables; su cantar lleva en cada fibra un trágico son. Cuando acude la nieve a las aldeas y se aleja por muchos días en sierras y llanuras, languidece el ganado bajo el henar desprovisto; se mueren los viejos, temblones y quejumbrosos cerca del hogar exhausto; los niños sufren y gimen, privados de la libertad y del sol; los demás pobres capaces de defenderse contra la amenaza vestida de cándido ropaje, ambulan en cuadrillas, muy tristes, pidiendo una limosna sobre el umbral de los vecinos pudientes.

Y estas voces penosas, aquellos lamentos de agonía, los otros llantos infantiles, son la verdadera y desgarradora canción blanca de la nieve." Hoy no hizo más que aparecer esta blancura, desplegar su magnificencia ante el temor de los desgraciado y enseñorearse con imponente soberanía de nuestros dominios. Puso el reflejo vigoroso en la humilde cal de nuestras paredes aldeanas, y se fué en maravillosa desaparición, tan inesperada como su venida. Pero en las breves horas de su estancia en el valle, dijo la nieve su cantar delante del pueblo silencioso y pasmado. Los mendigos profesionales vinieron, sin ser hoy "el día de los pobres", a pedir un don extraordinario en la semana; dos viejucas se han muerto, sin otra causa aparente que la de no poder resistir en sus cansados ojos la intensa claridad de la visita, y los enfermos, los incurables tuberculosos de la húmeda ribera, han temblado en su infortunio ante la visión de una mortaja próxima, simbolizada en el armiño del paisaje. Un señor, el único transeunte de categoría que ha cruzado la población en esas horas, iba y tornaba resuelto, rápido y valiente, nevado el capote, ciegos de barro los tarugos de las albarcas montañesas. El señor hacendoso no es un enamorado ni un artista: es el médico del distrito...

La nieve, con su atalaje de hada poderosa, con su belleza diáfana y pura, va desgranando siempre las notas de su himno sobre las alas yertas de lo pájaros y la posa fúnebre de las campanas.

Concha ESPINA

gustosa cuando tus ojos se fijaron por primera vez en los míos aquel dichoso día del camarote: para mí no hay posibilidad de escapar... No protestes ¿Qué importa mi vida? Ya debí haber desaparecido..."

Y un instante después, como un fantasma, desapareció en las negruras de la pagoda; sombra desvanecida en otra sombra, que dejó al marino medio aterrorizado sin darse cuenta exacta del motivo.

Cada noche tomaba Arturo mayores precauciones para saltar la tapia y encaminarse a la pagoda: la seguridad del peligro se la inculcó la chinita, y la piedad tomó cuerpo en él al comprender la pasión de mártir que encerraba aquella niña tan delicada de cuerpo como fuerte de espíritu.

"¿Es que el miedo te hace arrepentirte?" le preguntó Flor de Agua una de aquellas noches, sonriendo en silencio.

"¿Sabes lo que yo siento?" interrumpió la joven ante las protestas de Arturo. "Pues no volverte a ver más, no llegarte a conocer por completo, no tener una perfecta imagen tuya que me consuele en los largos años que mi cuerpo esté mezclado con las líneas de mis antepasados y perdido en el aire como vapor de agua... Anoche lloré mucho pensando en ello... Tú volverás a tu hermoso y libre país y una de sus mujeres te amará, te besará, te tendrá a su lado para siemppre: ella te conocerá como yo no puedo conocerte; eso, eso sí que es amargo, mucho más amargo que la muerte... Yo te toco y te vuelvo a tocar y lloro porque mis dedos son ciegos, porque no pueden clavar su mirada en ti..."

Arturo la tomó en sus brazos y la besó con arrobamiento, tembloroso ante la intensidad de aquella pasión de niña.

"No tengas miedo por mí... ni aún por ti, pues puedo llevarte conmigo y salvar esos peligros que dices nos amenazan."

"¡Oh! Gracias, muchas gracias, salvador mío," repuso Flor de Agua con aire de triunfo. "No puedes figurarte lo que me consuelan esas palabras, aunque sean un imposible. ¡Me alegran tanto el alma!"

"¿Pero por qué no puedes venirte conmigo?"

"¿Puedes tú arrancar una flor con la esperanza de que crezca en otra tierra? No, no, sueño mío; hemos tenido una semana de ilusión, semana de perlas, de las más preciadas perlas, y ya puede morir pensando que tú me querías para siempre, que me hubieras llevado contigo: yo me sentiré feliz en la muerte pensándolo así y el frío de la fosa no podrá enfriar mi felicidad.

Aquella noche estuvieron reunidos hasta más tarde que las anteriores, pues ni él podía sufrir el abandonarla para siempre, ni ella quería proporcionarle un disgusto a la hora postrera.

Se abrazaron en despedida una y otra vez, siempre repitiendo Flor de Agua que no se aventurara más por aquellos alrededores hasta recibir noticias suyas.

"Si por un milagro escapamos con vida, pasarán muchos meses antes que puedas pisar la casa de Fing. Pero no, no hay duda alguna; esta noche será el fin de nuestra dicha... No te importe. ¡Me has hecho tan feliz que bien puedo despreciar lo que siga!

"Ten esperanza y espérame: en breve embarco y al regresar visitaré a Fing."

Ya en la puerta de la pagoda, mudos por no romper el encanto, mantuvo ella su carita de niña angelical entre las manos de Arturo por largo rato, teniendo los ojos levantados para contemplarle extasiada, detalle por detalle de las facciones. De repente desapareció.

La impresión de la noche pasada se había amortiguado y la vista del "Filipinas" atrajo su alegría; el futuro se le presentaba brillante, y su trabajo de marino colmaba sus aspiraciones.

Por varios días estuvo tan ocupado en el buque que no tuvo tiempo de pensar más que en el cumplimiento del deber. No dejaban de pasar ráfagas de dudas por su imaginación, pero las rechazaba con energía. Ya en alta mar volvía sus ojos hacia Shanghai pareciéndole ver la pagoda; y se extrañaba de la claridad dominante en su memoria para hacerle retener cada una de las escenas allí desarrolladas, aún con más significación que entonces; palabras, miradas, efluvios de pasión ya olvidados volvían a ponerse ante sus ojos. Días tras días, también se aseguraba más de que los temores de Flor de Agua eran fundados y temblaba ante el recuerdo de muchas de sus afirmaciones. Y día por día aumentaba su pasión por la niña china, tan delicada de cuerpo como fuerte de espíritu, tan enamorada de su salvador, como a ella le encantaba decirle, como para retenerle a su lado hasta bastante tarde la última noche que se vieron, sin ocultársela que aquello significaba muerte.

Antes de llegar el buque a Hong Kong ya estaba Arturo convencido de que aquella proposición que la hizo de arrostrarlo todo y llevársela consigo para bautizarla y casarse con ella, lo había hecho casi tan feliz como de haber llegado a la realidad. Por eso se reprochaba ahora la falta de valor para llevarla a cabo, el no tenerla allí a su lado libre de todo peligro... No había duda, cometió una villanía con dejarla expuesta a merced del chino.

Con esas preocupaciones desembarcó en Hong Kong y ya cumplido su deber y libre, se avistó con varios chinos, sin poder conseguir sacarle en claro sus opiniones sobre los supuestos que se le ocurrieron. Sólo en el casino se convenció de los fundados temores de Flor de Agua, por las palabras y aseveraciones de aquellos que conocían a fondo la manera de ser del país. Un mandarín de rango podía hacer cuanto quisiera con la mujer que creyera le era desleal.

Días muy amargos pasó Arturo hasta verse de nuevo saltar a tierra en Shanghai, yéndose directo a casa de Fing. Si hubiese pensado a lo que se exponía, seguramente le hubiese servido de lenitivo a su dolor; pero no tuvo ni ese consuelo, por haber obedecido a un impulso irresistible que no admite pensar.

El viejo mandarín le recibió cordialmente, interesándose por su salud y por sus negocios, y deseándole toda clase de venturas con afectuosa cortesía. Y Arturo, inquieto, nervioso, no se atrevió a dirigirle la pregunta que temblaba en sus labios: la sangre le hervía en las venas ante la impotencia de hacer algo que calmara su ansiedad; ni coordinaba ideas que le garantizasen la impunidad, aunque veía claramente que el chino jugaba con él con un dominio absoluto de la situación, que la niña de sus amores no exageró nunca el peligro en que estaban, que Fing estaba saboreando su venganza. ¡Si le diera siquiera un asomo de prueba! Y le miró con fijeza desafiadora, crispándosele los músculos de los brazos y del pecho como cuerdas retorcidas próximas a quebrarse: lo hubiera estrangulado a la menor sutileza de hipocrecía mal contenida. Pero aquellos ojillos impenetrables, de [illegible]te boa, aceptaron la mira[illegible]adora con placidez, y la rufaz amarilla del mandarín sonreía sin dejar de tener en sus labios las frases más afectuosas y corteses mientras acompañaba a su visitante hasta la puerta; allí se detuvo y la sonrisa se le convirtió en suspiro de congoja.

"He sufrido una gran pérdida después de haberse usted marchado," le dijo con refinamiento hipócrita. "Mi mujer, aquella a quien conoció usted en el barco, enfermó durante una ausencia mía de una semana y no hubo médico ni medicina que la salvara."

"¿Murió?" exclamó Arturo con un estremecimiento general no contenido.

El viejo mandarín pestañeó varias veces, como en doloroso recuerdo, y siguió hablando afectuosamente.

"Pero usted volverá a verme

para proporcionar a este anciano, que tan agradecido le está, el placer de vuestra compañía, de vuestra juventud, de vuestra salud y de..."

Arturo saltó materialmente a la calle sin escuchar las últimas palabras del chino.

"¡Muerta! ¡Su amor desaparecido!" repetía corriendo hacia el hotel. Y se encerró en su cuarto sin dejar de exclamar: "¡Muerta! ¡Muerta!" ¿Y cómo pudo ser eso, viejo infame? ¿Por qué no le destrocé la cabeza al decírmelo? Necesito una prueba, sí, una prueba, antes de creerlo. ¿Cómo asegurarme? ¿Quién puede ayudarme?"

Calmada algún tanto su exitación se acordó haber oído hablar en Shanghai de Ponski, el intérprete polaco que conocía la China mejor que a su propio país. "Ese es el hombre," prorrumpió de repente. "Sí alguien puede resolverme el problema será Ponski."

Esa obsesión le llevó en busca del polaco y no descansó hasta encontrarle y exponerle el caso, con la misma confianza que si hubiera sido a un confesor. Ponski le escuchó atentamente, pasándose muchas veces la mano por sus rojas patillas, antes de remarcar con frialdad:

"He oído algo de ello, algo muy particular respecto de esa chica, pero no recuerdo qué; lo sabré dentro de un par de días y entonces podré comunicárselo. ¿A usted no le importará gastarse algún dinero? ¿No? Pues lo sabrá todo.

Tres días después se presentó el polaco en el hotel preguntando por Arturo.

"Ya lo sé todo," comenzó a decirle. "No hubo dificultad que impidiera averiguarlo: el secretario de Fing es un intelectual, yo soy otro intelectual y por cuatro libras esterlinas cantó de plano ante unas botellas de lo selecto."

"Vuestra amada era conocida por Flor de Agua, probablemente a causa de su belleza y de su delicada constitución. Los chinos prefieren las frutas algún tanto verdes a las maduras... Fing sospechó vuestra inteligencia cuando estuvo enfermo en el barco."

"Pero si allí no hubo nada sospechoso," interrumpió Arturo.

"Algo tuvo que haber," insistió el polaco. "Hubo un espejo enfrente de la cama del chino, por donde sorprendió las miradas de admiración que usted dirigía a su esposa y la duda de si ella le aceptaba en su corazón. Los chinos nunca se engañan sobre esto: es su punto fuerte. A poco de desembarcar en Shanghai tuvo que hacer un viaje, llamado por el gobernador, y se aprovechó del caso para vigilar a Flor de Agua... Todo lo hablado y todo lo ocurrido entre ustedes en la pagoda fué comunicado a Fing. Una noche, al saltar usted la tapia, estuvo a punto de caer sobre el secretario del mandarín: él mismo me lo ha contado entre risas comprimidas de satisfacción.

"Cuando Fing regresó se dirigió resueltamente a las habitaciones de su esposa para escuchar de ésta la bienvenida, y momentos después salió a ver al juez supremo, íntimo amigo suyo. Pero así como quería castigar a la delincuencia, en la forma que se castiga en aquella provincia meridional, así debió haberlo tenido preparado con antelación a su ausencia."

"¿Qué quiere usted decir con eso?" exclamó Arturo. "¿Son seres humanos estos chinos o qué son?"

"¡Oh, sí! pero eso no quita para que sean crueles; a decir verdad, sienten placer sensual en la crueldad refinada."

"Antes de contarle el resto de lo ocurrido debo prevenir a usted que es inútil buscar a Fing, pues ha marchado al interior de China, a donde usted no pueda alcanzarle. Mucho debió haber leído en los ojos de usted durante la última entrevista que sostuvieron".

"Para terminar, Fing volvió a su casa y le dijo a su esposa que el supremo magistrado quería verla, teniendo él sumo gusto en acompañarla si ella no se oponía. La muchacha comprendió lo que significaba esa visita y se vistió con sus mejores galas para presentarse ante el magistrado, entrando en el palanquín con su esposo, perfectamente dueña de sí y casi con alegría mal contenida. Pero, al posar los pies en la gran escalinata del suntuoso palacio de justicia, Fing se volvió a su casa.

La joven se halló frente a frente con el personaje que la esperaba sin el lujo de acompañantes que era de rigor. Nadie había en el inmenso patio, salvo un colosal elefante en un rincón y dos sirvientes inmediatos a un enorme bloque de piedra, cuando el severo magistrado entró con ella hablándole de la acusación de adulterio que su marido le tenía presentada con pruebas concluyentes, y que por ser conocidos de él los antecesores de la familia había ordenado a la dependencia que le dejaran solo, confiando no sería necesario ningún acto de fuerza y para evitarle la vergüenza de dicha acusación ante personas extrañas.



—¿Y cómo está Miguel?
—Ya terminó de sufrir.
—¿Quién se ha muerto, él o su mujer?

Dicho esto, extendió su mano derecha a la joven, que ésta tomó entre las suyas, y se encaminaron al lugar donde el elefante estaba. Al aproximarse al lugar elegido, se acercaron los sirvientes con el bloque de piedra y el magistrado abandonó el patio.

Un sirviente rogó a Flor de Agua que se extendiera en el suelo poniendo la cabeza sobre aquella piedra, cuya orden cumplió sin prorrumpir una sola palabra, ni una sola queja. El otro se acercó con el elefante, instigándole con un latiguillo para que levantase una de sus patas delanteras.

No parecía sino que el animal se resistía a cumpplir la terrible sentencia y cambiaba el peso de su enorme cuerpo de una a la otra pata con marcada inquietud. Pero con unos cuantos latigazos más cumplió lo que de él se esperaba, y levantando la pata derecha la dejó posar calmosamente sobre la cabeza de Flor de Agua.

La música y los cantos de los esquimales

Miss Gaultier que acaba de dar un recital de cantos esquimales en el Central Hall de Londres, bajo el patronato del alto comisario del Canadá, es una gran autoridad en lo que se refiere a esquimales y pieles rojas.

Durante los últimos siete años ha recorrido millares de kilómetros estudiando las costumbres, creencias y cantos de los individuos pertenecientes a ambas razas. Interviuvada por un periodista, miss Gaultier ha hecho las siguientes declaraciones:

"Las esquimales son los seres más pacíficos del Mundo, y su música, cuyos orígenes se remontan a la Edad de la Piedra, no contiene ningún canto guerrero. Yo—agregó — he recogido unas cuatrocientas canciones para el Museo Nacional del Canadá. La música de los esquimales es una mina inexplorada cuyo estudio arrojará indudablemente una gran luz sobre la historia y la teología del extraño pueblo con el que he convivido tantos años.

Ahora pienso trasladarme a Alaska con objeto de hacer un serio estudio de los esquimales de aquella región. El ritmo y la belleza de las antiguas canciones son en realidad incomparablemente mejores a los que posee la música que escuchamos en los conciertos.

Las canciones de cuna y los conjuros son especialmente hermosos mientras que las invocaciones a los espíritus, que han sido conservadas a través de innumerables centurias, son, en mi opinión, dignos de figurar en las antologías musicales por su belleza y sinceridad.

Yo — terminó diciendo miss Gaultier — no utilizo nunca el piano para la interpretación de estas obras. La armonización moderna les hace perder gran parte de su belleza. Prefiero emplear el "tom-tom" y las "matracas sagradas" usadas por los indios y por los esquimales."

EL DESCUBRIMIENTO DEL GAS

Su descubrimiento se debe a Felipe Lebon en el año 1799.

Calcinando madera en un vaso cerrado, obtuvo un gas inflamable pero infecto. Consiguió purificarlo, demostrando la posibilidad de usarlo en la iluminación.

Murdoch, en Inglaterra, preparó gas de alumbrado por destilación de la hulla y, en adelante, así continuó fabricándose. Ya sabemos que antes de conocerse la luz eléctrica, el gas era el mejor alumbrado posible.

La hija del carpintero

Por J. H. Rosny

—¿De donde procede la mujer de Gerval? — preguntó Lemarchand.—Es una criatura muy sugestiva y tiene muy buenos ojos pero su aspecto carece de distinción.

—La tendrá con el tiempo, porque tiene gracia natural y mucho entendimiento.

—Le habrá aportado una gran dote, porque Gerval no se habrá casado con ella por su linda cara.

—Ni un céntimo. Y eso que no habría tenido más que abrir la boca para obtener la mano de Margarita de Gesvre, que, como sabes, posee una fortuna colosal. Es muy curiosa la historia de Gerval, a quien no conoces a fondo.

—Le he visto varias veces desde que regresó de Egipto, y me ha parecido una persona excelente y en extremo simpática; pero ignoro su historia.

—Pues yo te enteraré de todo. Gerval pertenece a una familia cuyo ilustre nombre se pierde entre las brumas de las antiguas guerras. Los Gerval de Brevilly eran ya famosos en tiempo de Luis XI y poseían inmensos territorios. La rama a que pertenece nuestro amigo fué rica hasta la Revolución. Perdido casi todo el patrimonio, recobró más tarde parte de sus bienes, que, por desgracia fueron muy pronto disipados de un modo lamentable por la familia.

Gerval se encontró un día huérfano de un padre completamente arruinado, teniendo por protectores a dos o tres tíos y tías, que además de no poseer grandes medios de subsistencia carecían de buen corazón.

Lo único que hicieron fué reunir una especie de consejo de familia para decidir acerca de la suerte del muchacho, que tenía a la sazón diez años y se daba perfecta cuenta de su situación.

La escena pasaba en un cuartucho de una posada. El chico esperaba el resultado en un corredor, en el fondo del cual se hallaba un carpintero practicando un trabajo propio de su oficio.

La sesión duró mucho tiempo; de cuando en cuando, el carpintero interrumpía su faena para ir a decir algo al pobre muchacho, que se aburría soberanamente.

—¿Tienes hambre?—le preguntó al oír que daban las doce.

—Sí—contestó Gerval.

—Pues vente a almozar conmigo.

A la media hora, el obrero y su protegido se hallaban de nuevo en el corredor.

—¿Se puede entrar?—dijo el carpintero, llamando a la puerta de la habitación donde estaban reunidos los parientes de Gerval.

—¡Adelante! — contestó una voz gangosa.

El conciliábulo había terminado después de haber tomado enérgicas resoluciones, que fueron comunicadas al huérfano por el conde Nepomuceno Gerval de Brevilly.

—Tienes diez años—le dijo —, y eres ya un hombre. Toma es os veintitrés francos. Es lo único que podemos darte. La noble raza de los Brevilly está arruinada. Nos queda, sin embargo, cierta influencia paar hacerte entrar en el orfelinato del Buen Pastor.

—Dispense usted—dijo el carpintero—: es preciso saber si el muchacho está conforme con eso.

—No, no—contestó Gerval —. ¡Me da miedo ese establecimiento!

—Mire usted señor—replicó el artesano—. Soy casado, tengo una hija y gano diez francos diarios. Estoy dispuesto a quedarme con el chico, al que daré un oficio distinguido, algo así como dibujante... o grabador.

—¿Y qué dices tú a eso?— preguntó Nepomuceno a su sobrino.

Gerval no contestó. Se echó a llorar de alegría y se arrojó en brazos del obrero.

* * *

Gerval creció alegremente bajo la protección del carpintero y en compañía de la agraciada Carolina. Tuvo, como su padre adoptivo había prometido, un oficio distinguido. Fué un excelenete dibujante, con muy fáciles disposiciones para la arquitectura.

Una modesta herencia le permitió hacer un viaje a Egipto donde una serie de empresas le abrieron el camino de la fortuna.

Cuando regresó a Francia hubiera podido recobrar en la alta sociedad el rango que le correspondía y casarse con una joven de la aristocracia, hermosa y acaudalada. Pero volvió a ver a Carolina y la consideró digna de ser madre de sus hijos.

Carolina tiene el alma de su padre el carpintero, un alma intrépida, noble y generosa, capaz de colmar a un hombre de esa dicha suprema, que jamás decrece ni se quebranta en lo más mínimo.

Vida sonriente

Por Sebastián Gomila

Julieta Asprer tenía su Romeo. Y por tener su Romeo no cabía en sí de gozo.

Había leído la tragedia de Shakespeare. Y, como conocía la historia infausta de los amantes de Verona, su rostro nacarino expresaba casi a la par dos sensaciones opuestas: angustia y regocijo. La angustia iba por el pensamiento de aquellos amores desdichados. El regocijo provenía de esta idea:

"¡Cuánto me quiere Eduardo!"

Porque su Romeo se llamaba Eduardo. Era en lo único que diferían de la antigua pareja inmortalizada por el dramaturgo inglés.

Es decir, no. Diferían en otras varias cosas. Entre ellas, en lo de no ser desgraciados ni tener su pasión la vehemencia capuleto-montesquina de los héroes citados. Hasta llegó Julieta Asper a sonreírse pensando en el ardor terrible de su homónima. Enamorarse tan... eléctricamente no le parecía humano. Cuando ella vió por primera vez a Eduardito, sí le gustó; pero no se sintió electrizada. Los amores relámpago no los concebía.

Eduardo era apuesto, amable, correctísimo, qué sé yo cuántas cosas más. Pero apasionado no lo era hasta el punto de caer como el converso en el camino de Damasco. Para declarársele, lo menos estuvo tres meses...

¡Qué cosas tenían los amantes de la Edad Media! Ni tanto ni tan calvo. Si Eduardo hubiese sido casado, ella no hubiera dicho, como su tocaya: "¡La tumba será mi lecho nupcial!" Ni ahora ni nunca se ha estilado eso. En primer lugar, porque un hombre casado no le hace el amor a una chica soltera, no siendo un canalla. En segundo lugar, porque los volcanes cardíacos son escasos, y se extinguen pronto.

Para Julieta Asprer bastaba un horizonte brillante. Sí, la vida le sonreía. Y se lo contaba a sus amistades, ponderando las excelencias de su futuro. Un modelo de novios.

Amelia, su amiga de colegio, la escuchaba absorta. Y le decía:

—¡Qué suerte! Semejante partido es un tesoro.

Julieta, con su natural expansivo, extremaba las ponderaciones.

—Sí, chica, sí. Todo lo que te diga es poco.

—Bien se ve que lo quieres.

—Claro que lo quiero. ¿Quién no lo querría? No me negarás que es guapo...

—Efectivamente, no se puede negar.

—Y elegante.

—Mucho.

—Añade que muy fino, cortés, instruído, rico por sus padres y bueno como el pan. Además, juega al tenis maravillosamente y baila el *charleston* y el *fox*, como has podido ver tú...

A Amelia se le hacía agua la boca.

Julieta contaba que no acababa.

* * *

Le sonreía la vida, y hallaba singular placer en sentirse envidiada.

¿Qué sería del mundo sin la envidia? Sin la envidia no habría emulación... La envidia estimula, deleita, da a conocer el inmenso goce de la propia ventaja. De ahí el axioma: "Más vale causar envidia que lástima." El ser envidiado es una prueba de valer, un reconocimiento de la prosperidad de uno...

Por eso iba extremando Julieta Asprer la ponderación cada vez que se trataba de Eduardo.

Y Amelia la oía embelesada. Y llegó a mirar a Eduardo como a un ídolo.

Sí; lo reunía todo; no se podía apetecer más.

Eduardo hubo de sentirse admirado por Amelia. ¿Envanecimiento? Sí y no. Si a nadie le amarga un dulce, tampoco le desagrada a nadie un halago.

Llegó a comprender que interesaba a la amiga de su novia. Y el interés de una mujer, máxime siendo linda, es un incentivo. Estableció comparaciones, notó la atracción de algo que no encontrara en Julieta. Porque ya se ha dicho que Julieta no era inflamable como la heroína medieval. Antes al contrario: aun queriéndolo, él barruntó que la pasión era escasamente profunda, fuese por idiosincrasia o por disimulo.

Nada, que el atractivo trocóse en inclinación. Y la actitud de Amelia sedujo a Eduardo.

La vida seguía sonriéndole a Julieta Asprer. Pero un día entró en sospechas. Y se alarmó. Atendiendo a los síntomas, dió con la causa.

¡Ingrato!... ¡Traidora!...

* * *

La cogió por su cuenta y le dijo... ¡Uf!, las cosas que la dijo... Amelia escuchó sosegada.

—¡Es una villanía! No haría yo eso contigo. Desde hoy dejas de ser mi amiga.

—¡Perdóname!

—¿Que te perdone? ¿Perdonar a una rival, a una enemiga?

—No. Tu enemiga... eres tú misma.

—¿Cómo?

—Sí. No debes culparme. Eres tú la culpable. No te negaré que amo a Eduardo...

—¡Vete!

—Tú me lo has hecho amar. Tú me lo presentaste como un dios. Tú hiciste que me fijara en él, que descubriese sus cualidades, que te diera la razón en todo... Me lo metiste por los ojos.

—¡Ambicionaste mi dicha!

—No ambicioné nada...

—¡Me robaste el corazón de Eduardo!

—No te robé nada. Pregúntaselo. Yo sacrifico mi pasión, si él te prefiere... Yo te lo doy si lo consideras tuyo... No puedo vencer ya mi inclinación... ¡Lo amaría aunque se casara contigo!

Julieta se quedó asombrada. ¿Existía, pues, en plena época de cordura y de *jazz-band*, un amor volcánico, una pasión a la Capuleto?...

Irguióse con cierta majestad, y volvió la espalda a su amiga.

A Eduardo, nada. Era un Montesco de guardarropía, un Romeo que jugaba al tenis con los corazones... A él no le volvería la espalda, lo enviaría con viento fresco. En medio de todo, Amelia tenía razón. Había sido indiscreta, tonta de capirote. Había dibujado tan brillantemente a su futuro, que lo hizo apetitoso, adorable...

La Julieta de Shakespeare fué infortunada, loca si se quiere. Pero no estúpida.

Bueno, no daría ella su brazo a torcer. Seguiría con su sonrisa de siempre, con su *frufruar* constante, con su entereza habitual!... Seguiría diciendo:

—¡La vida me sonríe!

Aunque no lo creyera nadie.

ALEGRATE

Si eres pequeño alégrate, porque tu pequeñez constituye la razón esencial de su grandeza; porque para ser ellos grandes han necesitado que tú seas pequeño, como la montaña para culminar necesita alzarse entre colinas, lomas y cerros.

Si eres grande, alégrate, porque lo Invisible se manifestó en ti de manera más excelente; porque eres un éxito del Artista eterno.

Si eres sano, alégrate, porque en ti las fuerzas de la naturaleza han llegado a la ponderación y a la armonía.

Si eres enfermo, alégrate, porque luchan en tu organismo fuerzas contrarias que acaso buscan una resultante de belleza; porque en ti se ensaya ese divino alquimista que se llama el Dolor.

Si eres rico, alégrate, por toda la fuerza que el Destino ha puesto en tus manos, para que la derrames...

Si eres pobre, alégrate, porque tus alas serán más ligeras, porque la vida te sujetará menos, porque el Padre realizará en ti más directamente que en el rico, el amable prodigio periódico del pan cotidiano...

Alégrate si amas, porque eres más semejante a Dios que los otros.

Alégrate si eres amado, porque hay en esto una predestinación maravillosa.

Alégrate si eres pequeño; alégrate si eres grande; alégrate si tienes salud; alégrate si la has perdido; alégrate si te aman; si amas, alégrate, alégrate siempre, siempre, siempre.

Amado NERVO.

Prevéngase contra los sabañones

Esta afección se produce generalmente, porque la piel seca y débil resiste menos al frío y a la humedad que la sana y bien tonificada. Para restablecer esta piel débil y enfermiza, dése fricciones suaves con Pasta Vasenol que al tonificarla la pondrá en condiciones de resistir mejor la influencia del frío. Como tónico cutáneo y graso al mismo tiempo, es inmejorable para todas las afecciones de la piel.

Anuncio profético de Nostradamus

Enrique IV, príncipe de Navarra sólo tenía diez años cuando al regreso de un viaje a Bayona, con Carlos IX, en 1564, al llegar a Salon de Crau, donde vivía el astrólogo Nostradamus, éste rogó al preceptor de Enrique IV le permitiese visitar al príncipe.

Al levantarse al día siguiente, el príncipe se quedó completamente desnudo; Nostradamus fué introducido en la habitación, y después de contemplarle un gran rato, dijo al preceptor:

"Si Dios le da vida, llegará a ser rey de Francia y de Navarra."

Aquel anuncio profético, que entonces parecía absurdo, llegó a ser un hecho real.

La muerte de Petronio

Para FRAY MOCHO

Filtra el sol de la mañana por las altas clarabeyas
del salón, oro diluído
en los rayos luminosos que se esparcen,
cual torrente despeñado, en el recinto
donde va a morir Petronio,
el poeta decadente, que el martirio
lo soporta en un ambiente
saturado de verbena, su perfume favorito.
Con la frente ancha y hermosa, sustentando una diadema
de jazmín y terebinto,
yace el bardo, que a la muerte ha dado cita,
pensativo:
con su cuerpo, en la bañera de alabastro,
sumergido
entre el agua que las rosas perfumaron,
y que, lenta, toma un tinte purpurino,
por la sangre que se escapa de las venas, que él cortara
sin flaquearle el corazón.
El sacrificio,
consternados y en silencio, lo contemplan
sus amigos;
los que en días no lejanos admiraran
de su plectro los acordes fugitivos,
y aprendieron de memoria las estrofas
de sus himnos
entonados al Amor, a la Poesía
y a los dioses del Olimpo,
y los dáctilos de oro, que envidiara
el degenerado César, que ludibrio
fué de Roma,
cuando vió la Ciudad Eterna decaer su poderío.
Y los ojos del poeta,
que ya van perdiendo el brillo,
se detienen en las bellas cortesanas,
que en triclinios
reclinadas y en sus clámides envueltas,
con las sienes adornadas de laureles y de mirtos,
son también espectadoras
de aquel drama tan injusto, tan inicuo.
Y Petronio fija en Ledia su mirada,
Ledia hermosa, más que todas las que están en el recinto;
la más joven, la más dulce,
la más llena de atractivos,
la que, grácil, se levanta de su asiento
y se acerca, porque el bardo la llamara con un signo.
Y en seguida, con acento que contiene las excelsas
suavidades del cariño:
—"Ven, exclama, vestal mía,
"dulce amada que has sabido
"Con tus besos y caricias endulzar las tristes horas
"del que va a dejar el mundo, por arbitrio
"de su estrella, que hoy le niega
"su fulgor siempre benigno.
"Ven y alcánzame una copa de Falerno,
"de ese néctar que apetezco y que es divino,
"porque enciende, cual antorcha, las ideas
"en el fondo del cerebro enardecido"...
Y tomando la aúrea copa de las manos marfilinas
de la joven, bebe el vino
que ella amante le escanciara
por habérselo él pedido,
mientras, rápida, una lágrima se escurre
por el raso blanco y terso de su rostro peregrino.
El efecto es inmediato;
un violento y poderoso galvanismo
convulsiona todo el cuerpo de Petronio,
y en las pálidas mejillas vése un círculo
purpurado por la sangre que aún le resta
en su débil organismo.
Más todo ello es ilusorio;
duran poco los efectos del reactivo.
Como esplende en el espacio en noche umbría
de un relámpago gigante el trazo ígneo
y de súbito se apaga, sin que deje
ni un destello de su luz en lo Infinito,
así pasan los eflúvios de energía
que el Falerno provocara de improviso;
y las bellas cortesanas
y los íntimos amigos
se aproximan al poeta y lo contemplan
con el rostro por la pena ensombrecido,
por la pena que les causa la partida
que le impone el cruel destino
al maestro, para el viaje del que nunca
vuelve el alma, cuando va hacia su exilio,
y se aprestan, todos ellos, a escuchar del labio amado,
de ese labio que ha vertido
muchos versos, versos dulces como mieles del Himeto,
el postrer y hondo suspiro.
Y después, con el desmayo con que el sol en occidente
sepultando va su disco
en el mar, que yace en calma y que semeja
amplio manto en sangre tinto,
por los rojos resplandores reflejados,
en la linfa, cual espejo cristalino,
tras postrer sacudimiento
convulsivo,
doblegando la cabeza sobre el pecho,
se consuma el sacrificio:
muere el poeta decadente, como en medio de otras flores,
lentamente, tristemente muere un lirio!

Antonio R. ZUÑIGA



El mito de Coqueña

Por Julio Aramburu.

Aventando las arenas bermejas, trota por los desfiladeros montañosos de Quichagua un gallardo grupo de rubias vicuñas. Van en fuga sonora, aspirando el aire a narices abiertas. Adelante, el macho temerario, de tumultuosa golilla leonada, escruta el horizonte con perspicacia militar; mientras el tropel lo sigue, abrumado por la insólita inquietud del instante.

El conductor de la hueste cuadrúpeda es alto, de músculos fornidos y armónicos. Tiene sobre sí la tácita responsabilidad de las vidas ajenas, la defensa ante el peligro, la estrategia suprema de la salvación y el sacrificio. ¡Qué misterioso sino palpita en sus salvajes entrañas! ¿Algún poder invisible o la tremenda amenaza del mítico dios ha encarnado en el valiente animal la siniestra sombra de Coquema? ¿Ha heredado de la Madre de los Cerros el milagroso numen de la taumaturgia, la noble alegría de la fatalidad y el destino?

En cualquier trance de angustia, su sabiduría intuitiva traza la conducta a seguir. Las vicuñas y la proble integral sienten una verdadera adoración y obediencia. Es el símbolo tutelar de la defensa y la disciplina zoológicas. Por ello las manadas lo acompañan dóciles, halagándolo de fervor y de ternura. Ante la desaparición de su existencia preclara, el rebaño pierde por largo tiempo el derrotero de su esperanza y porvenir.

Aquel mediodía de estío, la tropa huía a veloz carrera. Atravesando riachos secos, colinas escuetas, ríspidos collados, la marcha era infatigable y vehemente. De pronto sosiega el paso, frente a una quebrada solitaria. Allí, el valle mustio estaba tapizado por enanos "tolares" y fragantes "muñas". Al fondo, un río alarga el hilo de sus venas rojas; mientras el cielo diáfano pulveriza su resplandor de oro. La sed de la fatiga los agobia y resuelven descansar en la desierta ribera.

No habría pasado mucho tiempo, cuando en la cumbre de una loma cercana se destaca un valeroso cazador. Avanza con sigilo lista en las manos la sanguinaria carabina. El tropel reposa en plena calma, inocente ante el peligro del luctuoso episodio. El olfato penetrante todavía no ha alcanzado a sentir la extraña presencia del huésped, la papila avizora no ha visto la maldita sombra del acecho mortal. Arrastrándose por el suelo como un lisiado, ayudado por la fronda protectora de las "muñas", el hombre desconocido se aproxima lentamente. Las vicuñas están serenas, arremolinadas junto al arrogante guardián.

La visión es encantadora. Tienen el cuello largo y altivo, grandes ojos negros, las orejas tiesas. La brisa sacude el vellón del pecho, de las ancas y el amarillento plumero de la cola enarbolada. Las crías pequeñas retozan y saltan con gracia infantil, ante la plácida dulzura de la contemplación materna.

El río murmura secamente el escaso curso de sus aguas sangrientas. En la gravedad del sopor estival no se oye el trino de un pájaro, ni la melancólica romanza de algún errante pastor. Una soledad monjil pesa sobre la yerma tristeza del erial puneño. Ante esas circunstancias serenas de la vida salvaje, el légamo instintivo del hombre cultivó la pasión del crimen y del odio, la cobarde hazaña del arte cinegético.

La fraterna compañía de las bestias, ajenas al inmediato sacrificio de la sangre, sentía una plenitud de paz honda y bucólica. Había belleza en la libertad nómada y triste, en el cautivo encanto del errar sin miedo, en la huraña armonía del amor profundo. Adoraban la existencia trashumante frágil, alimentada por las escasas hierbas de los halos umbríos.

¡Qué funesta tragedia se aproxima para las indefensas vidas! El cazador sigue el penoso arrastre de su cuerpo. Las plantas auspician la fatal sorpresa, y en ningún detalle cómplice se adivina la crueldad de la desgracia. La distancia se ha reducido a una cuadra. Apoyado en la rodilla, el tirador prepara el arma para el centro. La cabeza descubierta, la mirada fija, la novedosa expectativa interior lo emocionan intensamente. De pronto, el guardián de la tropa aspira la racha de la brisa y delata una sospecha ingrata. Las vicuñas se ponen de pie y miran a todos lados en tremenda interrogación. No caminan, alargan el cuello y hacen girar las cabezas elegantes y expresivas. El sentido de la muerte las tortura en un orgánico temor.

En la quietud profunda de los cerros suena un tiro de homicidio. El blanco ha sido certero, y vemos tumbarse, junto a la tropilla, un precioso ejemplar de vicuña. Rueda por el suelo en convulsiones violentas, y todos los animales se asustan, se pasman de terror. Sin embargo, un extraño acontecimiento revela la trágica serenidad de las bestias. El cazador, ante la victoria de su pulso, corre a recoger el trofeo de la victoria. Abandona la carabina y se aparece ante la angustiosa presencia de las vicuñas impávidas.

¿Qué sucede? Es un fenómeno visual o una terrible pesadilla de misterio. El hombre del animal asesinado se detiene, presa de asombro y de zozobra. Teme la furia vengativa o la extraña amenaza del gesto. Nada podía comprender. Ahora, el magnífico tipo del macho paterno, al ver al criminal peregrino, corre a su encuentro en desesperada ira. Parece que una pasión maldita lo ha trocado en instrumento de castigo. ¿Estará hidrófobo?, se pregunta ante la insólita actitud. El aficionado al arte cinegético no tiene tiempo de huir y siente sobre sí el terrible empellón del cuadrúpedo enloquecido. Inerme, sin medios de defensa humana, el pobre cazador soporta el salvaje vejamen. Las vicuñas contemplan conmovidas aquella misteriosa pelea del hombre con la bestia. Es una lucha rabiosa a mordiscos, donde el brutal ajusticiador hendía el martilleo de sus cascos sobre el moribundo cuerpo del sujeto infeliz.

El ejemplo, extraordinario y curioso, retorna la fantasía de los mitos primitivos. Era verdad la secular leyenda de los moradores regionales. ¿Tenía aquella garrida bestia toda la alucinación de los funestos arcanos? El suceso justiciero, oculto en el profundo misterio de la montaña, alquiría el símbolo del zoomorfismo letal. ¿El juez despiadado de la tragedia antigua no encarnaría quizá el supersticioso mito de Coqueña?



LA CRUZ EN EL ARBOL

¿Numquid qui dormit non adjiciet ut resurgat?

PSALM XLI - 9.

He sido como un hombre que duerme en el camino,
mientras el sol describe su arco luminoso,
pasa delante suyo, sin verle, su Destino
y la vida da voces sin turbar su reposo.

La noche que se acerca le halla desprevenido
y al miedo de estar solo, se une el vapor obscuro
que asciende del misterio de lo desconocido...
—El silencio se agrieta como un antiguo muro.

¿Despertará el dormido a su debido tiempo?;
¿el que duerme inconsciente a alzarse volverá?...
—brilla al sol de la tarde la cúpula del Templo
y se oye, en el silencio, clamor de Eternidad.

Es el Señor que ampara mi postrimer empeño,
ábrense poco a poco mis ojos a la luz
y el árbol que abrigaba la vanidad del sueño,
va tomando la forma divina de la Cruz.

Fernán Félix de AMADOR

Una nueva aplicación de los automòviles

Acaba de encontrarse una nueva y curiosísima aplicación para los automóviles viejos y ya inútiles, en una pequeña ciudad del Estado de Michigan.

Existe, próximo al pueblo, un buen camino de macadán para automóviles que presenta, en un trecho de 30 metros de longitud por 15 de anchura, una enorme depresión, que allí designan con el nombre de "abismo", y que con nada se puede colmar impidiendo el tráfico continuamente. Se han arbitrado varios procedimientos para poner remedio a ese hundimiento sin conseguirlo. Toneladas de arena fueron echadas en dicha depresión, pero ésta sólo desaparecía transitoriamente, volviéndose muy pronto a presentar otra vez.

Pues bien; parece que la solución del difícil problema ha sido encontrada. La municipalidad del pequeño centro urbano adquirió más de trescientos automóviles viejos y en desuso — cuyo valor primitivo fué de 275.000 dólares— y los utilizó para rellenar el insaciable abismo. Parece que esta vez se dió en lo acertado: esa extraña armazón metálica, dura y pesada, pudo servir de base a la reconstrucción de ese trozo de camino que siempre se hundía, y se ha comprobado, con la comprensible alegría de los moradores de aquel distrito, que desde que el nuevo arreglo ha sido terminado, el "abismo" no ha vuelto a formarse.

EL INCONSTANTE

Por E. García Ladevese.

Los últimos rayos del pálido sol de diciembre apagábanse a través de las verjas doradas del Parque. Alfredo estaba solo en su gabinete, contemplando con éxtasis el retrato de una mujer hermosa, que había sacado de la cartera. Entre la tenue luz crepuscular que se filtraba por los vidrios de colores del balcón florido, flotaba un finísimo y embriagador perfume, y diríase que reflejos y aromas cambiaban entre sí, en la misteriosa penumbra, un ligero beso imperceptible.

De pronto, Alfredo oyó una voz amiga y guardó apresuradamente el retrato.

—¡Alfredo!

—¡Enrique!

Al eco de estos dos hombres al que acompañó un abrazo estrechísimo, despertóse antigua y dormida amistad.

—Pero ¿qué es esto? ¡Un año sin verte! ¡Ya empezaba a creer que te habías muerto!

—¡Soy un mal amigo! ¡Tienes razón! ¡Llámame cuanto quieras! ¡Lo merezco todo! Durante este año que hemos estado sin vernos, he sido el más feliz de los hombres, ¡y no hay mayor egoísmo que el de un hombre feliz!...

Mas, perdóname; he vivido en otro planeta, en el planeta de la dicha suprema, de esa dicha que borra la memoria y enloquece.

—¡Vamos, en el amor de una mujer!

—¡Sí! ¡Y acabo de perderla! ¡Hasta hoy he estado loco de felicidad! ¡Ahora estoy loco de dolor!

Y el recién llegado continuó entre sollozos:

—¡He perdido a Diana! ¡Tú no has conocido a esa hermosura egipcia, con sonrisas de hurí y miradas de sirena, que que me ha abandonado! ¡Ah, si tú hubieras visto sus pupilas de mágico imán y aquel alabastrino cuello que a veces temblaba al sentir el beso furtivo de su cabellera negra y flotante!

- ¡Ya nada de eso es mío! ¡Quiero morir! ¡No tengo fuerzas para seguir viviendo!

Y la voz de Enrique era amarga y profunda; era la voz terrible y sombría de los grandes infortunios.

—¡Cálmate, pobre amigo!, exclamó Alfredo.

Y repitió con más compasión que sorpresa:

—¡Cálmate, yo curaré tú herida!

¡Curar mi herida! ¡Eso es imposible!... ¡Yo muero de ese golpe!, contestó Enrique. Cuando ayer nos separamos la ví más enamorada que nunca, su hermosura tenía un encanto incomparable..., ¡jamás me había parecido tan bella! Al entrar hoy en casa, llamándola a gritos, como todos los días, no tuve más respuesta que el eco de mis voces... Veló mis ideas un presentimiento fatal, pero alentábame la esperanza... Me hacía la ilusión de que iba a surgir ante mis ojos su graciosa y esbelta figura, detrás de cada puerta... ¡Ay! ¡Después de haber recorrido la casa entera, medí el fondo de mi desdicha!... Ya no me quedaba nada de aquella mujer, más que el recuerdo!... Sobre el mármol de chimenea ví un lazo de seda de color de rosa, un guante desgarrado y una flor mustia... Me precipité a besarlos, los besé mil veces, y rompiendo a llorar como un niño, los empapé en más lágrimas... Lo que no puedo creer es que mientras yo me agito en esta agonía, Diana esté dando a otro la inmensa dicha de su amor, la suprema ventura de sus caricias.. ¡Ah, eso no! ¡No lo creo, no lo creo!

—¡Pobre amigo Enrique!, dijo Alfredo con calma. Ya es hora de que domines tu dolor. Sí, Enrique, no te quepa duda: mientras tú te agitas en el abismo de tu desesperación, Diana está dando a otro la dicha inmensa de su amor, la ventura suprema de sus caricias. ¡Siempre que uno pierde una mujer hermosa, es precisamente porque otro la ha encontrado!

—¡Alfredo, no me asesines!

—Nada de eso; es que quiero cerrar tu herida para siempre; quiero que entres por la senda de la virtud; si no, para ti no hay salvación.

—¿De la virtud? ¿Qué es lo que me dices? ¿Intentarás hacerme creer que has renunciado a los embriagadores arrebatos de la más viva y más ardiente de las pasiones humanas? Si tal pretendes, tu esfuerzo es inútil; apenas hace un instante, al ir a llamar a tu puerta, he visto salir de aquí una mujer de peregrino rostro, de ojos grandes y rasgados de pupilas "zebreadas" y de cabello rubio sombrío, el tipo original e inequívoco de las bellezas del Danubio... ¿Es esa la virtud que tú practicas? ¡Niégame que salía de tu casa!

—¿Qué he de negártelo? Aplaca tu emoción, escúchame tranquilo, si puedes; oye las palabras de un hombre virtuoso.

—¡Habla, pues!, murmuró Enrique, estupefacto, mirando a su amigo.

—He cambiado mucho desde que dejamos de vernos, dijo Alfredo reposadamente. Yo era entonces todavía como eres tú ahora, un sentimental, un romántico. ¿Te acuerdas de Susana? ¿Te acuerdas que hace dos años, a mi regreso de Niza, donde misteriosamente desapareció de mi lado, estuve para morirme de pena?

—¿No me he de acordar de Susana? ¡Aún me parece que la veo! ¡Estuviste seis meses llorándola, y empezamos a creer que perdías el juicio!

—¡Pues bien, ya soy otro! Yo era un vicioso, un corrompido... Mas una idea salvadora me iluminó, y me propuse redimir, gracias a una nueva vida de abnegación, las faltas de un pasado abominable. Al dar su vuelta ese sol que llaman la dicha, has visto brillar tu felicidad en la forma de una mujer que has amado, y cuando gira el disco de ese astro maravilloso te desesperas porque no puedes detenerlo y maldices de tu destino... Quisieras clavar la rueda de la fortuna, sin pensar en que otros aguardan con ansia febril que pase a su lado...

—¡Cómo! ¿Y tú te resignas a eso?, le interrumpió indignado Enrique. No me propongas, pues no la creo en ti, semejante cobardía. ¿Me pides que acepte con calma la idea de que se halla en brazos de otro hombre la mujer que adoro? ¡Eres cruel! ¿Quién ve cruzar ese cuadro por su mente sin que la espada se le venga a la mano?

—No es eso lo que te pido. Llora, si quieres, el desdén de la que por otro te abandona; el llanto de amor suele ser fecundo en consuelos. Lo que quiero es que la olvides. Lo que quiero es que salgas de ese tormento. ¿Qué dirías de uno que se desesperase porque el viento de otoño se lleva una hoja del árbol o porque, al brillar la aurora, se disipa una estrella? Loco como él estás tú; pero loco de soberbia, el más abominable de los pecados. No creas que esa mujer, amaba más que a ti al hombre a quien hoy da la dicha... Acaso no ha hecho más que obedecer a un influjo misterioso e incontrastable, o a una ley natural de transformación y de mudanza... Por ventura, tú mismo ¿has creído que iba a ser eterna tu felicidad? Esas adorables mensajeras de alegría y goces que, al pasar, nos hechizan y que, al desaparecer cautelosas, nos dejan un destello de adorada luz en el alma, llegan y huyen de improviso, como rizo de espuma que sobre las ondas azules brota al halago de la brisa marina. Todas esas ráfagas de gloria duran poco, y en cuanto se van hay que bendecirlas... ¡y olvidarlas! No hay quien no sepa que son pasajeras y fugaces... Pero unos, hipócritas, fingen ignorarlo; soberbios otros, aparentan no creerlo, y cobardes casi todos, ni aún a pensarlo se atreven, porque les hace temblar la idea de perderlas... ¡Esa sí que es cobardía!

—¡Alfredo, por Dios, dices cosas que sublevan!

—¡No, no hay que desesperarse porque el rayo de sol que se filtró por nuestra ventana no se deje aprisionar y se nos escape intangible de entre las manos! Esta plácida resignación de que yo te doy ejemplo, constituye al principio uno de esos sacrificios que el corazón desgarran; pero después lleva en sí, como todas las virtudes, el más envidiable premio. En vez de seguir mirando con lamento estéril el rayo de sol que huye, acostúmbrate a volver la vista hacia el rayo de sol que llega. Los colores del prisma, en sus diversos grados y variantes, son infinitos y hay un nuevo encanto en cada uno de sus destellos. En cada nueva chispa que hiere mis ojos, yo descubro siempre una deliciosa sorpresa. Observa un poco y verás que es siempre la misma hada mágica la que nos seduce, la que nos fascina. La que lloras no ha hecho más que separarse de ti un momento para volver a buscarte con otro nombre, con otra fisonomía y con otros hechizos. Juana o Elisa, Josefina o Gabriela, alta o baja, morena o rubia, de ojos negros o de ojos azules, fíjate bien en ella y verás que es la misma..., ¡es la hada peregrina de la Inconstancia! A esa hay que amar, y amarla a ella es amarlas a todas; pues ella, al presentársenos bajo distintas fases, es quien mantiene el amor en renovación perpétua. ¡Haz como yo! ¡Sé inconstante! Cuando una mujer me abandona, ya no la lloro, la olvido, y sólo pienso en la que va a reemplazarla, aunque no la conozca todavía.

—¡Adiós! ¡Volveré! ¡No te puedo oír! ¡Con tu lenguaje me exasperas!

Alfredo, al verse solo, sacó otra vez la fotografía que había guardado y se puso a mirarlo con verdadera ilusión.

Engolfado en su éxtasis, no sintió llegar de nuevo a Enrique, y éste lo sorprendió contemplando el retrato.

—¡Chico, siento interrumpirte! ¡Te venía a pedir, antes de marcharme, el secreto para olvidar!...

Y como Enrique, al entrar y decir esto, vió turbarse a su amigo añadió:

—Pero ¿qué te pasa? ¡Un retrato? ¡A ver!

Alfredo se puso rojo de vergüenza.

Era el retrato de Susana.



La toma de la Bastilla

Episodio del año 1789

Un ejército de operarios invadía todas las mañanas el antiguo palacio, morada durante siglos de los Condes de Brabancon, familia esclarecida, por famosas proezas, en la historia de Francia.

El Conde último, heredero reciente del título, desvivíase por sostener y aun aumentar el esplendor de la casa, y acudió en primer término, al reparo más fácil, al de la casa misma. Albañiles, pintores, tallistas, revocaban por dentro y fuera fachadas, salones, desvanes y hasta los cimientos, resentidas al cabo de tanto años, como diría cronista adulador, bajo el peso de tanta grandeza.

La única hija del Conde, aristocrática damisela de quince años, con natural travesura de niña y forzosa seriedad, impuesta por rigurosa educación, burlando la vigilancia de ayas y preceptores, divertíase en curiosear el trabajo de los obreros, en hacerles mil preguntas, en oir sus conversaciones, para ella de asuntos nuevos, con frases nunca oídas, divertida en observar a los que trabajaban en los andamios.

A cada paso temía que alguno se cayera, y la tranquilidad de aquellos hombres en peligro constante la admiraba tanto como la lectura de portentosas hazañas guerreras de sus antepasados. Mujer y todo, quizás se atreviera ella a guerrear como otra Juana de Arco; pero de pasear por un andamio, que no la hablaran.

Justamente, al pie del balcón preferido para sus observaciones, a horcajadas sobre un andamio, picaba la piedra ennegrecida de una enorme cariátide un muchacho aturdido, despreocupado, que tan pronto inclinaba más de medio cuerpo hacia la calle, para bromear con algún compañero, tan pronto se colgaba de una sola mano a la cornisa del balcón o a las cuerdos del andamiaje, teniendo en continuo sobresalto a la señorita de Brabancon, que alguna vez no podía por menos de gritarle: "¡Cuidado!" Atención que el agradecía con una risotada alegre, trinadora, como piada de pajarillo al amanecer en un día de sol.

Era muy lindo el mozuelo; su fisonomía picaresca parecía luminosa, pero iluminada de dentro afuera por la luz áurea, rosada de una aurora primaveral del alma.

La damisela y el obrerillo charlaban y reían a sus anchas.

La cariátide blanqueaba muy poco a poco. Las ayas y preceptores de la señorita no consiguieron adelantar en las lecciones por aquellos días. La señorita no hallaba hora a propósito para estudiar.

En la mañana del 14 de julio, faltaron muchos trabajadores a la obra del palacio. Por las calles andaba ociosa la gente del pueblo, como en día de fiesta. En todo París notábase algo extraordinario.

Desde el balcón comentaba la heredera de los Brabacons, en animado diálogo con el obrerillo puntual aquel día al trabajo, lo que aquello podría significar.

El mozo discurría sabrosamente de todo lo humano y lo divino... El Rey... los señores... los impuestos... Un tropel de ideas nuevas trastornaba el reposo intelectual de la noble señorita... ¡Cuántas cosas en que ella no había pensado nunca, de las que nadie le había dicho palabra!

Por la calle corría la gente; los tenderos cerraban de golpe puertas y escaparates... ¿Qué sucede?... De pronto sonó una espantosa descarga de fusilería... La señorita de Brabancon, aterrada, cogió convulsa, instintivamente la mano del obrero... Su curiosidad se sobreponía al miedo, y seguía apoyada en el balcón, mirando a un lado y otro de la calle...

—¡Buena se prepara!— exclamó el mozuelo, brincando de alegría, ufano por la novedad de los sucesos...

Más cerca sonó otra descarga contestada por una espantosa detonación que hizo retemblar el vetusto palacio.

La señorita dejó caer el cuerpo desmayado sobre la baranda del balcón, y el obrerillo, desde el andamio, sosteniéndola con todas sus fuerzas, ansioso, triunfante... la miró apasionado...

El tiroteo continuaba...

El pueblo había tomado por asalto la Bastilla.

Jacinto BENAVENTE

Un baile macabro

Por Juan José Vélez

Profesé desde niño un gran amor al terruño nativo pero un amor casi idolátrico, una especie de locura eglógica por todo lo en él plantado y con vida, ya fuera vegetal o animal. Así fuí creciendo con ese sentimiento bajo su cielo peregrino, con las bellezas de las auroras serranas y la melancolía de sus atardeceres. Nada, pero ni un eclipse pasajero, aminoró mi afecto, turbando la claridad de tales ensueños. Llegué a la juventud sintiendo jadear en mi pecho esa felicidad de querer mucho a mi terruño. Y ya en plena orientación de opinión individual definida, y de gustos, con un criterio formado para saberlos encauzar, fuí más dueño de mis quereres.

Me arrimé a la montaña, como a una madre, con simpatía filial. Alguna vez he de referir lo que ella me confió en sus serenas horas de grandeza olímpica, cuando azotada por el rayo, se desbordaban por sus cuestas los torrentes; cuando respondiendo al eco de los truenos en las noches de tormentas, o al berrido del ganado en los rodeos de la hacienda bravía, se tornaba ella en una verdadera madre para mí, diciéndome, que no tuviera miedo, que me llegara con confianza a su lado, a auscultar los latidos de su alma de piedra.

Embriagado por el sopor que producen las dichas satisfechas, el ideal soñado al alcance de los labios como fruta codiciada, más de una vez estuve de pie cerca de ella. Llegado de la ciudad a respirar el perfume de sus hierbas y, a solazarme en el vuelo de sus faldas que agitan los aquilones embravecidos; me eché en su seno para mejor imponerme de sus confidencias, rara vez confesadas por ella a nadie, por lo que hay que sabérselas arrancar en los momentos más sublimes de su vida milenaria, de ciclo en ciclo, sacudida por curiosos fenómenos, inexplicables a la simple vista, o según el vulgar concepto que se tiene de las cosas; pero a la verdad, reflejos de lo inmaterial o intangible, de lo que son imágenes, cuando se pone el pensamiento a indagar el origen de todos ellos.

Así, los cuentos de la montaña, son para mí algo de lo más bello que mi corazón ha hallado, como deleite en las disquisiciones espiritualistas, buscando el equilibrio entre lo palpable y lo inasible.

Cierta vez, presencié este hecho.

Sobre el tapial de un modesto campo santo de la sierra, bailaba su "danza de las horas" un animal raro que, al principio no pude describir lo que era, pero que bien claro lo percibí yo, volviendo de echar las vacas lecheras al corral, montado en mi petizo alazán, tenía aquél unas orejas largas que se enristraban como aspas de chivo, de roja y larga chilla y unas patas firmes rematando en unos dedos como garras: allí parecía obedecer a una consigna diabólica. Giraba en remolinos vertiginosos sobre las patas traseras, a lo largo el puntiagudo hocico simulando que sorbiera algo del ambiente. Producía fatalmente la sensación de un vestiglo, empeñado en asustar, más que otra cosa, a quien tuviera la poca suerte de darse con él, manos a boca, al bajar por la cuestita que de la próxima loma descendía a un sembradío de tabaco, donde los chanchos del monte, con sus fuertes colmillos, solían entrar a zafarrancho a destruir el trabajo de tantas horas al sol y al raso, del que fuera su dueño el finado "ño Pedro".

Aturdido por el espectáculo, debí poner a prueba la serenidad de mi espíritu y la docilidad y prontitud de mi doméstica jaca para emprender precipitada carrera huyendo de aquel peligro y llegar a la casa a contárselo, primero que nadie, al capataz ño María, viejo paisano, [illegible], cojo de la pierna derecha y media aturdido por el alcohol. Bastaba él solo para poner miedo a cualquiera que no lo conociera. Su rostro hirsuto, sus negras y ásperas cejas, su ancha nariz casi partida en dos, y aquel belfo caído al peso de una enorme dentadura, ya eran rasgos peculiares de un valor a toda prueba, de un coraje puesto de manifiesto en tanto entrevero con "las propias ánimas". Listo en el uso del cuchillo que lo empleaba a diario para decapitar víboras y sapos, emponchado a lo guaso o criollo, con una jerga pesada y de rústica trama, con los coloretes más chillones que las comadres suelen teñir estas prendas de vestir y lucir del paisano; era no más, un personaje que infundía recelos; pero a los niños de la casa nos quería, nos cuidaba y hasta nos entretenía con sus fábulas contadas en su media lengua. Fué al que recurrí en el trance por el que acababa de pasar y sentirme su víctima.

La montaña nada me decía con la impasibilidad de sus rocas superpuestas: esos montones enormes de piedras oxidadas, parduscas unas, verdi - negras otras semejantes por su contextura a enormes monstruos fosilizados, cuyos prominentes tóraces podían ser esas mismas masa pétreas en las que había fraguado el cuarzo, la arena y la cal hidráulica y que se adelantaban como vientres inflados hacia el transeunte; y sus brazos descarnados, los cordones de piedras, unidos unas a otras, pero con algún resorte para alargarse a voluntad y atrapar a quien osara curiosearlas. Nada me decía la montaña solitaria que en las noches tormentosas, solía iluminarse como un altar gigantesco, o una enorme pira en que los sacrificios de las víctimas inmoladas aumentarían las llamas de sus incendios. Nada me decía aquella tarde en la apacible serenidad de ese silencio absoluto y esa majestad olímpica de todo lo que tiene alma de piedra. Y fué por esto que recurrí al viejo brujo de la estancia, al capataz ño María, quien viéndome llegar y al saber mi procedencia, ya suponía lo que traería dentro del cuerpo; pues, riendo como un bobo desmandibulado

y enarcando más las rudas cejas, y avispando la mirada como si quisiera enterrar los ojos en mi corazón que barbotaba aún asustado, tomóme de la mano para acercarme a su lado y confiarme esta revelación:

—Desde que salió de este mundo el finao ño Pedro, el fantasma que baila en la pirca del cementerio, es su alma bendita, niño! No se asuste, que a naides hace daño. En algo debe entretenerse habiendo sido tan bailarín en vida. Alguna figura debía tomar para volver a esta tierra miserable; lo que ha visto usted niño, es la del chivo viejo, el "pagrillo" de la majada de ño Pedro, muerto algunos días antes que el finao "se cortara"; porque usted ha de recordar que éste estuvo "penando" cuatro días, hasta que mandaron pagar el último gasto en la pulpería, y finó para siempre.

—¡Acabáramos! — le respondimos — ¡Esas tenemos! Con que los difuntos se aparecen y en la forma de animales?

—Ansina es mi niño, como se lo digo; esa es la verdad, tuita la verdad. Aquí tiene a este guaso que fué un pollo matrero en su mocedad andariega, reducido ahora casi a la nada, por los achaques de la vejez y por los sustos que me han dado en esta vida "las ánimas benditas"; la primera vez que se me apareció el finado mi tata, quedé tartamudo; cuando a los pocos años se le ocurrió repetir la gracia de aparecerse envuelta en una sábana blanca, a la finada mi primera mujer, me quebré la pierna, claro que por disparar. Esta cara de zonzo que me ve, la jeta caída, fué de un "aire perlado" que me dió, cuando vi en la chacra de maíz, tomando mate a la Dorotea, mi... cuñada.

Esto podía ser verdad, efecto de alguna alucinación o mentira. Pero a mí no me convenció ño María. Entonces dije para mis adentros, que lo que ocurre es que esta gente sencilla del campo se lleva de cuentos, y jamás trata de salir de las dudas, y al fin, "cuentos de la montaña", quedan encerrados entre los círculos de sus piedras que con su impasibilidad dicen muchas cosas o no dicen nada.

A las pocas tardes de este inesperado suceso, fuí testigo del mismo baile macabro, de la misma "danza de las horas" sobre la pirca del cementerio, ejecutada por el raro animal que he mencionado. En compañía de otras personas mayores, que como menos ignorantes que ño María, se explicarían mejor estas cosas, fuimos sorprendidos por la verdad del fenómeno: el eximio bailarín estaba en el apogeo de su fiebre danzarina. Visto a la distancia entre las sombras que proyectaban los talas del cementerio, aquello era un cuadro no sólo risible, sino hasta ridículo, pero que a esa hora y a campo descubierto, producía sus cosquillas, infundía sus dudas.

¿Quién se agitaba tan desaforadamente así, apoyándose en el rabo para girar como una veleta y alzar alto el hocico con crepitaciones de la dentadura, cuyo ruido peculiar al frote de huesos, tenía sus importancia; y un poco del sosonete de algo como un gruñido llevando el diapasón fúnebre, efecto del jadeo que produce el propio cansancio, era otro motivo para inquietar nuestra tranquilidad. Pues bien, ¿quién sería este extraño personaje?

Nada menos que el perro cabrero de la majada del difunto ño Pedro, cansado de bregar por el monte tras de sus cabritas serranas, chiquitas y enclenques, desparramadas por las lomas como un puñado de porotos, llegaba a esa hora a buscarse alguna bachurita sabrosa en el cementerio, de esas que arrancan a flor de tierra, a veces, los quirquinchos; y después de saborearla rasguñándola, con hambre canina, hacía la digestión trepándose a la pirca a saltar y brincar como un condenado; ni más ni menos que cuando cachorro, criado entre la majada montaraz, succionaba la leche de sus cabras adoptivas y corría entre el montón de las cabritas, muerto de gusto; gambeta aquí, empujón allá, un ligero tarascón a las orejas del macho cabrío y después a echarse a vigilar desde sitio prominente, una laja de piedra, por ejemplo, un reparo del camino, la sombra de un coco, a sus hermanas de leche, interín los ariscos cabritillos pacían golosos por la cañada serrana.

Y, adiós! cuentos secretos de la montaña; adiós! misteriosas leyendas de aparecidos, y eso de que el "cerro se enoja", y aquello de que "el arroyo en ocasiones "se seca" también para castigar algún pecado oculto, alguna falla en la moral del patrón viejo, del dueño de la estancia. Todo explicado, todo clarito...! Farras del perro cabrero, anémico personaje, con la debilidad ingénita de imitar lo que sus ojos vieron desde su incorporación a la majada; alguna célebre ocurrencia del macho cabrío, parado en dos patas, al pie de un chañar, para mondar con devorante saña los mejores brotes o la fruta cayéndose de madura.



EL AMIGO — Seguiste mi consejo de beber un whisky después de un baño caliente?
EL ENFERMO — Hice todo lo posible, pero no pude acabar de beberme el baño.

EL REGRESO

Empujó la puerta, y sintió un fuerte olor a pomada. Pasó distraído por delante de la dueña de la peluquería, una rubia oxigenada y ondulada, gruesa, que debió de haber sido linda alguna vez, pero que ahora era una ruina.

—¿El pelo?—interrogó el oficial.

Afirmó distraído. Su pensamiento estaba muy lejos del salón de peluquería.

—¿Una fricción?

—Sí; y masaje facial.

Recordaba los días en que usaba tales refinamientos de elegancia para ver a su prometida. Le gustaba vestir bien y cuidar su físico. Ahora le parecía todo aquello una farsa dolorosa y sentía ganas de reír, con aquella risa perversa y burlona que había aprendido en presidio.

Había estado allí diez años, por haber estafado varios millones, y otros diez años lejos de su patria, por no serle permitida la entrada en ella. Y al cabo de veinte años había vuelto y podido recoger una pequeña parte de la cantidad estafada, que había ocultado en lugar seguro antes de ser detenido.

Con este dinero vivía en París. Probaba fortuna en la Bolsa y en las carreras de caballos, pues no se atrevía a solicitar un empleo, temeroso de ser reconocido. Tenía poco más de cincuenta años, y parecía un viejo de sesenta.

A esto lo había arrastrado su prometida, la que fué luego para él una esposa exigente, implacable, cuya belleza lo había llevado al deshonor.

Su defensor lo había dicho en la vista del proceso. Antes de casarse era un empleado modelo de honradez y laboriosidad pero se atravesó en su camino aquella mujer, y por satisfacer su amor al lujo no había vacilado en cometer estafa tras estafa para proporcionarle joyas, vestidos, lazos, automóvil, viajes de placer..., todo, temeroso de perderla. ¿No era ella la verdadera culpable?

Nada le había importado de su marido. Condenado éste, había logrado el divorcio y nada había sabido de ella.

—¡Qué lejos estaban aquellos días en que se complacía en detalles de elegancia para agradar a la mujer querida! Desde su llegada a París el recuerdo de su antigua mujer le obsesionaba Hubiera deseado verla, ¿pero dónde encontrarla?

—¿Desea el señor algo más?

—Nada—contestó secamente.

El espejo le mostró que el masaje no lo embellecía como otras veces. Se acercó a la caja para pagar el servicio, y al mirar a la dueña del salón la reconoció.

¡Era ella! Dejó que el oficial se alejase, y pronunció un nombre. Ella se estremeció: lo había reconocido a su vez. Hizo una seña de que se callase, y salió sin volverse.

Nunca hubiera pensado que pudiese haber cambiado de aquella manera. La recordaba hermosa como la había visto la última vez. ¡Y su hermosa mujer era aquéllo! ¡Por aquel montón de carne fofa y grasienta había perdido su honor, su libertad y su juventud, pasada en presidio! ¡Qué estúpido tan grande había sido! Y corrieron las lágrimas, las primeras desde su condena. Lloraba desesperado, entre la gente. Lloraba sin saber si lo hacía por su vida arruinada o desesperado de ver borrarse para siempe la linda figura de aquella mujer que había sido su perdición.

René LE COEUR

LA CRITICA

Según José Ortega y Gasset, debe la crítica ser "un fervoroso esfuerzo para potenciar la obra elegida. Procede orientar la crítica en un sentido afirmativo, y dirigirla, más que a corregir al autor o dotar al lector de un órgano visual más perfecto. La obra se completa completando su lectura".

"El eclectismo, ha dicho Jean Cocteau, es la muerte del amor y de la justicia. Pues, en arte, la justicia es una cierta injusticia".

Los dos miedos

Por Miguel Martos

—Yo hi vivío mucho y por eso sé muchas cosas — dijo el viejo Laguna, empezando su narración. Por eso sé que hay dos clases de miedo... Miedo grande y miedo chico...

Allá en San Juan, y en medio e las cordilleras, como un nido de águilas, hay una villita llamada "Iglesia".

En esa santa tierra sucedió lo que les voy a contar. Era un primo hermano de mi padre y se llamaba Cantalici Santibánez. Dueño de una linda estancia y de varios miles de vacunos y lanares, poco y nada se l'importaban las dificultades de la vida.

Lo único que le tenía preocupado era una cualidá que tenía un hijo suyo, único vástago de su matrimonio.

El niño se llamaba Cantalicio y en ese tiempo tendría unos doce años cuando más.

Y lo que lo tenía caviloso a don Cantalicio era qu'el muchacho, teniendo todo y sintiendo todo lo que tienen y sienten las criaturas, le faltaba una cosa...

No se rían — dijo el viejo, interrumpiendo la historia, — que no es cosa e malicia ni mucho menos lo que le faltab'al niño. Ojalá a muchos hombres con barba les faltara lo que a él.

Carecía del sentido del miedo. Naide había lograo asustarlo nunca, ni de día ni de noche, ni solo ni acompañao... Se reía de las brujas y de los aparecidos...

Una vez lo embistió un toro bravo en medio e los corrales y él, con la mayor soltura, le hizo unas cuantas cuerpeadas y, por último, cuando se cansó, saltó el cerco e piedra y se quedó muy orondo...

Los peones se quedaron de una pieza... Ellos ni de a caballo se hubieran atrevido a repetir la suerte.

Una vez, el padre quiso probar por sí mismo a asustarlo y con ese fin lo mandó con un mensaje a un puesto lejano. El sol ya se había traspuesto y la noche se acercaba; pero el niño no dijo nada y tomó el camino.

Tenía que cruzar lomas y costear cerros y por más ligero que anduviera, no podía volver antes de la media noche.

Pasaron unas cuantas horas y ya cuando las tres Marías se iban volcando pal lao del poniente, don Cantalicio tomó del tendedero e ropa una sábana, s'envolvió en ella y se jué por la mesma senda que su hijo. Pero lo qu'es la vida... el diablo nunca duerme y por más avisao qúe sea el hombre, tarde o temprano larga prenda...

Don Cantalicio tenía un mono, regalo de un pariente del norte: era la cosa más graciosa que pueda imaginarse; todo el día estaba haciendo piruetas y saltos mortales; montaba a caballo y revoleaba el lazo como el peón más diestro.

No había cosa qu'él viera que no la imitara en seguida.

Esa noche lo vido al amo envolverse en la sábana y ahí nomás alcanzó él una tualla y, envolviéndosela igualmente, lo siguió... Pá qué decir que iba repitiendo todos los movimientos del amo... Este no se percató de nada.

Al cabo de un rato de andar, llegaron los dos, uno tras de otro, a unos chañarales muy espesos que estrechaban el camino. La luna estaba clarísima, como de día. Don Cantalicio s'escondió atrás de un chañar boscoso, y el mono haciendo los mismos ademanes de misterio del amo, s'emboscó más atrás...

No tuvo qu'esperar mucho el estanciero. A poco sintió al hijo hacercarse; venía cantando.

Cuando llegó a pocos pasos del padre, se paró en seco y se quedó mirando sorprendido.

—¡Caray! — dijo, después de un momento de dada. — Este será el miedo... pero no sabía que hubieran dos miedos... Este, — prosiguió, señalando el bulto que hacía don Cantalicio, — debe ser el miedo grande, y, aquél, — agregó señalando el del mono — debe ser el miedo chico... — Y se quedó de una pieza mirándolos.

El padre no se movió, pero al oír al muchacho, sintió así como un escalofrío...

—Miedo chico... — repetía pá su buche. — ¿A qué diablos le llamará así este muchacho?...

El niño, tan fresco como si hubiera visto un par de burros al lao de la senda, siguió su camino cantando.

Don Cantalicio se había quedao pasmao...

¿Qué miedo chico sería ese?... — pensaba, sin atreverse a mirar p'atrás... ¿Sería permisión de Dios pá que algún ánima lo asustara en escarmiento?...

Todos esos caramillos se atropellaban en su mente en un desorden como de fonda e vasco...

Pero el tiempo pasaba, el canto del muchacho ya no se oía y entonces le dió más miedo... De pronto, y pá remate, gritó una lechuza atrasito mesmo d'él... No pudo más y dió un salto...

—¡Ave María...! — dijo, y miró p'atrás con ojos espantaos.

Pá qué decirles lo que le sucedió... son cosas que solamente podían interesarle a una lavandera...

El mono, al verlo saltar, saltó tamién y don Cantalicio creyó qu'era un ánima...

—¡Anima bendita... — gritó y se metió por entr'el chañaral, porqu'el fantasma le cerraba el camino...

Ustedes saben bien lo d'espinas que tienen los chañares... Güeno, al pobre se le antojaba un bosque de margaritas y corría como una bala, dejándose entre las espinas las tiras de ropa y de pellejo...

De vez en cuando miraba p'atrás y más apuro le daba lo que veía el ánima a los saltos atrás de él...

Cuando llegó a las casas estaba sin resuello...

—¡El ánima!... ¡el ánima!... — gritaba.

—Los peones y la familia saltaron asustados de la cama y prontos pá disporar; pero no veían ninguna ánima...

—Ahí viene... — alcanzó a decir medio ahugao, señalando al mono qu'entraba, tuavía envuelto en la tualla...

Nadie pudo aguantar la risa, y las carcajadas sofocaron, por un momento, los resoplidos de don Cantalicio, que ya parecía qu'hechaba los hígados por la boca...

Cuando él vido bien que había sío el mono y se serenó y lo curaron y lo vistieron y pudo hablar, dijo sonriendo al inocente animal

—Castigo e Dios ha sío, dejuro... Yo quise hacerle conocer el miedo a m'hijo y él me lo ha hecho conocer a mí... Ni aunque una cosa m'extrañaba — dijo dándose un guantón en la frente — y era qu'el ánima juera tan saltona...



La Lufthansa

La Lufthansa, que inscribe toda la aviación comercial alemana, acaba de publicar las estadísticas de su tráfico en 1928.

Resulta que el tonelaje de flete, de los paquetes postales y correo postal transportados, hán pasado, respectivamente, de 641.821.470 toneladas a 1.030.870.470 toneladas.

Mientras que en 1927 han recorrido los aviones de la Lufthansa nueve millones de kilómetros, en 1928 han recorrido diez millones de kilómetros.

El número de viajeros ha pasado de 102.000 en 1927 a 111.000 en 1928.

En el verano, cuando el servicio funciona en pleno en todas las líneas, el número de rutas servidas diariamente era de 100 y la distancia recorrido ha alcanzado a 100.000 kilómetros por día.

Dos uniones internacionales han sido puestas en servicio en 1928, una con España y otra con Italia.

La Lufthansa continúa activamente sus pruebas para una unión con América del Sur con el itenerario España, Canadá y Cabo Verde.

UN AROMO

Un gigantesco aromo se destaca
sobre el cielo cobalto del crepúsculo;
y es imponente el árbol
allá en el horizonte, sobre los campos mudos.
El cielo va tornándose
de un hondo azul nocturno.
El divino silencio se hace canto.
Hay uno que otro punto
luminoso en el fondo de la noche;
y el aromo vetusto,
es como un gran fantasma que viniera
para asustar al pueblo semiobscuro.

Alfredo R. BUFANO

CURIOSIDADES

Cuando un niño muere en Groenlandia le entierran con un perro vivo para que le sirva de guía en el otro mundo. Si se les pregunta por qué tienen esta superstición contestan que un perro siempre encuentra el camino que busca.

* * *

La colección de monedas del Museo británico consta de 35.000 ejemplares.

* * *

El avestruz rinde alrededor de un kilo y medio de plumas anualmente.

* * *

Casi todas las fuentes públicas de la América española datan de tiempos de la colonización. Una de las más notables está en Méjico (ciudad), al final del acueducto que lleva hasta allí el agua del Chapultepec.

* * *

El fluído eléctrico viaja con una velocidad de 533.400 kilómetros por segundo.

* * *

La fabricación de velas data de los primeros tiempos de la Era Cristiana.

* * *

Uno de los atractivos principales de China, antes que las corrientes renovadoras occidentales empezasen a minar sus caracteres típicos, estaba en lo medios de transporte, en particular, de pequeñas mercancías, transportadas unas veces en ligeros carritos, conducidos velozmente.

Otras veces, si eran de poco peso, se conducían pendientes de un palo, al que se unían dos curiosos platillos, especie de romana utilizada también por los vendedores.

* * *

El primer puente de hierro fué construído en Coabrookdeale, Inglaterra, en 1770. Los puentes metálicos son muy superiores a los de mampostería, y ofrecen mayor resistencia.

* * *

La mezcla de la sal y el hielo, es aún más fría que el mismo hielo.

* * *

En Noruega no se permite contraer matrimonio a ninguna muchacha que no presente un certificado de que sabe cocinar.

* * *

Para obtener medio kilo de seda hacen falta los capullos de cerca de tres mil gusanos.

* * *

Los kanguros comen pasto, y cada uno de estos animales consume una cantidad equivalente a la que pueden comer seis ovejas.

* * *

En la capital de México se instaló, en el año de 1536, la primera imprenta del Continente Americano.

* * *

Las serpientes que tienen más dientes no matan al morder; las que lo hacen son aquellas que tienen menos dientes. Las boas y las pitones matan a sus víctimas enroscándose alrededor de ellas; las cobras y las víboras matan mordiendo, lo que les permite introducir en la herida el terrible veneno.

* * *

Linneo, el creador de la ciencia botánica, fué aprendiz de zapatero en Suecia.

* * *

El agua de mar contiene plata en considerable cantidad. Mucha veces se encuentra depositada en el revestimiento de cobre de los barcos.

* * *

La ciudad de Tokio tiene más de mil establecimientos de baños.

* * *

En Méjico crece un arbusto silvestre llamado candelilla, que produce una cera firme, especial para cubrir cilindros fonográficos.

* * *

En un museo de Nueva York se conserva un mechón de pelo de la cabeza de una mujer de la era romana, sujeto con horquillas de azabache.

* * *

La seda conocida con el nombre de "crepe" de China no se hace en ese país. En China no hay fábricas de tejidos de seda; toda la que se produce allí se teje a mano.

* * *

El aceite es inflamable. En contacto con el oxígeno comprimido, es muy segura le explosión.

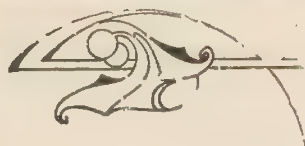
* * *

Se ha abolido la esclavitud en el estado independiente de los Gurkas, al Norte de la India, gracias a la actividad que en ese sentido ha desarrollado el Marajá. El importe de la compra de los esclavos se eleva a 9.000.000 de pesos.

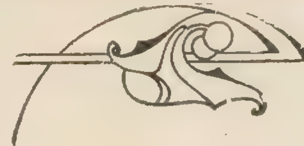
LA DISCUSIÓN DE LOS DIPLOMAS DE CUYO







Aspecto que ofrecía la entrada al Senado nacional, por la calle Victoria, cuando el público ávido de presenciar le discusión parlamentaria de los diplomas de los senadores por San Juan y Mendoza, se precipitó hacia la puerta entablando un verdadero pugilato para entrar al recinto legislativo. — A la izquierda: la bandera izada anunciando la apertura de la sesión en la Cámara de Senadores, que sirvió de señal para que el público invadiera tumultosamente la entrada.



DESFILE DE POLICIA Y BOMBEROS







En la avenida Costanera, se realizó un desfile preliminar de los cuerpos de policía y bomberos de la capital federal que habrán de tomar parte en la parada militar que se realizará el día 9 de julio, con motivo de la efemérides patria. — Dos instantáneas obtenidas al paso de las tropas. — A la izquierda: el coronel Cobas, jefe del cuerpo de bomberos y el comisario Diaz, que mandarán las fuerzas respectivas.

Fué celebrado por el Rotary Club el convenio fraternal chileno - peruano. - Una tertulia entusiasta en la cual caracterizadas personalidades exaltaron el arreglo amistoso del pleito de Tacna y Arica



Doctor Clodomiro Zavalia, presidente del Rotary Club

El Rotary Club, la benemérita y activa institución de consorcio internacional efectuó el 1.o de Julio una comida de celebración del arreglo amistoso del antiguo conflicto de Tacna y Arica. La trascendencia del Tratado que resuelve definitivamente el pleito, disipando las sombras de perturbación que amenazaban la paz del continente, fué puesta de relieve en esta reunión que, aparte de haber sido organizada por una entidad de los prestigios tradicionales del Rotary Club, congregó a un núcleo numerosísimo de personas destacadas en las diferentes actividades públicas y permitió a los representantes diplomáticos de los países amigos declarar una profesión de fe inconmovible en la unidad espiritual americana. La palabra encomiástica de la confianza perdurable que anima a los pueblos de esta parte del mundo, merece, ciertamente, ser transcripta, no solo por su significación sino además por venir ella de ciudadanos investidos por la representación natural y oficial de sus respectivas naciones.

HABLA EL DOCTOR ZAVALIA

Desde la cabecera de la mesa, que ocupaba rodeado de los Embajadores de Chile, Perú y los Estados Unidos, y del comisionado especial del Rotary Club, Mr. James H. Roth, el doctor Clodomiro Zavalía, descollante figura de la magistratura argentina pronunció un sentido discurso cuyos párrafos esenciales fueron interrumpidos frecuentemente con una nutrida salva de aplausos. El notable jurisconsulto expresó, entre otros conceptos, los siguientes:

"No esperaba por cierto, que al ocupar por primera vez el asiento principal del club habría de estar la mesa honrada con la presencia de tan eminentes representantes del cuerpo diplomático.

"El sentimiento internacional, tan caro a los cánones rotarianos, tendrá pocas ocasiones más propicias para exteriorizarse que ésta, en que aparecen dos pueblos terminando amigablemente divergencias que duraron más de medio siglo. Fué suficiente un instante de inspiración, de elevar los corazones, para que tanto en el Perú como en Chile se impusiese la necesidad de una solución que ha sido saludada con alborozo por todo el Continente. Hay también otro triunfador. En el escenario neutral de Washington, a la sombra de la bandera estrellada, que es la expresión más alta de la democracia universal, se realizaron las negociaciones que ponen fin al viejo pleito de Tacna y Arica.

"El nombre de los Estados Unidos estará así ligado eternamente a tan fausto acontecimiento.

"Tales han sido las razones que movieron al Rotary Club de Buenos Aires para congregar en su seno a los representantes de los tres países mencionados, dedicando su reunión quincenal a exaltar un triunfo que dirá al mundo cómo se resuelven en América las cuestiones internacionales".

Al finalizar su brillante apreciación sobre el alcance de la fiesta convocada por el Rotary Club, el doctor Clodomiro Zavalía fué nuevamente aplaudido por los comensales que se pusieron de pie en homenaje a Chile y Perú.

PALABRAS DEL EXMO. EMBAJADOR DE LOS ESTADOS UNIDOS Mr. ROBERT WOOD BLISS

En seguida usó de la palabra el Exmo. Señor Embajador de los Estados Unidos, Md. Robert Wood Bliss, el cual comenzó expresando la satisfacción que experimentaba al encontrarse, como huésped, en el Rotary Club de Buenos Aires en una celebración cordialísima hacia dos naciones hermanas, por el grato acontecimiento de la solución de sus diferencias limítrofes.

Agregó que cabía agredecer a los dos gobiernos de Chile y el Perú, la buena voluntad puesta de manifiesto para llegar a un acuerdo que servirá de alto ejemplo para todos los países.

Reiteró como embajador de los Estados Unidos su gratitud por el honor que se le dispensaba al hacerlo partícipe del homenaje y dió las gracias al presidente del Club por haberlo recordado en tan felices circunstancias, pues que ello importaba realizar también una forma de acercamiento entre los gobiernos y los pueblos.

EL NOTABLE DISCURSO DEL EXMO. Sr. EMBAJADOR DEL PERU, DOCTOR MIGUEL A. CHECA EGUIGUREN

Acallados los aplausos que acogieron las palabras del representante diplomático de los Estados Unidos, pronunció el siguiente discurso en medio de un levantado sentimiento de entusiasmo general:

"El profundo y bello idealismo del lema rotariano, "dar de sí antes que pensar en sí", es también la síntesis magnífica del espíritu superior con que mi patria y mi gobierno han hecho siempre por tradición y por principio de la fraternidad americana el símbolo de sus iniciativas y actividades.

"Vuestra gratitud — dijo más adelante — celebrando el acontecimiento de la solución del gran problema que América entera anhelaba ver finiquitado es una demostración inequívoca de que el idealismo de mi patria es también vuestro ideal.

"Felices de nosotros que podemos conmemorar tan grandioso acontecimiento; felices porque descubriéndonos respetuosos ante el



Señor Roberto Wood Bliss, embajador de los Estados Unidos de Norte América, en la República Argentina



Doctor Miguel A. Checa Eguiguren, embajador del Perú en la República Argentina.

acervo histórico de las glorias de nuestro pasado podemos vislumbrar días felices para el porvenir de nuestras naciones, como resultado del espíritu de colaboración de aquellos estadistas del presente empeñados en una obra de bien que gustosos habrían sellado con el denuedo de su valor los mismos próceres de nuetra epopeya continental.

"La Argentina—agregó— bien conoce el alcance de estas afirmaciones, porque ha sido desde los albores de su vida independiente uno de los pueblos cumbres que ha hecho de sus mejores idealismos el numen creador de los más destacados episodios de su historia, cuyas páginas de oro comprueban heroísmos, narran glorias inmarcesibles y rinden culto a hechos inmortales inspirados todos en un solo ideal: la libertad de América, suprema razón de los generosos anhelos del genio de San Martín y de los hombres de bronce que llegaron a Chile y el Perú para formar con las banderas de tres pueblos el escudo común del más bello postulado de concordia y de fraternidad".

El distinguido diplomático cerró su discurso con una brillante arenga a la acción de amistad internacional del Rotary Club argentino, sucediéndole en la palabra el Exmo. Señor Embajador de Chile, doctor Enrique Bermúdez quien hizo una brillante improvisación.

CONCEPTOS DEL EXMO SEÑOR EMBAJADOR DE CHILE DOCTOR ENRIQUE BERMUDEZ

Iniciando su enjundiosa pieza oratoria, el doctor Enrique Bermúdez dijo que su primera palabra sería de sincero y profundo agradecimiento al Rotary Club de Buenos Aires, que había tendido su franco mantel en celebración de un acontecimiento de verdadera trascendencia. Recordó las expresiones del Embajador norteamericano, Mr. Coverntón, que intervino en las tramitaciones amistosas del pleito, quien afirmaba que todavía no puede apreciarse perfectamente la enorme significación de este hecho. Las pasiones políticas quieren disminuir su importancia tanto en un país como en el otro. Pero, mañana recordarán, por la intensidad de las relaciones, por el valor histórico del acto, por la nobleza de espíritu demostrada, la solemnidad de esta hora.

"Significa esta solución—agregó—una página preciosa de nuestra historia, producida con el apoyo moral de los Estados Unidos, que merece todos los honores de esta jornada, país que cuando se le estudia explica por qué ha ocupado el primer lugar del mundo".

El Dr. Bermúdez dijo cuanto apreciaba al Rotary Club y cuanto afecto le inspiraba la República Argentina, porque de aquí salieron los invictos que dieron libertad a su patria.

Aludió, luego, a la obra del Rotary Club, cuyo desarrello siguió de cerca en sus gestiones diplomáticas en Guatemala, San Salvador, Costa Rica y Méjico, donde la acción social rotariana se traducía en hospitales, en institutos de enseñanza pública, en medidas de perfeccionamiento artístico y práctico agregando que por todo ello se congratulaba de conocerlo también en Buenos Aires, reiterando su agradecimiento a los honores que le fueron dispensandos.

A continuación habló el doctor Zavalía, lanzando la iniciativa que fué aprobada unanimemente de enviar a los clubs similares de Perú, Chile y Estados Unidos un mensaje de salutación con motivo de la ceremonia fraternal que se realizaba.

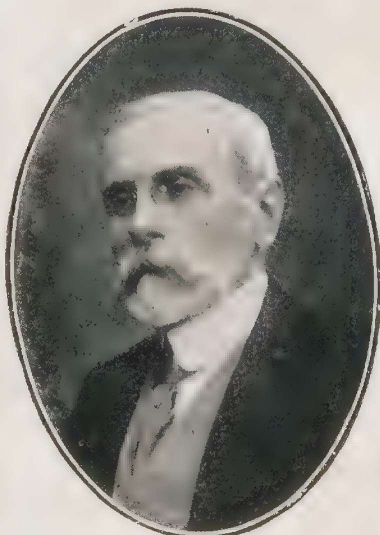
Asistieron a la reunión las siguientes personas:

Clodomiro Zavalía, Alfredo Colmo, Cupertino del Campo, Ernesto Nelson, Noel F. Tribe, Bernardo Espil, Carlos A. Acevedo, Ricardo C. Aldao, Pedro Bidondo, Patricio B. Browne, Alejandro E. Bunge, Eduardo G. Bunge, Enrique Cibils Avellaneda, Luis Colombo, Horacio Damianovich, Atilio Dell'Oro Maini, Alejandro V. Dye, Guillermo R. Fraser, Ricardo A. Gardiner, Arturo S. Gibbs, Enrique Gil, Manuel Gómez Veiga, Vicente Gómez Bonnet, Mariano Gradín, Godofredo Hughes, Ralph W. Huntigton, Atanasio Iturbe, Federico Lagrange, Jorge Lavalle Cobo, Martín Julio Ledesma, Wallace R. Lee, Ernesto Lix-Klett, Urbano Loustau, Rodolfo N. Luque, Juan A. Martín, Arnaldo Massone, Jerónimo A. Morixe, Antonio V. Ottonello, Gualterio W. Pearce, Jacinto Peralta Martínez, Hermenegildo Pini Oscar Rodríguez Saráchaga, Marcelo Rongé, Leo Schaefer, Alberto Soullignac, David J. Spinetto, Carlos A. Tornquist, Tomás S. Varela, Nelson J. Wisner y Rosendo E. Michans.



Doctor Enrique Bermudez, embajador de Chile en la República Argentina.

NECROLOGIA



Señor Paul Groussac, director de la Biblioteca Nacional.



Señor Juan Errecaide socio fundador de la Bolsa de Cereales.

BIBLIOGRAFIA



Señora Isolina Sáanz de Centeno, que en breve publicará un volumen de cuentos nacionales.

PINTURA

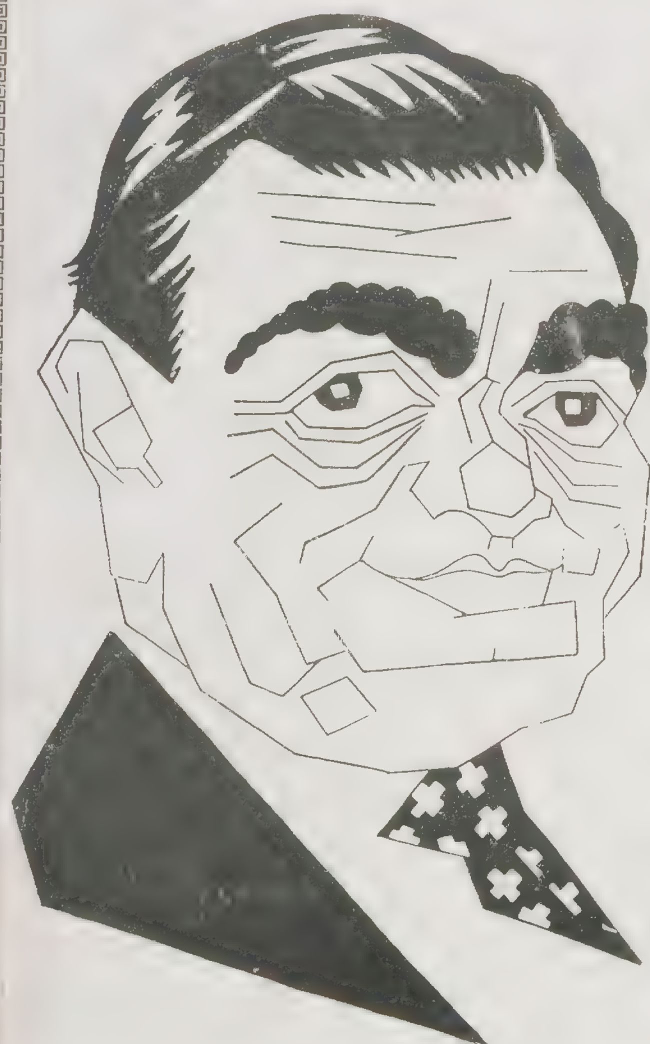


El pintor argentino César A. Pugliesse, que en breve inaugurará en Rosario una exposición de sus telas.

Inteligencia y esfuerzo representan los colaboradores de don Faustino Da Rosa en la Empresa del Teatro Colón

Un núcleo concéntrico de personas activas y aptas colabora con D. Faustino Da Rosa, el notable y experimentado hombre de teatro, en la ardua empresa de nuestro primer coliseo. Estamos seguros de hacer justicia a méritos probados a sacrificios nobles, a inteligentes contribuciones de cooperación, significando lo que esos altos empleados representan en el complicado mecanismo de una empresa de tanta magnitud, que dada su complejidad, requiere no sólo las virtudes que señalamos sino también lo que es más, una dosis de extraordinaria comprensión.

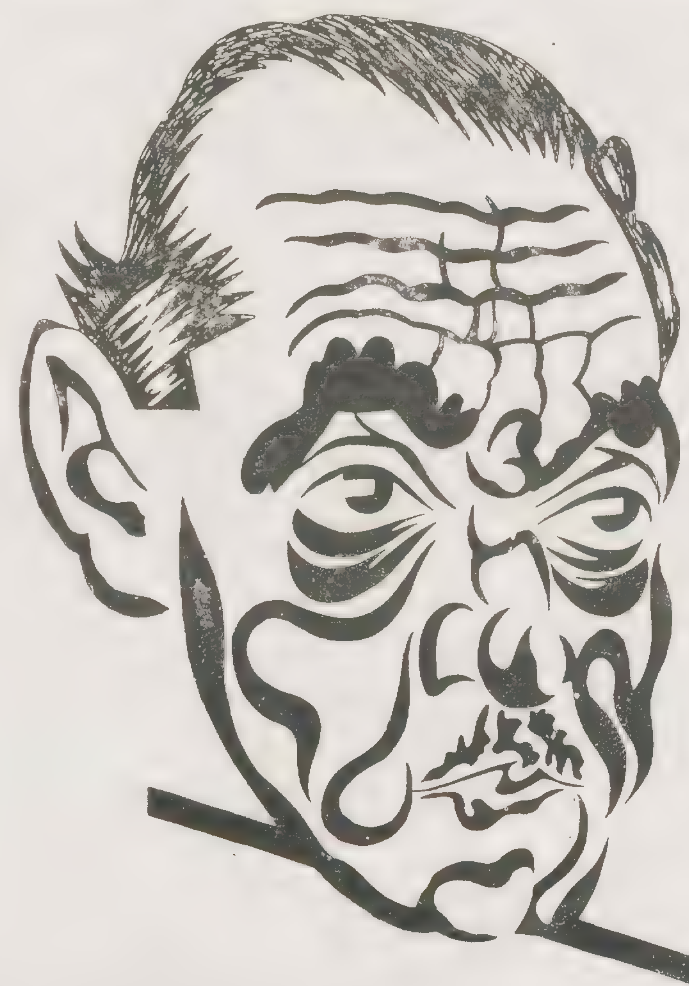
Así D. Enrique Bonacchi, D. Renato Salvatti, D. Gianni Pellas, D. Horacio Salcedo, D. José Pereyra, D. Carlos Arca y D. Isaac Kombliftl unos en la contratación en Europa del elevado conjunto lírico del Teatro Colón, otros como sub directores artísticos, otros manejando en carácter de apoderados los cuantiosos intereses de la Empresa, otros ejerciendo las secretarías de las diversas dependencias o bien dirigiendo con notoria eficacia la propaganda de la temporada dieron su impulso a la realizacón de la obra común. Así, también, D. Mario Da Rosa, sobrino de D. Faustino Da Rosa, que en la dificultosa misión de atender al numeroso y heterogéneo público relacionado con los intereses de la Empresa, se desempeña con tino verdaderamente ejemplar. Todos ellos integran el grupo de voluntades unidas para realizar, cada uno dentro de su respectiva esfera de acción, la magnífica temporada artística acerca de cuyos valores y de cuyo éxito hemos tenido ocasión de explayarnos ampliamente. Desde luego, D. Faustino Da Rosa, que los guía con su proverbial conocimiento y experiencia, halló en las nombradas personas a los colaboradores insustituibles que necesitaba para poder cumplir sus propósitos en el Teatro Colón, propósitos de cultura artística, de orientación de nuestros elementos líricos, de divulgación de la literatura y la música noble de todos los tiempos.



Enrique Bonacchi



Mario Da Rosa



Carlos Arca



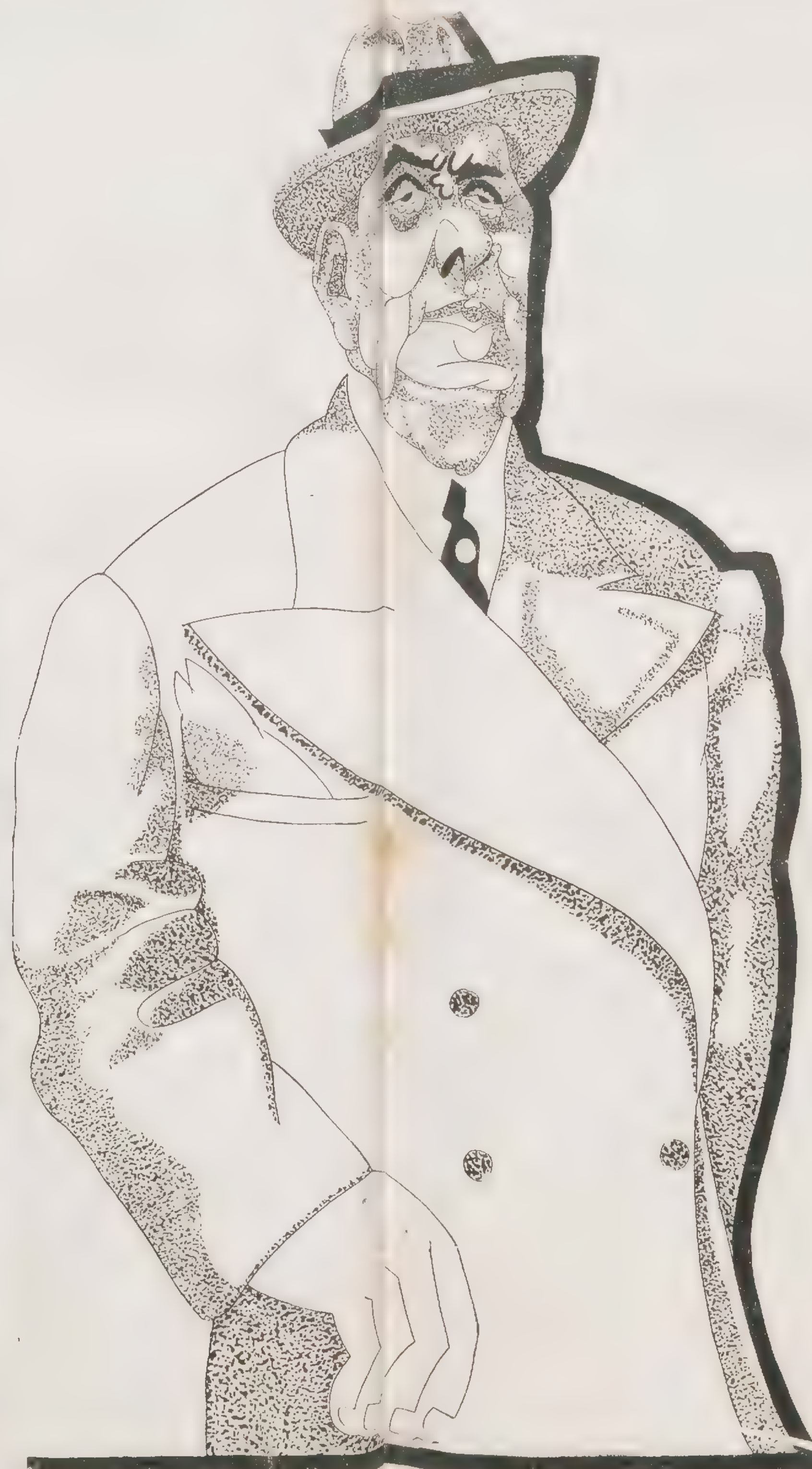
Renato Salvatti



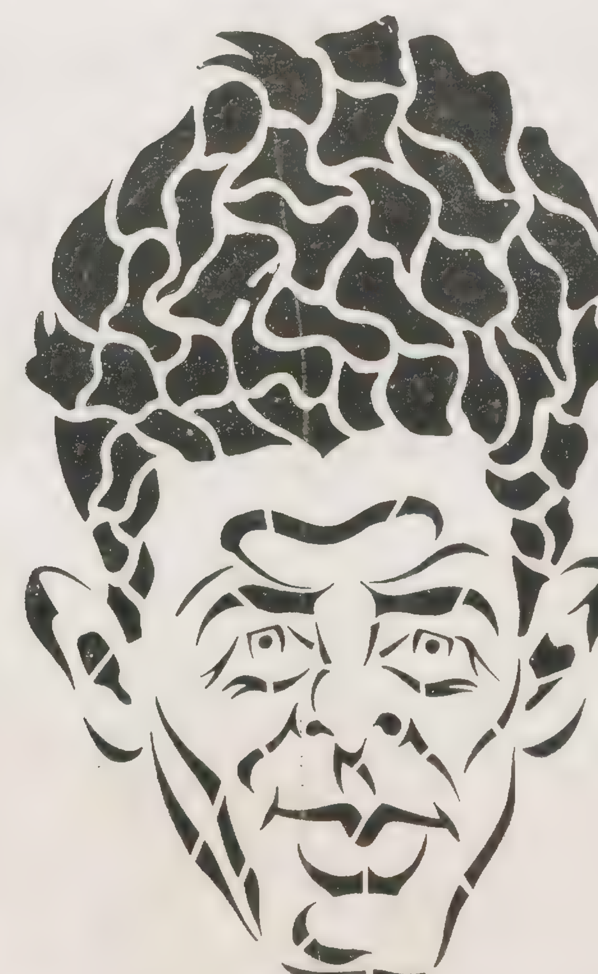
Gianni Pellas



Horacio Salcedo



El ex discípulo del maestro Selva, don Faustino Da Rosa, director y concesionario de la temporada oficial del Teatro Colón.



Isaac Komblihti



Ricardo Pereyra

Caricaturas de Blanco

El día de los Estados Unidos de Norte América



Herbert Hoover, presidente de los Estados Unidos de Norte América

El 4 de Julio es fecha signada con caracteres de fiesta colectiva en el calendario de la Historia. El Día de los Estados Unidos reaviva nuestros sentimientos de fe en la poderosa democracia del Norte y nos recuerda su trayectoria y su trascendencia en la civilización contemporánea. Los Estados Unidos animaron el espíritu liberal del nuevo mundo, infundiéndole un cálido aliento humanitarista concretado en sus leyes e instituciones.

Nuestra constitución del 53 recibió de la Carta Magna estadounidense sus principios esenciales. Forma republicana, federal, representativa de gobierno; libre tránsito y comercio libre; libertades de prensa; de palabra y de reunión, normas directrices de nuestra vida en el campo privado y social son cualidades que hemos recogido de la declaración de Independencia de los Estados Unidos en aquel lejano y siempre presente 4 de Julio que, ahora, rememoramos. Debemos a los Estados Unidos el ejemplo y el estímulo en el camino de la organización nacional. Más tarde aún — después de Alberdi que nos diera sus "Bases", aplicando a nuestro medio los beneficios de la legislación americana — Sarmiento traducía las sanciones de la jurisprudencia de los Estados Unidos, "para enseñanza de los magistrados argentinos encargados de interpretar la Ley".



Señor John Cambell White, consejero de la embajada de los Estados Unidos



Señor D. George S. Messersmith, Cónsul General de los Estados Unidos



Señor Dana C. Sycks, Cónsul de los Estados Unidos en Buenos Aires.

He ahí, pues, por qué el 4 de Julio es, históricamente, una fecha que nos toca celebrar con particular agrado a los argentinos. Aparte de su significación general por lo que simboliza como Día de un pueblo grande y noble, tiene, para nosotros, el aspecto de un generoso númen donde se inspiraron nuestros prohombres para legarles una patria digna en el concierto del mundo. Invocamos todo esto al expandir nuestros sentimientos de amistad a los Estados Unidos en esta hora en que la democracia del Norte recuerda con júbilo su Día y la cruenta y larga gestación de su admirable organización institucional y política.

Los Estados Unidos hizo desde entonces acá un formidable esfuerzo de engrandecimiento. Su poderío decisivo no cuenta solo en el terreno material; también en el terreno moral supo mantener incólume el ideario de sus creadores, interviniendo con denuedo y desinterés en la solución de los grandes problemas colectivos.

Así en su entrada en la conflagración europea, así al proclamar los 21 puntos de Wilson, así al proponer la limitación de los armamentos y al servir de arbitro conciliatorio en conflictos internacionales como el de Tacna y Arica, como el del Chaco Boreal. Dentro de esta tendencia de cordialidad, los Estados Unidos hallaron la bueno voluntad tradicional de la República Argentina. Vínculos profundos de consorcio económico y espiritual ligan la suerte de ambas naciones, y esto es indudablemente un motivo más para que el 4 de Julio sea, también, una fecha argentina. Afirmémoslo, en nombre de la comprensión que presidió en todo instante la intensificación de lazos de unión recíproca. Nada podrá perturbar lo que durante siglos fué un exponente de alta amistad internacional. Máxime hallándose al frente de la representación diplomática de los Estados Unidos un núcleo de personalidades de consagrado prestigio y de verdadera simpatía por nuestro país. Mr. Herbert Hoover debe haberlo advertido a su paso por la Argentina, en donde encontró una Embajada partícipe de sus principios de respeto y cariño a los pueblos hispanoamericanos. Mr. Robert Wood Bliss, Embajador Extraordinario y Plenipotenciario de los Estados Unidos realizó desde su delicado cargo una obra intensa y fructífera cuyos beneficios se perciben nítidamente en el grado de amistad que nos une a su patria y en el constante aumento de las comunes relaciones comerciales, políticas, económicas y científicas.

En esa obra bella y gigantesca cooperaron, a su lado, con igual ánimo, Mr. John Campbell White,



Señor Robert Wood Bliss, embajador de los Estados Unidos de Norte América, en la República Argentina.

Consejero de la Embajada, Mr. George S. Messersmith, Cónsul General de los Estados Unidos, Mr. Dana C. Syeks, Cónsul en Buenos Aires, y tantos otros altos funcionarios que hacen honor a la labor que desempeña Mr. Robert Wood Bliss. En sus manos diligentes y sabias la suerte de la antigua amistad argentino-estadounidense tiene seguro destino. Acrecerá, indudablemente, en fortaleza; y adquirirá un vigor insuperable, si cabe. Conmemoremos, pues, el 4 de Julio tanto porque interpreta el sentimiento histórico del pueblo del Norte, cuanto por lo que significó en nuestra organización y por el papel preponderante que ejercen los Estados Unidos en nuestra civilización.

Evoquemos a Washington, a Lincoln, a Jefferson, a Roosevelt, a Wilson; y a Poe y Longerloff: a sus hombres políticos, a sus artistas y a sus hombres de empresa. A los ciudadanos que en los distintos órdenes de la actividad social y espiritual contribuyeron a crear el conjunto formidable y ponderable de la democracia americana.

Por ello vivamos entusiastamente el 4 de Julio.

El Club del Progreso ha realizado obra de cultura social

EL CLUB DE LOS ARGENTINOS

El Club del Progreso fué fundado hace setenta y siete años, al día siguiente de la batalla de Caseros y uno de sus fundadores fué el General D. Justo José de Urquiza. Ha colaborado desde entonces con gran impulso en la marcha del país contribuyendo a consolidar sus instituciones y fortaleciendo el espíritu público en forma que lo hacen acreedor al reconocimiento unánime.

Es el Centro tradicional por excelencia. De sus salas han salido militares pundonorosos, civiles ilustres, ministros, legisladores, Presidentes de la República. En épocas en que hondas crisis abatían al país, el club supo mantenerse incólume, inalterable y pudo realizar acción benéfica estimulando la reacción saludable.

Acaba de renovarse la Comisión del Club. La saliente estaba formada por figuras prestigiosas, como su Presidente el Dr. Carlos F. Melo uno de los más eminentes argentinos, cumbre de la cultura nacional, publicista, catedrático de la Universidad, educador, jurisconsulto, académico, literato, filófo y poeta. Ocupó y honró el mismo sillón que enaltecieron Zeballos, Saenz Peña, Pellegrini, Juan Carlos Gomez. Durante su período se han realizado obras notables por el mejoramiento del Club y en contribución al progreso moral e intelectual de Buenos Aires y a la armonía y grandeza de la Patria



El presidente del Club del Progreso, doctor Carlos F. Melo a cuya eficiente gestión debe la entidad positivos adelantos.

Cabe destacar el esfuerzo de la Comisión Directiva porque el Club como se consigna en la memoria 1928-1929, respondiese en la hora presente y en el porvenir a los propósitos que guiaron a sus fundadores "de reunir los caballeros más respetables, nacionales y extranjeros, para mantener y estrechar las relaciones personales, uniformar en lo posible las opiniones políticas por medio de una discusión deliberada y de acuerdo con el principio cuyo nombre adoptan por bandera, macomunar sus esfuerzos para el progreso moral y material del país".

En todo momento ha tratado de estrechar la paz y es digno de mención los mensajes elocuentísimos que con motivo de la solución del viejo pleito de Tacna y Arica se han dirigido a los representantes de Estados Unidos y de Chile y el Perú.

Los servicios internos del Club han sido sabiamente mejorados, tanto en la casa central como en Ranelagh donde se ha construído una pileta de natación y una cancha de pelota como también un gimnasio para niños. El 25 de Mayo último se realizó en los salones una hermosa recepción en la que participaron numerosos diplomáticos y en la que el Presidente pronunció estas bellas palabras: "Los señores embajador de Francia y representante de Estados Unidos han querido acompañarnos en este gran día, por lo cual os pido que tributemos en un aplauso nuestros votos a esas dos grandes naciones, vinculadas a nuestra historia y tan cerca de nuestro corazón".

Accediendo a una gestión formulada por el Presidente que acaba de terminar, en nombre propio y en el de la C. D., la Dirección de Correos y Telégrafos dispuso la instalación de un buzón y posteriormente la de una oficina postal y telegráfica en el interior del Club.

Entre los actos culturales realizados merecen señalarse la disertación autorizada del doctor Manuel Domínguez, la elocuente conferencia de la doctora Juana Beeckman de Vandervelde sobre "Feminismo" y la última pronunciada por el galano poeta español Javier Bóveda.



La nueva comisión directiva del Club del Progreso. Presidente Dr. Pedro Caride Massini; Secretario Sr. Jacinto Reynoso; Tesorero, Sr. Lázaro S. Trevisana; Vice Presidente Sr. Alberto del Campo y bibliotecario, Dr. Ulises Villalobos.



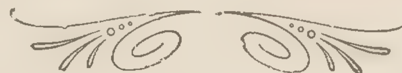
El Presidente del Club del Progreso, doctor Carlos F. Melo, con los miembros de la C. D. del período 1927-1929, que ha secundado su labor y los componentes de la lista triunfante en la asamblea de renovación de autoridades realizada el 28 de Junio, antes de ser puestos estos últimos en posesión de sus cargos por el doctor Melo





Señor Intendente:

LA VENTA LIBRE DE CARNE DE EQUINO ERA EVIDENTE EN LA COMUNA. — DEBE MANTENERSE EL PROYECTO DE CONDONACION DE MULTAS.



UN PROBLEMA VISIBLE

Se sabía, desde hace mucho tiempo, que, en algunos establecimientos de pocos escrúpulos con respecto a la moral del comercio y a la salud ciudadana, se expendía carne de equino. Tanto es así que, a menudo, nos hemos preguntado si no sería oportuno declarar su venta libre dado que en tal forma podría ejercerse el control de rigor en la materia.

En efecto: el peligro denunciado tan enérgicamente por la Intendencia en su nota oportuna al Ministerio del Interior donde recaba una acción conjunta de la Policía de la Comuna y la provincia de Buenos Aires a fin de limitar el deplorable negocio, no reside tanto en la venta misma de la carne de equino, como en las condiciones turbias y hasta criminales en que ella viene desarrollándose.

La propia Intendencia lo reconoce al advertir que en municipios de Europa y aún de América la carne de caballo—del yeguarizo—se consume públicamente.— "Está probado,—dice la nota en cuestión que la carne de yeguarizo es apta para el consumo". Desde luego, no es el propósito de la Intendencia, ni el nuestro, admitir ese consumo. Primeramente porque repugna a los hábitos de la población; en segundo lugar porque no se concibe la venta libre de carne de caballo en el país del vacuno. Pero queremos significar precisamente adónde se dirige la loable actitud de la Intendencia: se quiere, por un lado, imponer el cumplimiento estricto de la prohibición que pesa sobre la carne de equino en virtud de antiguas disposiciones municipales; y, lo que es más importante, se quiere, por otro lado, cortar de cuajo esta amenaza contra la salud colectiva que floreció ampliamente gracias a la apatía de las autoridades.

El problema era demasiado visible, en verdad, para que pasara desapercibido al vigilante criterio del doctor Cantilo y de sus dignos colaboradores. Por eso no nos sorprendió la medida que comentamos y que, seguramente rendirá los frutos que de ella se esperan.

POR LA SALUD CIUDADANA

El expendio subrepticio de la carne de caballo permitió hasta ahora que él se efectuara en las condiciones antedichas. Sabemos de potreros inmundos del sud de Mataderos y de Avellaneda norte donde se carnean viejos animales, "matungos" en desuso. Las reses están allí tendidas al aire, entre elementos innombrables de deshechos y sangre.

El transporte se hace en la misma falta de higiene elemental puesto que, debiendo pasar la mercancía oculta a las vistas de la Inspección, no hay interés alguno de parte de los comerciantes inescrupulosos en atender el cuidado que exige todo artículo destinado al consumo público.

La venta se realiza por lo común en carnicerías urbanas o en estancias grandes donde la carne de caballo parece ser la nutrición única de las peonadas.

Se dirá que es imposible que se desarrollara un comercio semejante si las autoridades trabajaran con ahinco. Es preciso advertir, sin embargo, en homenaje a la verdad, que la Intendencia trató por todos los medios a su alcance de impedirlo, no contando empero con la colaboración solícita del Ministerio del Interior, y que debe serle acordada de inmediato en salvaguarda de la salud pública.

ES IMPRESCINDIBLE LA CONDONACION DE MULTAS AL COMERCIO MINORISTA

La comprensión demostrada generalmente por la Intendencia en su fructífera gestión pública, tiene un nuevo motivo para revelarse. En el Concejo Deliberante un miembro de la mayoría proyectó la condonación de multas al comercio minorista, siempre que el contribuyente se pusiera al día con sus obligaciones a la Municipalidad. El proyecto encontró, naturalmente, la oposición de la minoría; pero esta oposición es meramente política y ello se echa de ver en el giro que tomó el debate y que concluyó casi violentamente, con el levantamiento de la sesión.

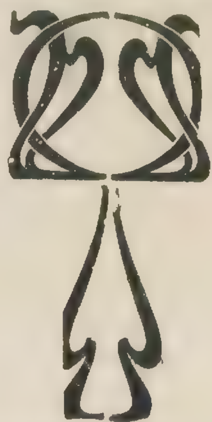
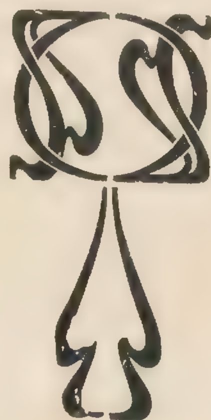
El hecho de pertenecer el autor del proyecto referido al núcleo partidario del D. E. debe decidir a este a pronunciarse en favor del mismo. Se hace tanto más necesaria esta actitud de la Intendencia porque ella fué implicada en la oposición al citársela, por la minoría, como adversa a la condonación que se solicita.

Es harto sabido que no nos mueven en nuestra prédica propósitos políticos. Pero esta vez la coincidencia se presenta, y debemos aceptarla. Consideramos la condonación de las multas al comercio minorista una medida oportuna, generosa y también lógica. El estado afligente del comercio ha permitido atrasos que, a lo largo del tiempo, significaran una acumulación de multas casi superior al monto de las obligaciones ordinarias.

Y si, el comercio no se encuentra hoy en situación de cubrirlas, al paso que van las cosas será más improbable que lo haga en lo sucesivo. Los asuntos irán, entonces, a la Justicia, y morirán allí en la forma en que inteligentemente lo demostró el Secretario de Hacienda, doctor Arambarri.

A nuestro entender, el D. E. no puede cerrar los ojos a la realidad anticipada por la mayoría del Concejo Deliberante. Por otra parte, no puede tampoco contrariar a dicho sector, ni desairarlo con un silencio que podría ser mal interpretado. Es evidente, además, que la medida anunciada irá a beneficiar a comerciantes humildes que, seguramente, a pesar suyo, no han podido ajustarse a las obligaciones municipales en el plazo legal.

La Intendencia, pues, haciendo una nueva demostración de claro criterio, sobre los problemas públicos de su jurisdicción debe coadyuvar al despacho favorable del proyecto referido solicitando a su vez la condonación de las multas.

LA MUERTE de CLEOPATRA

Por Emilio Castelar

I

La gran Reina egipcia que venció a Julio César y a Marco Antonio, vencida fué por Octavio Augusto. Los cargos capitales dirigidos por éste a Cleopatra se resumían en dos: primero, la ingratitud con César, a quien debiera el trono, deuda más tarde acrecida por obsequios y favores innumerables y pagada con la deserción de su bandera y el auxilio a sus asesinos; segundo, el amor interesado hacia Marco Antonio, en el cual no entraban tanto los afectos naturales a un corazón de mujer, como las ambiciones propias de una reina. Realmente, la escena representada en estos minutos por la tentadora serpiente demostraba que la gloria de su nombre ilustre, los verdes laureles de su dinastía inmortal, el acrecentamiento de un imperio tan vasto, la dominación de razas tan diversas, el deseo de reproducir las grandezas de Alejandro frente a las grandezas de César, aquella nativa emulación del Oriente con el Occidente que llena toda la historia humana, superaban con mucho al amor de Cleopatra por Antonio. La egipcia representa y personifica la exaltación al trono de una mujer sensual y voluptuosa, de pocos escrúpulos femeniles y de ninguna conciencia moral, tentada siempre por los reclamos del amor, y tentadora, que avasalló primero al divino César exaltando su genio al contacto de su alma y avasalló luego al pretoriano Antonio exaltando el sensualismo suyo al contacto de su cuerpo; seducciones guiadas por su ambición de reina y sometidas al interés de su dinastía y de su imperio. Naturalmente, un hombre tan hombre como Antonio, de fuerza y de vigor increíbles, en quien la naturaleza material predominaba con aquel predominio soberano, debía satisfacer los instintos groseros de la hembra, satisfechos por la hermosura de César, muy olímpica ciertamente, pero afeminada y recordando siempre más la gracia de su inmortal abuela Venus, que la fuerza física de Marte, intensamente representada por Antonio. No hay en la historia tipo de mujer caída y viciosa tan femenil como el tipo de Cleopatra. Ella no libra ningún género de proyecto al poder propio de los dueños del mundo, ni a las intrigas de las cortes, ni a la fuerza de las armas; ella lo libra todo a sus fascinaciones y a sus encantos. Cuando César está en Alejandría, no espera cosa de su entendimiento político, el cual debía moverle a conjurar la usurpación del hermano que la destronara; esperó todos sus apetecidos logros del encantamiento llevado en su cuerpo, y entrando metida dentro de un fardo en el palacio cesáreo, avasalla para siempre al César. Luego, cuando, muerto César, propende al partido estoico de los republicanos últimos, y rotos éstos, Antonio recoge como encargo capital castigarla, no apercibe naves, ni requiere armas, ni junta pertrechos, ni congrega ejércitos; velámenes de púrpura, cordajes de seda, tapices de Persia, pebeteros de ámbar, cojines de tisú, guirnaldas de flores, flautas de oro, danzas de bacantes, y sus propias gracias, aquellas gracias avasalladora, le sirven para esclavizar al general romano y sobreponer al Occidente prosaico y positivo, el hechicero y panteísta Oriente. En Accio los nervios suyos no le permiten presenciar el horror de una batalla, y después de haber puesto en línea escuadras fortísimas como soberana omnipotente, huye avergonzada y confusa como histérica mujer. Y aunque ya raya en los cuarenta, y el exceso ha fatigado su cuerpo, siquiera no haya de ningún modo enflaquecido ni hastiado su alma, todavía libra mucho en el poder perdurable de su sexo propio sobre el sexo opuesto, y de sus gracias personales sobre todo varón. Así, permite que su ejército de tierra se rinda en Pelusa y abra las puertas del Egipto al vencedor; permite que los restos de su escuadra se rinda, a pesar de su número y de su fortaleza, en la rada misma de Alejandría; para extraer su trono entero de aquel deshecha naufragio, y colocar a sus hijos transmitiéndoles con fortuna la herencia de cien abuelos, basta con repetir los medios empleados en César y Antonio. Como sugirió al primero cambiar la sede capital del mundo, llevándosela en sus bagajes desde la orilla de Tíber a las orillas del Nilo; y como sugirió al segundo el impulso merced al cual desenvainó su espada contra Roma, creía ejercer el mismo influjo y determinar el movimiento mismo en Octavio, el tercero y último de los dueños del mundo. Pero en Octavio se halló solamente la política de perfidia, el cálculo de un frío matemático, la doblez de un ambicioso débil, la razón de Estado prosaica, la burocracia tradicional completamente falta de nervios y de sangre, sobre cuyas facultades no ejerce poder alguno aquella seducción femenil que usara y ejerciera Cleopatra en César y Antonio, quienes, por lo mismo que tenían pasión y fuerzas, estaban sujetos a debilidades y caídas.

II

No cabía poner de ningún modo ni la disculpa ni la justificación. Intentólo Cleopatra después de ver la poca eficacia de sus fascinaciones sobre aquel cuerpo casi yerto, y nada consiguió. Elocuente, muy elocuente, no acertó a explicar en su elocuencia ni sus alianzas con los tribunos, ni sus sugestiones a los pretorianos. Apenas decía una frase, Octavio le cerraba el camino, bien con una observación profundísima en que la exactitud rompía o derrotaba la elocuencia, bien con un recuerdo en que la evocación oportuna recrudecía las acusaciones fiscales. Parecióle así a Cleopatra inútil toda justificación, y se redujo a pedirle muy encarecidamente que la dejara vivir en paz, y pusiera en el trono, ya que a ella no, a sus hijos. Hizo, pues, todo lo posible por vivir. Los buques reunidos en sus costas egipcias, tras los desastres de Accio, como avecillas vueltas a su nido y reconcentradas bajo sus alas, fueron por mandato suyo conducidas al istmo de Suez, para ver si podían, pasando en hombros de siervos, caer en el mar Rojo, y requiriendo desde allí el Oriente, levantar bajo los cielos de Caldea, sobre las arenas del Desierto, con los escombros de Babilonia y de Nínive, por la desembocadura del Eufrates y del Tigris, tan semejante al Nilo, un

imperio nuevo de Alejandro, que reprodujera la fuerza y el poder de Semíramis, la voluptuosidad y el ardor de Sardanápalo. Pero frustrada esta empresa, ya no le quedó ningún recurso para salvarse más que la seducción natural de sus gracias y el soberbio poder de sus instintos. Frustrado este medio a su vez en la frialdad congénita con Octavio, ya sólo pensó comprarle: Todo cuanto se le había ocurrido para moverle aquel día con móvil espiritual e íntimo cualquiera, fué colocar las efigies y simulacros de César en el recinto donde recibió al heredero y sobrino suyo para que le recordasen todo su poder de hembra y toda su autoridad de reina sobre la persona de aquel a quien debía Octavio la posesión de su imperio. Mas agotados todos los recursos, recurrió a las riquezas, única cosa que aguijoneaba la curiosidad y exacerbaba el deseo de un dictador tan prosaico. La escena de amor, el diálogo de política, el intento de seducción mezclado en proyecto de glorias y dominaciones, concluyó por manera bien vulgar: concluyó entregando Cleopatra el inventario de sus tesoros y riquezas. Octavio, en quien la codicia ejercía tanto imperio como la voluptuosidad en César y Antonio, miró aquellas tablas cubiertas de números como el avaro contempla su oro, con la misma increíble pasión. Pero en aquella tierra de traiciones, y en aquel imperio descompuesto, quedábanle a Cleopatra nuevas amarguras que gustar y nuevos contratiempos que sufrir en el contagio de inmoralidad que pudría hasta el aire vital. Seleuco, su tesorero, deseando congraciarse con el tirano, le reveló en aquel mismo momento que había cleopatra burlado una porción de joyas y dinero a su codicia. Cuando la Reina oyó esto, levantóse del amplio cojín donde yacía tendida, y persiguiéndolo por el salón, clavóle sus uñas como una gata en la garganta, con tal furor, que lo estrangulara seguramente a no arrancárselo de las manos. Octavio se desternillaba de risa viendo tal cólera y mirando la metamorfosis en tigre de aquella serpiente. Cleopatra le observó cuán horrible cosa era que, mientras él, su enemigo y vencedor, le rendía tantos homenajes y le daba tantas alabanzas, aquel perro se atreviese a morderle y le arguyese y acusase de sustraer para sí riquezas separadas, no con ánimo de ornarse a sí misma, sino con ánimo de regalarlas a Livia, mujer de Octavio, y a la hermana misma de éste, viuda legítima del pretoriano Antonio. Viendo el dictador los recursos empleados por Cleopatra para granjearse la protección suya, creyóla incapaz de todo acto resuelto, y decidida, muy decidida, por vivir y perdurar en este mundo. Así es que, haciéndole reverencias parecidas a muecas, y mofándose allá en su interior del afán que mostraba por vivir, se despidió de Cleopatra Octavio.

III

¿Cuál fué la causa ocasional de la muerte que, burlando todos sus instintos y venciendo todas sus propensiones, Cleopatra se diera con valor heroico a sí misma? Dejemos aparte las ideas generales al mundo antiguo. Desconocedor en absoluto de la resignación y conformidad cristianos, el infortunio no se atribuía entonces ni sólo a imposiciones fatales de la Naturaleza o malquerencias acerbas de los hombres: atribuíase también a un abandono de los dioses. El desgraciado veía una orfandad irremediable tanto en la tierra como en el cielo. Extinta su patria, rota su causa, un hombre antiguo no sabía para qué y a qué vivir. Cleopatra fuera del trono, era tanto como Cleopatra fuera del mundo. Por motivos análogos a los que determinaron el proceder de Catón y de Bruto, se determinó su propio proceder. La historia clásica nos muestra en el sitio de Jerusalén, y en el sitio de Sagunto, y en el sitio de Numancia, que, no ya los individuos se suicidaban en aquellos tiempos, se suicidaban también las colectividades. Cleopatra supo que Octavio le deseaba viva para presentarla con su corona de soberbia emperatriz en las sienes, pero con su cadena de triste cautiva en las manos, al pueblo rey. Sabido esto, su oficio de reina valió y pudo más que todo en ella, y decidió morir como un héroe en holocausto y sacrificio, antes que dejar tal afrenta grabada en los recuerdos y en los huesos de sus padres. Notó que la seguían, y cuidaban, y celaban muchísimo, porque los vencedores, en su orgullo, destinábanla para trofeo de su victoria como un morrión o un escudo recogido en el campo. No podía ir como esclava, no, a la capital de Occidente quien fuera soberana y reina y diosa del Oriente. La vergüenza le subiría con tanta intensidad al rostro, que veríase allende de la tumba su indeleble rubor y sonrojo. Hija del Oriente y Grecia, entroncada con los dioses, inscrita en la más ilustre raza del mundo y del tiempo, descendiente de aquel Alejandro en cuya presencia se pierden y en cuya lumbre se obscurecen todos los genios habidos: con los Ptolemeos, los padres de cien reyes, los intérpretes del cielo y los sacerdotes del pensamiento por progenitores, con las estrellas de mil nombres helenos, a cual más glorioso, en la corona; ella, que había tenido altares en Roma y visto la efigie suya levantarse consagrada y bendecida en templos donde se atropellaban los sacerdotes romanos para idolatrarla; ella, que reinara sobre aquel Egipto a cuyo seno fueran los sabios y los sacerdotes a nutrirse de sus misterios; ella, señora de Libia y sus desiertos, cuyos límites no ha conocido ni señalado todavía la humana ciencia, señora de Cyrene, fundada por la hermosa ninfa que huyó a los besos de Apolo, y rica en flora de ideas; señora de Chipre, donde Venus tuvo su cuna y el amor su Oriente; señora de Creta, que vió la transformación de los dioses asiáticos, informes como fetos, en dioses griegos, trayendo los resplandores del humano espíritu sobre sus sienes; señora de Siria, el suelo de las magias y de las hechicerías, el patrimonio de los Seleucidas; señora de Fenicia, que mostró a los hombres cómo se fijan las letras del alfabeto y cómo se cambian los productos del trabajo en las relaciones del comercio; la que había visto pasar por su mente todas las ideas paganas, caer de hinojos a sus pies todos los reyes asiáticos, ir en tropel, llamados por sus evocaciones a sus altares todos los dioses conocidos; la que compartiera el trono de Julio César y el tálamo de Marco Antonio; la que se alzara junto a la Victoria romana en el Capitolio y tuviera en Alejandría santuarios; aquella mujer que hablara con diez embajadores a un tiempo en diez lenguas diversas, que conociera desde los pensamientos hasta los astros, desde las matemáticas hasta la metafísica, y desde la historia de los seres criados hasta la historia de los sistemas filosóficos; emperatriz en los palacios, musa en las artes, amazona en la guerra, sibila en el templo, maga en el sacrificio, no podía ir como sierva cautiva entre despojos y trofeos a la vía Sacra para divertir un momento a los soeces romanos cuya corona estuvo a punto de fundirse al rayo abrasador de su genio. No, jamás. Cleopatra debía morir cien veces antes que pasar por tal sonrojo. Si no la dejaban envenenarse con ningún tóxico, envenenaríase con su propia hiel; si no la dejaban rasgarse las entrañas con ningún puñal, rasgaríaselas con sus dientes y con sus uñas, muriendo al dolor, a la desesperación, a la ira, mas no a la vergüenza de tantas humillaciones como le aparejaba el vencedor y el tirano. ¡Presentarse ahora en su triunfo, quizás atada con cuerdas a su carro, objeto de compasión ella, objeto eterno de natural envidia! Octavio celebraba con pompa la victoria de una guerra civil que debía celebrar con lágrimas. Y para el triunfo de una guerra

Frases populares

¡Interminable como la labor de Penélope!

Incitado Ulises, rey de Itaca, a concurrir con los demás príncipes griegos a la guerra de Troya, encargó del gobierno de su diminuto Estado a su esposa Penélope, hija del Lacedemonio Icaro, quien tuvo la fortuna de captarse por su acierto en los manejos de los negocios las simpatías de los itacenses; más como se prolongara demasiado, después de la destrucción de aquella ciudad, la ausencia del monarca, los magnates del reino insinuaron a la gobernadora la conveniencia de que su hijo Telémaco se diese a la vela con objeto de averiguar el paradero de Ulises.

Accedió la infeliz madre a las indicaciones de la nobleza; pero bien pronto hubo de llorar la pérdida de sus dos seres más queridos, porque ni uno ni otro arribaban a la corte, ni tampoco por nuevo enviados se logró conocer su destino, y pretextando entonces los mismos próceres la horfandad en que se hallaba la monarquía, aconsejaron a Penélope que, de entre ellos, eligiese para señor y rey aquel que fuera de su agrado.

Puede entonces suponerse la perplejidad de la regente ante la exigencia de los notables de Itaca, toda vez que la leyenda viene enalteciendo el amor que Penélope profesaba a su marido; empero su propia firmeza sugirió originalísimo medio a su inteligencia para soslayar el compromiso, pues contestó a los pretendientes que había decidido confeccionar un manto cuya prenda afrecería a Ulises si al terminarla hubiese regresado, o la patria o lo concedería de presente a su segundo esposo.

Resignáronse los cortesanos al pueril capricho de la gobernadora, y ésta esperó tranquila la vuelta del amado ausente, deshaciendo en la noche la labor que durante el día preparaba, y de tal manera transcurrieron los diez años que el soberano de Itaca vivió lejos de sus lares corriendo las aventuras que la tradición ha dado a conocer juntamente con las de su heredero el renombrado Telémaco.

Apunta un curioso cronista que ansioso Ulises de juzgar del estado de su país, penetró en Itaca disfrazado con los harapos de un mendigo y nadie en el humilde aspecto le reconoció: solo su perro, el fiel Argos, se le acercó a acariciarlo, cayendo muerto de placer al sentir la mano de su dueño.

Varios historiadores hablan con gran desmedro de Penélope arguyendo que era expósita y que únicamente la ensalzó el gran Homero por hallarse prendado de sus encantos; más para la opinión en general, esta reina imaginaria representa la castidad y la constancia.

Lope BARRON.

civil imponía tributos no pagados jamás desde las espléndidas victorias de Paulo Emilio. El no necesitaba pedir los honores del triunfo ni a esa turba de míseros eunucos a que había quedado reducido el Senado de Roma, ni a esa otra turbo de siervos viles a que había quedado reducido el pueblo rey. No habría de estar años enteros, como Luculo, sin poder ir al viejo recinto de la Ciudad Eterna. Octavio era ya cónsul, tribuno, pretor, pontífice, Roma entera, y por consiguiente la tierra entera también. Los astros, los ciêlos, el aire y las aguas con sus innumerables seres; las sustancias de los campos y las esencias de los espíritus; el fuego del sol y el fuego del hogar; las ideas que discurren por los entendimientos, y los dioses que truenan en los templos; el universo visible, y el universo invisible, condensábanse como por milagro en el frágil cuerpo de aquel hombre, quien pedía de los mortales no solamente obediencia servil, adoración idolátrica. Cleopatra creía ver su entrada triunfal en Roma; los árboles doblándose al paso de los curiosos; las orillas de la vía Flaminia llenas por los pueblos rurales, los arcos de ramajes interrumpiendo a cada minuto el paso; los innumerables aduladores con guirnaldas de rosas en las sienes y braserillos de incienso en las manos; delante carrozas sobrecargadas de estatuas, de aras, de simulacros, de dioses, como Cleopatra vencidos y como Cleopatra avergonzados; luego, montones de armas, penachos, escudos, cascos, todos escogidos en el campo de las derrotas egipcias, chocando unos con otros en el movimiento de la inmensa procesión, y produciendo estridentes sonidos que le desgarrarían sus entrañas de reina; luego los magistrados de sus tribunales sacratísimos, los generales de sus numeroo ejércitos, los ministros de su palacio, los sacerdotes de su culto, reducidos a esclavos y llevando en sus manos ánforas llenas con los tesoros de los Lagidas; luego los tálamos de marfil y oro, las aras de pedrería, el trono altísimo suyo, sus alhajas y sus coronas, y a los pies del vencedor mismo, a los pies de Octavio, ufanado y ensoberbecido con la corona de laurel en las sienes y alzado sobre la cuadriga de briosos caballos, ella maniatada con cadenas, roja de vergüenza, caída desde los santuarios de los dioses en las ergástulas de los esclavos, con chacota y rechifla señalada por aquellas gentes, quienes después de haber temblado a su nombre y sombra se holgarían de apestarla con el hedor de su aliento y escupirle ponzoñosas salivas a la cara.

IV

Cleopatra, pues, resolvió morir en la mansión de sus padres. Ateneo nos ha dejado la descripción exacta de un salón lagida en Alejandría. Imaginaos columnas de cincuenta codos tailladas en maderas olorosas y ricas; arquitrabes cuadrados de áureos bronces, dispuestos para sostener airosas galerías, muy parecidas a las usada en nuestros patios árabes; toldos de púrpura cruzados por bandas blancas; paredes pintadas con frescos multicolores donde resaltaban figuras egipcias; los peristiles formados por pilastras en forma de palmeras y de tirsos; los suelos alfombrados por pieles de tigre; el aire balsámico al aroma de las rosas alejandrinas y al perfume de los pebeteros asiáticos; efigies de animales verdaderos y simbólicos esculpidos en mármoles preciosos; cuadros de Cicione junto a tapices de Persia, alternativamente; maravillosos escudos de oro y plata; hornacinas con simulacros griegos y délficas trípodes; lechos alzados en pieles de misteriosas esfinges y cubiertos con tiznes de oro; todo ello rociado por una lluvia de varia pedrería. ¿Puede presentarse un teatro más ajeno a la muerte? Pues antes de dirigirse a la eternidad, Cleopatra se sumergió en su baño de leche. Después se miró en su espejo romano de plata. Untóse luego el cuerpo con la olorosa cocodrilea y con la pasta ródica. Disimuló el surgo de las lágrimas en su rostro con pomada de habas, y disolvió pastillas de lentisco en su saliva para perfumar el aliento. Caíale blanca estola desde su cuello a los pies como en las ceremonias de Isis, y se envolvía como la noche serena en el manto de gasa negro todo sembrado con estrellas de oro. Perlas de India entrelazábanse a sus trenzas; collares de varias esmeraldas adornaban su pecho; tumbagas de todas las piedras conocidas sus dedos; serpientes de oro sus desnudos brazos; eslabones de oro sus tobillos; sandalias también de perlas sus pies, y sus orejas dos gruesos záfiros, semejante al primer lucero de la tarde el uno y el otro al postrer lucero de la mañana. Luego ciñó a su frente su corona de reina unida con su diadema de diosa. Su figura hermosísima se dibujaba cual nunca bajo esta blanca túnica nupcial de la muerte. El melancólico tinte de sus agonías aumentada sus gracias. En ninguna de sus bodas apareció tan deslumbrante como en esta boda final. Aquellos ojos relumbraban más que las piedras preciosas del mundo y las estrellas resplandecientes del cielo. Todo lo preparó y apercibió con femenil coquetería. El tálamo de marfil y oro estaba en su puesto. Había hecho mullir la cabecera de púrpara como para un sueño tranquilo. Ardían los pebeteros de ámbar a los cuatro costados del lecho despidiendo misteriosas esencias. Las enseñas de su familia flameaban en las bóvedas. Los cetros de los reinos que había regido se amontonaban en haces a sus plantas. Pendían los exvotos de mil generaciones en las paredes como para una festividad. Relumbraban las lucernas encendidas. Y ya sólo podía restar el tenderse allí Cleopatra y morir, como si en vez de acabarse una reina se durmiera una diosa en su lecho de nubes o se apagara una idea en la humana conciencia.

V

Tras los muchos estudios emprendidos y las experiencias atesoradas a fin de procurarse una muerte serena, Cleopatra escogió, como lo menos dañoso y lo más suave, la picadura del áspid. Elegido ese animal ponzoñoso, necesitábase introducirlo en la regia estancia. Los centinelas romanos dábanse hábiles trazas impidiendo la muerte de Cleopatra y conservándola como tributo a la soberanía de Octavio. Mas gracias a su intrustria de mujer, un labriego lo llevó en humilde canastillo de mimbres, cubierto de pámpanos y ocupado por una docena de higos. Bajo los pámpanos escondíase la víbora. Cleopatra, como buena griega, debió saludar aquellos melifluos frutos tan gustados en Atenas, que a ellos, a los muchos allí consumidos en todas las estaciones propicias, debieron los atenienses el mote célebre de sicofantas. Todo resplandecía en le universo a la hora de morir Cleopatra. Reverberaba el mar los rayos del sol en su azul superficie, y el campo aparecía tranquilo como una égloga. No sabían todos aquellos espacios cuánto iba en aquel minuto a morir. No sabía el Oriente que su alma se disipaba. No sabían las pirámides que los jeroglíficos de su teología iban a caerse como del árbol a los cierzos las hojas heladas. No sabían los dioses egipcios que agonizaban. No sabía el sacerdocio cómo estaban cayéndose a impulsos de un

LA JOYA ROBADA

Los Lortigeois y los Ratissac, proyectaban una jira desde hacía tiempo. Satisfechos por haber hecho un buen negocio con la venta de una gran [illegible] de gutapercha, cada uno de los dos maridos había regalado a su respectiva mujer una joya de precio: el señor Lortigeois, una hermosa sortija con un magnífico rubí, y el señor Ratissac, otra sortija con una espléndida esmeralda.

Organizada la jira, los dos matrimonios salieron un domingo, pasaron la tarde en el campo, y a las ocho de la noche llegaron a París y fueron a cenar a un restaurante de lujo. El Sr. Lortigeois, gastrónomo acreditado, se encargó del menú. Nada faltó.

—¿Borgoña o burdeos? —preguntó el camarero.

—Una botella de cada marca.

—¿Y champaña?

¡Naturalmente!

Análogas respuestas hubo para los platos, y no hay que decir que la cuenta prometió dejar un gratísimo recuerdo al dueño.

Antes de empezar a comer la señora de Lortigeois y la de Ratissac fueron al lavabo para dar sus toques correspondientes al vetido y al rostro. A los pocos minutos se sentaron a la mesa, proclamando un extraordinario apetito; pero los dos maridos, al contemplar las manos de sus esposas respectivas, lanzaron un grito. El Sr. Lortigeois, se puso muy pálido, y el Sr. Ratissac, rojo.

—¡Desgraciada! — rugieron —¿Y la sortija? ¿Dónde está la sortija?

Las señoras de Lortigeois y Ratissac vieron con espanto que no llevaban nada en sus dedos. Corrieron al cuarto de toilette, seguidas de su esposo. El Sr. Ratissac, triunfante, descubrió en el joyerito del tocador la esmeralda que su mujer había dejado allí para lavarse las manos; pero el rubí de la señora Lortigeois había desaparecido.

—¿Quién podía haber robado la joya? De seguro el autor era un joven que después de haber pagado la cuenta anduvo un rato cerca del lavabo. No era parroquiano. ¿Cómo descubrirle? La comida fué lúgubre. La señora de Lortigeois, llorando sin cesar, no probaba ningún plato, aunque su marido procuraba consolarla diciendo que, después de todo, lo ocurrido no tenía gran importancia. El señor Ratissac tenía hambre; pero no comió por educación. En cuanto a la señora de Ratissac, estaba consternada; tanto, que cuando los Lortigeois salieron para ir a la Comisaría a denunciar el hurto, su marido, una vez solos, tuvo que decirle:

—No te aflijas de ese modo, tonta. Al fin y al cabo no te han robado a ti. Tú conservas tu esmeralda.

—¡Precisamente por eso! — replicó secamente la señora de Ratissac.

—No te comprendo.

Entonces furiosa, repuso:

—No, ¿verdad? Pues yo, sí. Comprenderás que si me hubieras regalado una esmeralda del precio que me has dicho pagaste por ella, el ladrón, que es indudablemente hombre de buen gusto, se la hubiera llevado también. Ya está visto lo que vale tu sortija. ¡Toma, tírala si quieres! ¡Yo no llevo más esta porquería!

Marcel LAURENT

terremoto los templos consagrados al culto. El espíritu de Asia, evaporándose, llevábase consigo todo el espíritu oriental. Los sacerdotes dejaban el mundo entregado a los jurisconsultos de Roma, sin misterios, es verdad, pero también sin poesía y sin grandeza, eternos escribas, comentadores eternos, prosaicos testamentarios del alma oriental. Acabábanse los cánticos alegres para oirse las tristes lementaciones tan sólo. Despoblábase de dioses la tierra y corría el espíritu universal como viento fortísimo sobre mar encrespado. Moríase la vieja teogonía, y el mundo estaba en la imprescindible necesidad ya de pedir arrodillado sobre las cenizas, comido por la voraz lepra, en perdurable maceración y penitencia, una gota de rocío a los cielos y un rayo de ideas nuevas a la conciencia universal. Sobre aquel mortuorio lecho de Cleopatra se derruía un mundo. Los bueyes egipcios no mugirían de nuevo; no ladrarían los perros vigilantes a las puertas de los templos; no velarían las serpientes astutas; y poblándose de ascetas el desierto aquel por donde corrieran los Cambises y los Sesostris, disiparían el universo en su alma como la víctima en la llama del sacrificio. Adiós, juventud de la tierra, para siempre adiós. Hasta entonces ocultábanse los faunos en el tronco de los árboles y en sus espesos ramajes; corrían los desnudos sátiro ebrios de vida por los campos cubiertos de flores; en cada recodo umbroso de los bosques, un silvano enseñaba sus melodías a los céfiros; iban las ninfas cazadoras siguiendo gozosas el plácido curso de la blanca luna en voluptuosas noches; el arroyo cantaba con la voz de sus náyades tendidas por sus clarísimos cristales; elevábanse del mirto y de las palmas, del aromoso tomillo y de las adelfas amargnísimas, cual esencias, cual mariposas en legión hermosísima, risueñas divinidades; cada nube contenía un dios y cada ola una sirena; desde los astros perdidos en el horizonte hasta las arenas perdidas en el desierto, ¡ah! tenía todo un alma, y el gozo de la vida se espaciaba en obras inmortales, y los desposorios de la naturaleza con el espíritu se veían en las perfectas estatuas, siendo todo amor y juventud en la tierra. En lugar de Cleopatra joven y voluptuosa y hermosísima, veríase tan sólo en el más riente y más belle espacio de la tierra, la sibila, no fuerte, no robusta, no sensual, hecha una pobre vieja(cuyos ateridos miembros a duras penas el sol de Partenope sostiene sobre los volcanes apagados, y cuyos ojos endurecidos como el diamante se gastan de atisbar el nuevo tiempo en los abismos de la eternidad. Al arrancar su diadema Roma con tanto empeño a las hieráticas sienes de Cleopatra, se arrancaba la propia corona; y al cautivar los dioses orientales, cautivaba y esclavizaba todas sus teogonías, hundíase con todas sus ideas ella misma. El nuevo espíritu elaborado por su trabajo continuo y enardecido por su vital soplo, debía quebrar como una luz demasiado fuerte la estrecha lámpara que lo encerraba, y derramándose por todas



—¡Tienes voz pastosa, pero no agarras bien el "sol".
—Naturalmente, por miedo a una insolación.

sus dioses; y al hundir el Asia con partes en torrentes de fuego, debía derretir sus armas y sus trofeos. La serpiente quedaba vencida. Después de haber tentado a Eva en el Paraíso, a Isabel en los desiertos, una mujer, por el éter coronada, por el sol vestida, envuelta en manto celestial y de la luna a quebrantarle bajo sus plantas la cabeza. Pero esta mujer ya no era la seductora maga del Oriente, toda hechizos, toda sensualidad, sometiendo con el imperio de sus despiertos y fascinadores sentidos la fuerza y el genio; no era, no, amante gozosa y ebria en lecho de flores tendida, convidando al placer y al goce; no, era otro ser, más casto, más ideal, más etericalzada, iba sobre coros de ángeles zado por las maceraciones del espíritu y por la revelación del tiempo, todo lo contrario de las orgías alejandrinas, la Virgen Madre traída como un mediador entre la tierra y el cielo por nuevas ideas y nuevas revelaciones.

Caza de ballenas

La caza de la ballena, que había decaído, ha vuelto a resurgir en varias partes del Atlántico, que han sido visitadas por grandes cantidades de estos cetáceos.

En la expedición de prueba, hecha por una flota noruega, cogieron 298 ballenas.

Cada uno de esos animales pesa ochenta toneladas, y se comprende lo que pueden producir estas excursiones de los balleneros.

La caza de ballenas es una profesión emocionante; desde el momento en que la flota sale del puerto pesquero hasta que regresa a él con su cargamento, no hay instante de aburrimiento. No se sabe dónde se va a estar al día siguiente. Para lo imprevisto y emocionante en la vida del mar, la pesca de la ballena es lo mejor.

En ella hay que emplear trabajo y energía; el premio es bueno.

La flota de la ballena se compone de tres embarcaciones cazadoras y el buque *madre*, alrededor del cual y bajo cuya dirección maniobran los botes arponeros. Cuando se ha capturado una ballena, la remolcan al costado de la *madre*, y allí se desmartiza y se extrae el aceite y se hacen las restantes operaciones.

Los barcos arponeros son de gran velocidad y fáciles de maniobrar, giran y evolucionan con rapidez. En la proa llevan un cañón arponero, montado en una cureña giratoria, de modo que el cañón apunte en todas direcciones y ángulos y van cargados desde el momento en que se hacen a la mar.

El arpón tiene 1,25 de largo, y por su parte posterior lleva una larga cuerda sujeta a la embarcación. Una vez el arpón en el cañón se coloca a tornillo el explosivo, que es un hierro hueco, de punta, en cuyo interior lleva una carga de pólvora. Unida al arpón va una manga de aire comprimido.

En lo alto del mástil se coloca el vigía, desde donde explora el mar con un potente anteojo.

Suena la voz del vigía, anunciando: "¡Ballena!", y el ballenero corre en la dirección señalada, y, desde aquel momento, todo es actividad en el barco, que, veloz, persigue al cetáceo. El "artillero" acude a la proa y aguarda el momento de lanzar su mortífero arpón.

A veces esta persecución dura mucho, hasta que el buque arponero logra acercarse a la ballena y encuentra posición favorable para dispararla.

Cuando surge la ballena el artillero apunta y lanza el arpón, que arrastra la cuerda y va a clavarse en las carnes del animal.

Pasan unos momentos, en tanto que la ballena, herido, coletea con fuerza y huye rápida, y de repente se oye una detonación.

La punta del arpón ha explotado; la manga de aire comprimido empieza a funcionar y, alimentada por unas bombas, inyecta aire en el cuerpo del cetáceo con gran rapidez, y la ballena, inflada, no puede sumergirse. Muerta a poco se puede manejar fácilmente.

La ballena muerta se lleva a remolque al costado del buque *madre*, y allí se hacen las operaciones de extraer el aceite y las barbas.

Como los arboles...

Mira como se mecen en la plaza
Los árboles amigos,
Parecen invitarnos al descanso
Con ademán solícito.

¡Está la tarde bella como nunca!
Y entre los altos pinos
Se escuchan los gorgeos de las aves
Custodiando sus nidos.

Sentémonos en este viejo banco
En donde el ciego niño
Habrá signado con su flecha de oro
Tantos dulces idilios.

Evocaremos los minutos de oro
De nuestros sueños idos
Y en la primera estrella de la tarde
Leeremos al Destino...

Me contarás tus cuitas, y mi alma
Como un fragante lirio
Se abrirá ante el conjuro de tus ojos
Brindándote un asilo.

Clarisa G. de DIEGO ARBO

El penacho

o la verdad de la tradición

Por Nilo María Fabra

D. Iñigo de Atiza Recio, quinto conde de Zamarramala, fué un caballero segoviano del siglo XV, célebre por su corazón valeroso y magnánimo y por su gigantesca estatura y hercúleas fuerzas.

La envidia, empero, capaz de morder una lima, hincaba el diente en aquella por todos conceptos digna persona, y no pudiendo hacer mella en su honra inmaculada, sacaba a plaza, exagerándolas, sus frecuentes distracciones.

Era el cuento de nunca acabar oír las cosas, más imaginadas que ciertas, atribuídas al señor de Atiza Recio, por ser naturalmente distraído, condición propia e inherente de los caracteres superficiales o de gentes de suyo reflexivas o cavilosas.

Y se explica fácilmente que la envidia convirtiera en blanco de sus emponzoñados dardos a D. Iñigo, con decir que gozaba del valimiento de D. Fernando el Católico.

En compañía de éste fué a la guerra de Granada, y tales fueron las proezas por él realizadas al principio de la campaña, siendo terror de la morisma, que el soberano le confió en premio la custodia de su real persona.

Cargo era este harto penoso para quien tenía en mucho la obligación; pues como se verá por lo que voy a referir, ni aún para entregarse al sueño se despojaba el conde de las armas.

* * *

En una calurosa tarde de mayo de 1491, estábase D. Iñigo durmiendo la siesta en los reales de la Vega de Granada, dentro de una tienda un tanto sombría y menos fresca, sobre un lecho más duro que si fuera de pedernal, y bajo el peso de la armadura de placas, cuando de pronto al sonar de los atabales, el toque de los clarines, el ruido de las armas, el correr de los caballos, el estampido de las lombardas y falconetes y los gritos de entusiasmo proferidos por millares de soldados, le despertaron y pusieron fuera de sí; acababa de llegar al campamento la reina Doña Isabel, procedente de Alcalá, y él no estaba en su puesto.

—¡Vive Dios!, gritó con rabia arrojándose de la cama. ¡Qué ese menguado de escudero no ha de celar mientras yo duermo ni ha de avivar mi flaca memoria!... ¿Mas dónde está?... ¡Ah! Allí, en aquel rincón hecho un roble, durmiendo como una marmota de puro ahito... ¡Arriba, bergante!

Y levantando el pie, calzado con el férreo escarpe, descargó su pesadumbre sobre la parte menos noble del cuerpo del escudero.

No pudo éste contener un grito de dolor, y poniéndose de pie, todo aturdido y maltrecho, se fué tambaleando en pos de su amo, que a toda prisa salía de la tienda.

A pocos pasos tropezó D. Iñigo con el marqués Cádiz.

—Andad presto, conde, dijo aquél, que sus Majestades han notado vuestra ausencia.

—¿Dónde están?

—En mi propia tienda: S. M. la reina ha tenido a bien aceptarla para su morada.

—Voy a besar sus reales manos: Dios os guarde, marqués.

—El os acompañe.

Entonces nuestro héroe se dirigió al suntuoso pabellón que, según refieren las crónicas, había usado durante la campaña el marqués de Cádiz, donde se albergó la reina hasta el memorable incendio de los reales, acaecido el 14 de julio del mismo año.

Era la regia estancia de notables proporciones y magnificencia suma; el cortinaje de seda carmesí recamada de oro y los adornos panoplias y trofeos de guerra. En mullidos cojines, también de seda y del propio color, estaban sentados los reyes; a su lado y detrás permanecían de pie los altos dignatarios de la corte, y un respetuoso silencio se hacía en torno.

La gigantesca figura del conde de Zumarramala apareció en la puerta, cubriendo cabeza, cuerpo, brazos, manos y pies, la celada, la gorguera, la coraza, las escarcelas, los guarda brazos, los brazales con sus codales, los quijotes, las rodilleras, las grebas y los ecarpes puntiagudos. En el lado derecho llevaba al cinto una daga, en el opuesto, pendiente de un tahalí, una enorme espada.

Y todo resplandeciente, con la visera en alto y ligeramente inclinada la cervis, paso tras paso, con grave ademán, se acercó D. Iñigo a los reyes y poniéndose de hinojos les besó las manos.

—¡Qué me place veros!, exclamó la reina.

—¡Bien venida sea V. M.!, murmuró el conde.

—Idos, dijo con tono imperativo el rey mirándole el casco.

El de Zumarramala se levantó, y haciendo una reverencia, corrido y avergonzado, salió de la real estancia. Los cortesanos, sin proferir palabra, le miraron con los ojos desencajados como poseídos de espanto.

Y seguido de su escudero, que le aguardaba en la calle, regresó a su tienda, donde al breve rato recibió la visita de D. Alonso de Aguilar.

—¡Qué escándalo!, exclamó éste.

—Justo castigo a mi tardanza, contestó el conde.

—No es esa la causa del enojo del rey.

—Pues ¿qué falta he cometido?

—Mirad vuestra celada.

—¿Mi celada?

—A ver, un espejo.

El escudero trajo temblando un espejito de acero, y después de entregarlo a su amo, salí en volandas de la tienda.

D. Iñigo se miró el espejo y quedó aterrado.

¡A la cimera le faltaba el penacho!

—¡En tan solemne día, de gala completa, semejante olvido que rayaba en las fronteras del desacato! ¡Oh eternas leyes de la etiqueta! ¿Cómo creer que os podía vulnerar todo un conde, y un conde medioeval?

* * *

El escudero, cuya fué la culpa de aquella plancha condal, temeroso de morir bajo los zapatos ferrados de su enojado señor, se dió a la fuga y no paró de correr hasta Segovia, su patria, donde refirió la historia del besamanos.

La cual ha llegado de boca en boca, de padres a hijos hasta nuestros días con la fidelidad que podrá apreciar el lector.

En el siglo XVI refería la tradición que el conde de Zamarramala se presentó en el besamanos de los reyes Católicos sin armadura y descalzo; en el XVII algunos cronistas orales insistían, como si lo hubiesen visto, en que D. Iñigo, de puro distraído, llegó a presencia de los monarcas en paños menores.

En el pasado verano, hallándome en el azoguejo de Segovia contemplando el famoso acueducto romano, oí esta frase que una vieja de un puesto ambulante de cacharros dirigía a un hombre muy entrados en años:

—Anda, babieca, que estás más chiflado que el mismo Zamarramala.

—¡El conde de Zamarramala!, exclamé para mi chaleco. ¿Qué dice de él la tradición en el siglo XIX?

Y acercándome al puesto de cacharros con un pretexto fútil, pregunté a la anciana:

—¿Quiere usted hacerme el favor de decirme quién fué el conde de Zamarramala?

—Nuevo es usted aquí cuando lo ignora, me contestó la mujer; pues el conde de Zamarramala era un criado del rey que rabió por gachas, el cual conde padecía tanta flaqueza de memoria y estaba tan chiflado, que una mañana al levantarse de la cama no se acordó de vestirse y se presentó en el besamanos del rey y de la señora reina... ¿Cómo dirá usted?

—¿Cómo, en camisa?

—¡No señor; en cueros!

* * *

No anda, por cierto, tan ligera ropa la verdad de la tradición.

El médico y el campesino

Cierta noche un campesino no podía dormir, debido a un fuerte dolor de costado.

Un médico que fué a visitarle, dijo:

—Este dolor es debido a que el enfermo ha comido hojas de parra. No pasará de esta noche pues estas hojas producen igual efecto que una flecha clavada en el corazón.

Pasó la noche, y luego el médico murió. Han transcurrido cuarenta años y el campesino aún vive.

Las vírgenes de Carpaccio

Por Concha Peña.

Durante la Edad Media fué costumbre entre los menestrales la formación de Cofradías destinadas a la protección y defensa de los intereses y derechos civiles y religiosos, integradas por obreros de un mismo oficio, los cuales se reunían bajo la advocación de un santo al que nombraban su patrón.

A fines del siglo XV, y siguiendo esta tradición en Europa, se formó en Colonia una Hermandad de devotos de Santa Ursula, la Virgen castísima que sufrió la persecución de los bárbaros.

Al principio se reunía esa Asociación de voluntarios en una iglesia principal, pero bien pronto no bastaron para contener el conjunto de los fieles congregados las salas capitulares destinadas a estas asambleas, y gracias a las donaciones y legados de los devotos se pudo construir un edificio suntuoso que se llamó Scuole, encargando la decoración de la capilla principal al italiano Carpaccio.

La leyenda que rodeaba la vida de Santa Ursula era propicia a las interpretaciones pictóricas y había sido ya tema favorito de artistas alemanes y flamencos.

Víctor Carpaccio conoció también esa "leyenda dorada" y encontró en ella temas superabundantes para desarrollar, en pinturas maravillosas todo un poema de virtud y de fe.

Ursula vino al mundo en tiempos en que la religión cristiana se había extendido por toda la tierra Tuvo por padres a Daria y Dionoto Mauro, reyes de Cornualles, cerca de Escocia y de Irlanda. Su éducación fué toda santa, y despreciando el lujo y vanidades de que estaba rodeada, eligió a Jesucristo por esposo, ofrendándole su virginidad.

Era esta princesa la dama más noble y de más sabiduría que había por aquellos tiempos en la isla de Albión y las excelentes cualidades que la adornaban la hicieron ser codiciada por los reyes vecinos y caballeros más principales que la conocían.

Entre los pretendintes que la solicitaron se hallaba Conan, hijo del rey Agripino, el más poderoso monarca de las islas de Inglaterra, el cual profesaba la religión pagana.

Dionoto padre de Ursula, se encontró muy apurado cuando los embajadores del monarca vecino solicitaron a su hija para esposa de Conan, no sólo por atraer sobre sí con la negativa todo el desagrado y poder de tan temible guerrero, sino que no podía decidirse a entregar a su heredera a un idólatra, y más aún le contenía el voto de castidad que Ursula tenía prometido.

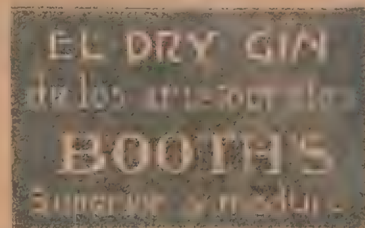
Al conocer la princesa las perplejidades y disgustos en que se hallaba su padre por causa de su matrimonio, recurrió a las oraciones, a los ayunos y a la penitencia, para obtener del cielo ayuda en trances tan apurados y un consejo eficaz para salir de aquel grave conflicto.

Estando una noche en oración quedóse dormida por la fatiga que los ayunos y las penitencias le ocasionaban, soñando que un ángel de apariencia hermosísima le hablaba dulcemente, aconsejándola que no opusiese obstáculo al casamiento que se le proponía, ya que éste nunca sería consumado, y que acatase el deseo de su padre, poniendo como única condición que el enlace no podría celebrarse antes de tres años, para dar lugar a las grandes fiestas que habían de verificarse por tan fausto acontecimiento.

Contó la doncella este sueño a su señor, recibiendo Dionoto una extrema consolación por ello, y haciendo llamar a los embajadores les manifestó su aceptación y alegría al tener alianza con tan poderoso monarca, asegurándoles que dentro de tres años daría a su hija por esposa del príncipe Conan, con sólo la condición de que dejase éste de ser pagano y abrazase la religión de Jesucristo. Agradó mucho al rey Agripino la respuesta del monarca de Cornualles y bien pronto recorrió por todas partes la fausta nueva de que Ursula, la más bella princesa del mundo, se desposaría con el príncipe más poderoso de Inglaterra.

Erigió la prometida, como anticipado regalo de todas, una corte de vírgenes jóvenes y bellas para que la ayudasen en los preparativos y formasen el séquito que había de acompañarla en el viaje que tenía proyectado hacer a Roma.

El poder del príncipe Conan alcanzó el capricho de la princesa,



reuniendo un gran número de doncellas procedentes de Inglaterra, Escocia, Irlanda, Sicilia y España, llegando a congregarse en torno de Ursula más de once mil vírgenes.

El primer cuidado que tuvo la princesa fué instruir en la fe de Cristo a las que todavía estaban envueltas en los errores del paganismo, y siguiendo las costumbres de las regiones marítimas las adiestró en juegos y costumbres inocentes, organizándolas para ese fin en diversas compañías a manera de ejércitos, alojándolas en "bajeles magníficamente equipados, donde ellas daban a conocer su valor y su destreza".

Acercándose la fecha fijada para el casamiento descubrió a sus compañeras el secreto de sus proyectos y las causas de haberlas adiestrado en los manejos guerreros, y que no era otro que capacitarlas para que al marchar a Roma, en peregrinación, a venerar las cenizas de los mártires, no se encontrasen indefensas ante cualquier ataque que en el camino pudiesen sufrir.

Esta armada de vírgenes se dirigió hacia Alemania arribando a la altura de Theil, sobre el mar germánico, atravesaron el Rhin, llegando a Colonia, y fueron recibidas con grandes honores por Aquilino, que era obispo de la ciudad. De allí partieron a Basilea, marchando después a la ciudad de los papas.

Al llegar a Roma lo primero que hicieron fué visitar los sepulcros de los apóstoles, besar la tierra regada con la sangre de los mártires y recibir de manos del Santo Padre la comunión de la Eucaristía.

Después de haber cumplido sus fervorosos anhelos emprendieron la vuelta hacia Inglaterra, haciéndolo por tierra hasta Basilea, embarcando nuevamente en sus bajeles hasta llegar a Estrasburgo, y de esta ciudad se dirigieron a Maguncia. Allí encontraron al príncipe Conan, el que, como deseaba con tanta pasión el casamiento con Ursula, salió a su encuentro para manifestarla la constancia de su afecto y el amor infinito que la profesaba.

Recibió la princesa, con manifiesto agrado, a su prometido y, aprovechando aquellos momentos de pasión, consiguió de él que se bautizara cambiándole el nombre pagano que llevaba por el de Ethereo, que era cristiano.

Muchas fiestas se celebraron en la ciudad por tan grande acontecimiento, y como el príncipe lo desease verificar el matrimonio Ur-

CUESTION DE VINO

Luis García (*El Maragato*)
y Juan Ruiz (alias *El Sopas*)
se están jugando unas copas
en la taberna del *Chato*.

El vinillo es puro y fuerte
la ocasión es oportuna.
Luis bendice su fortuna
y Juan maldice su suerte.

De gasto han hecho un de-
(rroche
y juegan de mala gana.
Entraron por la mañana
y son las diez de la noche.

Juan reniega y pierde el tino;
no es extraño que dispute
un hombre que pierde al tute
azumbre y media de vino.

Por si sabe mucho o poco
o hizo una mala jugada,
Juan le da una bofetada
a Luis, que lo vuelve loco.

Tira de hacha el ofendido;
Juan a reñir se prepara,
y luchando cara a cara,
cae Juan mortalmente herido.

La diversión inocente
concluye al fin en tragedia.
¿Origen?... La azumbre y media
¿Testigos?... Toda la gente.

Es un caso de homicidio;
las *leyes de honor* no valen,
y, *en justicia*, a Luis le salen
sus diez años de presidio.

II

Don Ricardito el Barón
y el Vizconde don Adolfo,
por las cuestiones del golfo,
se engolfan en la cuestión.

En la digestión están
y su furor no es extraño.
A cualquiera le hacen daño
los vapores del *Champán*.

El Adolfito es valiente
y nunca quiso ceder.
Un *Barón* tiene que ser
hombre necesariamente.

Los improperios aguzan
lo mismo que dos villanos,
y sin venir a las manos.
las dos tarjetas se cruzan.

Saldarán de mala gana
sus cuentas a sangre fría.
El lance es el otro día
a las seis de la mañana.

Se hallan al fin frente a
(frente
sin rencores verdaderos.
¿Testigos?... Dos caballeros
para cada combatiente.

¿La causa?... El juego y el
(vino.
Suena una detonación,
y es hombre muerto un Barón
y un Vizconde su asesino

¿Cualquiera de esto vería
un homicidio probado?
¡No, señor; lo ha sancionado
la ley de caballería!

III

El que indulta a un matador
a otro lo manda a presidio
¡El mismo crimen traidor,
de blusa, *es un homicidio*,
de frac, *un lance de honor.*

José JACKSON VEYAN

sula consintió bajo la condición de guardar en él continencia perpetua, promesa a la que Ethereo se sometió por no contrariar a la que amaba con la más santa pasión.

La expedición que dirigía la princesa emprendió nuevamente el camino hacia la patria, y al llegar cerca de Colonia se encontraron con un formidable ejército de humnos, tribus bárbaras, procedentes de las tropas de Atila.

Cuando se disponían a penetrar en la ciudad, las hordas salvajes, a las que llamaban "el azote de Dios", se arrojaron impetuosamente sobre las doncellas, a fin de satisfacer su avaricia y su brutalidad.

Una lucha cruentísima se entabló entre los humnos y las castas desposadas de Jesucristo, que defendían tenazmente su honor, más importante para ellas que su propia vida, llegando a ser bárbaramente lapidadas, y cometiendo los ejércitos toda clase de desafueros y maldades, hasta darlas muerte, sin lograr poseerlas.

La princesa sostuvo el terrible empuje de los perseguidores alentando con sus exhortaciones a la defensa, y tras larga y tenaz resistencia lograron hacerla cautiva, llevándola ante el jefe de la tribu, que, al verla, quedó extasiado de su inmensa belleza, sintiendo por ella un amor pasional y arrollador que exteriorizó por manifestaciones vehementes. La casta doncella negóse a satisfacer los caprichos, y entonces, furioso, ordenó que fuese degollado Ethereo, al que también habían conducido a su presencia, maniatado y herido, ejecutando la salvaje sentencia delante de su esposa, no consiguiendo con esto sino hacer más firme la resistencia de Ursula, la que sufrió sangrientísimo martirio con toda resignación, hasta que una lanza arrojada por el mismo jefe de la tribu, le partió el corazón.

Toda la vida de esta mujer, ejemplar y santa, y de sus once mil compañeras de infortunio, era la obra que a Carpaccio había encomendado la Hermandad de Santa Ursula.

El artista, despojando de su complejidad el relato de la leyenda, organizó una sucesión sencilla de episodios, que conducen desde la petición de matrimonio hasta el martirio de la Santa, dividiendo el conjunto en once motivos importantes que relatan de una manera delicada y magnífica la historia de la virgen guerrera.

Esta vasta empresa la persiguió Carpaccio sin desfallecimiento y sin fatiga, alcanzando la ejecución de la obra una perfección admirable, no sólo en el conjunto, sino en los detalles, siempre ricos en emoción y belleza.

En estas composiciones, llenas de prodigiosa naturalidad, hay a veces un marcado carácter veneciano, el que trata de exaltar sin copiar exactamente de la realidad, pero tomando sin embargo de ella elementos que combina en escenas maravillosas llenas de habilidad, de colorido y de expresión.

Uno de los episodios más admirables de esta obra eminente, debida al ingenio del artista veneciano, es el que lleva por título "La Deliberación".

Representa la charla que Ursula tiene con su padre, discutiendo las proposiciones de los embajadores del Rey Agripino.

El gesto de la virgen es todo un proceso psicológico; la actitud de su porte y la casta altura de ingenuidad y de gracia con que están ejecutados los detalles, dan al cuadro una simplicidad casi infantil, envolviendo esta escena de familiaridad en un tono de ternura infinita interpretado por el senci llo atavío de los personajes, por la riqueza del colorido y por el fondo dorado que envuelve todo el ambiente en una suave armonía de paz y de amor.

Carpaccio encontró en el transcurso de su gloriosa vida de artista motivos de belleza y de expresión más agudos, composiciones más exuberantes, concepciones más fuertes y decorativas, pero en ninguna desplegó el candor y la gracia, el tecnicismo y la gravedad sublime que en estas páginas bellísimas, de suaves entonaciones, donde pintó con maestría soberana la historia gloriosa de una vida de sacrificios de virtud y de heroísmo.



LA VISITA

(La sala de visita de la enfermería de un cuartel de Infantería.)

El comandante médico. — *¿Cuántos enfermos hay esta mañana en su compañía, sargento!*

El sargento. — *No es extraño mi comandante. Mañana salimos de ejercicios*

El comandante médico.—*Entonces ya está comprendido. Que pase el primero.* (A un soldado que anda con gran esfuerzo.) *¿Qué te pesa?*

Soldado primero—*Que tengo unos dolores horibles en los pies. No se ve; pero sufro horriblemente.*

El comandante médico.— *Ya me figuro lo que es. Esto es de familia.*

Soldado primero.— *Eso es, mi comandante. Mi padre tiene también los mismos dolores.*

El comandante médico.— *Lo creo, y como esto puede ser contagioso, hay que aislarte.* (Al sargento.) *Dos días de arresto en una celda. Otro. ¿Qué te ocurre.*

Soldado segundo. — *Accesos de fiebre celebral en la cabeza, mi comandante.*

El comandante médico — *¿En la cabeza? ¡Imposible!*

Soldado segundo. — *Sí, mi comandante. Parece que me va a estallar.*

El comandante médico— *Es extraño. ¿Y en el vientre, no sientes nada?*

Soldado segundo.— *También, mi comandante. Una especie de dolor sordo.*

El comandante médico.— *¿Y en las piernas?*

Soldado segundo.— *También. Se me doblan al andar.*

El comandante médico. —*Lo que yo pensaba. Sargento, a éste cuatro días de arresto. Es lo mejor para su enfermedad. El siguiente ¿Qué te duele?* (El soldado que acaba de entrar no contesta.) *¿Estás enfermo?*

El sargento. — *Es inútil que le pregunte usted, mi comandante. Desde ayer está sordo como una tapia.*

El comandante médico. *¡Bah!*

El sargento.— *Al principio creíamos que era una broma suya; pero hemos visto que es verdad. Le he mandado que traiga cera para el piso y ha venido con una linterna.*

El comandante médico.—*Entonces es verdad que no oye. Estos casos son frecuentes* (Gritando al soldado sordo.) *¡Te has quedado sordo?*

Soldado tercero. — *No mi comandante: no he visto al general.*

El comandante médico— *Está como una tapia.* (Gritándole en el otro oído.) *¿Te duelen los oídos?*

Soldado tercero. — *El rancho no estaba malo, mi comandante.*

El comandante médico. —*No hay que dudar. Se ha quedado completamente sordo Hay que tratarlo. Deme la libreta de este soldado, sargento. Voy a darlo de baja.*

El sargento. — *Aquí está, mi comandante.*

El comandante médico (leyendo la libreta). — *¿Pero éste es Francisco Bidard?*

El sargento. — *El mismo, mi comandante.*

El comandante médico. — ¡Pero si andan buscándolo por todas partes! Todos los periódicos de la mañana hablan de él. Parece que es heredero de medio millón de francos que le ha dejado un tío suyo que acaba de morir.

Soldado tercero (olvidando su sordera). — *¡Ah! ¿Dónde ha muerto?*

El comandante médico. — *¿Te has curado ya galán? Sargento; ocho días de arresto a esta buena pieza.*

Hubert GENIN

LA VIDA ARTIFICIAL EN LOS GATOS

En los círculos científicos de Montreal se concede gran importancia al experimento realizado recientemente con varios gatos que vivieron varias horas después de haberles sido extraído el corazón, al que se substituyó con otro de caucho.

El experimento ha sido realizado por el doctor O. S. Gibbs, profesor de Farmacología de la Universidad de Dalhousien, mediante un corazón de caucho accionado por la electricidad.

Los compañeros del especialista han declarado que es esta la primera vez que se ha conseguido mantener a un ser en estado de vida artificial durante un período de varias horas.

En una conferencia dada en el Instituto de Nueva Escocia, el profesor Gibbs ha dicho que la operación de instalar el corazón artificial con doble bomba fué realizada en cinco minutos.

Ha añadido que el propósito que perseguía al realizar el experimento era prolongar la vida de los animales el tiempo necesario paar estudiar el efecto producido por determinados medicamentos en la circulación de la sangre.

Una eminente personalidad médica ha declarado que este experimento constituye un maravilloso hecho científico y puede traer consigo importantes desarrollos de los conocimientos actuales sobre el corazón: pero que por ahora la prolongación de la vida por unas cuantas horas solamente no es un gran beneficio para la humanidad doliente.

El cuidado que debe tenerse con los ojos

El ojo es un órgano tan delicado que es necesario ser muy prudente en la elección de remedios que se apliquen y consultar antes con un buen oculista.

Hay, sin embargo, excelentes remedios y consejos generales que dar para los ojos fatigados y el reumatismo que es muy doloroso.

Lo primero que hay que recomendar es que en ningún caso se debe emplear agua fría para lavar los ojos, sino, por el contrario, todo lo caliente que se pueda resistir.

Si los ojos están doloridos por el reumatismo se reemplazará el agua pura por una infusión de te negro muy ligero, pero caliente.

Si el ojo se cansa y el cansancio produce picores, se calmará y también la inflamación que produzca, con agua de saúco y de le[illegible].

El agua de rosa, el agua de llantén y el jugo de fresas, son calmantes excelentes.

Hay que evitar siempre el frotamiento de los ojos para no excitarlo.

Aunque los ojos estén completamente sanos, nunca deben lavarse con agua fría.

El árbol de la mala sombra

Por Clotilde C. Buceta

Nepomuceno y Ladislao sudaban a mares bajo aquel sol canicular del verano más riguroso de que tenían memoria. Sus caballos sentían también el aguijón de aquellos rayos de fuego, más la pesada carga de sus dueños, no muy obesos, pero sí en buenas carnes y macizos.

—¿Descansamos? — dijo el primero al segundo.

—Bueno — asintió el otro.

Se apearon ambos; y, dejando en libertad a sus caballos, traspusieron con rapidez el alambrado del campo para ir a refugiarse a la sombra de un añoso gualeguay que parecía hundir con saña, como robustas garras en la tierra, sus potentes raigones. Y en aquellos raigones se sentaron los dos a descansar enjugándose el sudor con los pañuelos del cuello.

No tenían ganas de hablar: tenían sueño. Habían pasado la noche en el "velorio" de un muy querido amigo; lo habían acompañado esa mañana hasta su última mansión, y estaban impresionados; por ésto, y por otras cosas más; los dos habían conocido aquella noche a dos chicas, con dos ojos cada una que no eran tales ojos: eran más bien luceros.

No tenían ganas de hablar, y por eso la mirada de los dos fué a posarse en la "tapera" que a unos cincuenta pasos de ellos, quien sabe por qué milagro, seguía en pie todavía.

De pronto, Nepomuceno se levantó como asustado.

—¿Sabés donde estamos? — preguntó; — ¿sabés que árbol es éste?

—Un gualeguay, pues, — le contestó Ladislao.

—Sí, ya sé; pero te acordás lo que contaron anoche? Este es aquel árbol.

Ladislao también dió un salto.

—Estamos pisando un muerto, entonces.

—Eso no es nada: lo malo es la mala sombra. Vámonos ché.

—¿Tenés miedo?

—No; pero...

Ladislao sacó su facón y empezó a desgarrar a hachazos una rama del árbol.

—¿Qué vas a hacer? — gritó su amigo con sorpresa.

—Una cruz, pues. Mala sombra tiene este árbol, ¿y de no? tanto cristiano que habrá pisado al finao y nenguno le ha puesto una cruz.

Nepomuceno echó a correr hacia el camino. La ginebra de la noche anterior, la muerte del amigo, los ojos de la chica, el sueño, todo contribuía a tenerlo mareado, sin noción exacta de las cosas. Sintió que un temor supersticioso se adueñaba de él.

—¡Salí de ahí! ¡No seas loco!

Gritaba con una pierna sobre el alambrado y pronto a saltarlo.

Bien clavado tenía en la frente el cuento que habían contado en el velorio; y que no era cuento además; era la pura verdad.

En lo que era ahora esa tapera, había vivido dos lustros hacía un hombre tan si entrañas, tan desalmado que no merecía el nombre de cristiano.

Tenía allí un boliche, y en él se vendía veneno por caña; y allí se hacían carreras, y había monte y taba y puñaladas cada dos por tres.

Dicen que quien a hierro mata a hierro muere, y no será esto cierto las más de las veces; pero en esta ocasión, vino a serlo; que a mejor o peor vida ¡allá él! lo mandó un día uno que quiso tomar desquite.

Nadie se tomó la molestia de ir muy lejos con él. Lo arrastraron hasta aquel gualeguay, y debajo de él quedó enterrado.

Pero el pobre árbol había venido a pagar lo malo que era aquel hombre; que tal vez sus raíces se nutrieron en su sangre venenosa y desde entonces su sombra, sombra funesta, había sido. Era aquel el árbol de la mala sombra.

Mil desgracias le achacaban los vecinos: bajo sus ramas mató un rayo a dos hombres una vez. Bajo ellas una víbora había mordido a otro; y desde ellas chirriaban las lechuzas a las gentes que pasaban de noche por allí, infundiendo en cuantos las oían lúgubres presentimientos de desgracias que a la corta o la larga se cumplían.

—¡Vení o me voy! — Seguía gritando Nepomuceno.

Mientras tanto, Ladislao, con toda su calma, desgajaba una rama, la partía en dos, y ensayaba formar una cruz.

Nepomuceno estaba asombrado al verlo en aquel trabajo y a fuerza de asombrarse de ver al otro hacer una cruz, se hacía él quinientas.

Ahora lo veía con sus ojos: ahora se convencía de que verdaderamente era aquel el árbol de la mala sombra. Su amigo había enloquecido de repente, y a él... a él, que le iría a ocurrir?

Ladislao empezó a cavar con su facón un pozo para poder plantar la cruz; y la plantó en él; y se afirmó en ella con toda su fuerza para enterrarla más.

Un ruido seco estremeció a los dos. Un ruido como a huesos rotos; ruido que hizo a Nepomuceno saltar el alambrado correr como un rayo a montar en su moro, y perderse de vista a toda carrera entre la polvareda del camino.

Ladislao, consciente de que realizaba una obra buena, no pudo sentir miedo; y con tranquilidad pudo darse cuenta de que lo que había roto con la cruz, era una olla de barro. Una olla enterrada en aquel sitio, por las manos del difunto, no que hablar.

¡Pero no estaba hueca, la olla aquella! Llenita hasta los topes de onzas de oro, que Ladislao no quiso despreciar, pues pensó que aquello era un milagro, que era que el muerto le agradecía la cruz que le iba a poner.

Y la plantó bien plantada en el lugar de la olla y ató las onzas en el pañuelo del cuello, montó en su pingo, descansado ya, y se alejó canturreando, al trotecito del caballo, en dirección a su casa.

A nadie contó el milagro, pero como todas las gentes lo veían cada vez más rico, y como él aseguraba que su buena estrella había empezado a brillar desde que hiciera aquella buena obra de poner la cruz al muerto, fueron tantas las cruces que la gente de todo aquel contorno acudían a plantar debajo del gualeguay, que ahora es un bosque de cruces.

Pero el muerto, que sin duda se habría dado cuenta que era el vil interés lo que había movido a todos, pensaba seguramente:

—¡A mí con la sonrisita!

Y el milagro no ha vuelto a repetirse.





Nuestra madre

Con todo cariño a mi nobilísimo amigo C. Silva.

Sentid por toda madre: ¡idolatría!
la suya ha tiempo adormeció la muerte;
y él, que es de hierro, la recuerda, y vierte,
dos lágrimas, dos perlas, ¡madre mía!

No es grandeza de alma, la atonía
del corazón, cuando al dolor se advierte;
que le quita al varón, templado y fuerte,
las lágrimas sentidas, a su hombría?...

Si honra, respeto y rectitud da el padre,
para un norte encontrar en la amargura:
nazca un dolor que hiera y nos taladre

el corazón, y entonces, ¿quién nos cura?
¿ inunda toda el alma de ternura
con su divino amor? quién?... ¡nuestra madre!

Fidel SOLARI



La Semana Médica



EL REGIMEN EN LAS ENFERMEDADES DE LA PIEL

Con motivo del reciente congreso, escuché la conversación de dos dermatólogos de un país vecino: "Ahora estoy convencido, decía uno de ellos, que los regímenes son inútiles en dermatología". El otro estaba convencido de lo contrario. Personalmente, comparto esta última opinión. En efecto, y ante todo, hoy día es cosa confirmada que ciertas dermatosis "fluxionares", como la urticaria, se hallan bajo la dependencia de íntima especifidad etiológica, como muchas manifestaciones anafiláctícas más. Un enfermo tiene su crisis con chocolate (Vallery-Radolt-Pasteur), tal otro con vino blanco (Spillmann), tal otro con cebollas: es el caso de una mujer a quien visité de urgencia, hará 16 años, estando de guardia en el hospital Beaujon, y que, inglesa de buena condición, había venido del Palace vecino por un edema faciopalpebral monstruoso que la dejaba literalmente ciega. Inútil es decir que si le formulé el diagnóstico de urticaria gigante y del origen alimenticio probable, fué porque la misma enferma me informó sobre su etiología, que bien la sabía ella misma, pero tan especial que me parece poder confesar sin rubor mi falta de penetración.

Por otra parte, admitiendo que el régimen sea útil, hasta necesario en muchas afecciones generales, ¿cómo no rechazarán en las afecciones cutáneas que no son sino sus consecuencias? Eso equivaldría a negarse a tratar una sífilis eflorescente con las medicaciones internas, so pretexto de que sólo tiene manifestaciones visibles que pueden tratarse localmente.

Pero si prescribimos un régimen en las enfermedades de la piel, al menos que no sea un régimen *ómnibus*. Eso nos costará más, pero dará sus frutos. Habrá sido menester examinar efectivamente a fondo a nuestro enfermo, echar mano en caso necesario del laboratorio, para determinar los desfallecimientos viscerales, por ejemplo del riñón o del hígado.

Cada cual sabe desde luego que ciertas enfermedades de piel, de aspecto unívoco, pueden depender de trastornos de orígenes muy variados. Así el acne, entre muchas más, es una manifestación ora hepática, ora intestinal, ora genital y ora masculina, ora femenina. Se tomará pues la precaución de profundizar estos distintos puntos y determinar o rechazar con certidumbre la existencia de colitis, insuficiencia hepática borrosa, ptosis gástrica o hasta pubertad masculina difícil o dismenorrea. En la mayoría de dichos casos los regímenes alimenticios tienen puntos de parentesco, pero no son rigurosamente unívocos. Pues si para el efebo granoso, hay interés en reducir los cuerpos grasos, los dulces, la miga de pan, en regular la cantidad de líquido ingerida, a veces tragada, no es menester ser más severo. Mientras para la genital nerviosa, además de dichas distintas restriciones, habrá que exigir ante todo la supresión de alcohol, café, te y especias. Y para los enfermos del tubo digestivo, el régimen será individual, teniendo en cuenta los alimentos que "pasan" bien y el estreñimiento o el aflojamiento intestinal de cada cual.

Al hepático le probarán las pequeñas comidas con poco intervalo. Tal gastrópata no deberá beber durante las comidas, etc.

En resumen, hay que regular la índole de los alimentos, su calidad, su frescura, su cantidad y el modo de ingerirlos. Eso se llama realmente un régimen, y los que como Darier escriben: "Algunos creen todavía en él", no dejan sin embargo de darnos en el más extremado detalle las instrucciones que acabamos de revistar. Es así que dicho maestro, al indicar a propósito de las erupciones alimenticias que en general no es la toxicidad del alimento que debe acusarse, sino la idiosincrasia o la sensisibilidad del paciente, añade que la higiene alimenticia conserva todos sus derechos.

Continuemos pues, como antes, descartando:

Bebidas alcohólicas en general, café, te, chocolate.

Carnes manidas o conservadas, quesos de igual orden.

Pescados salados, ahumados, pescado de mar, crustáceos, mariscos.

Muchos vegetales: setas, legumbres ricas en celulosa o en "perfumes esenciales" (coles, etc.), fruta grasa (nueces, almendras, etc.) o acidulada (fresas grosellas).

Condimentos simples o complejos.

Pastelerías, dulces, golosinas, turrones, mieles.

El todo deberá prescribirse y proscribirse con discernimiento, teniendo en cuenta las autoadvertencias del paciente si parecen de sentido común recordando que nunca se sigue un régimen riguroso, y recomendando todo lo que, junto con los mismos alimentos, sea de índole a hacerlos aceptar y tolerar más (modo de preparación; cocina; comer sin apresuramiento, sin lectura; mascando, con dientes tratados o... reemplazados; no anegar con agua -- ni siquiera y sobre todo mineral -- alimentos capaces de absorberse sin dificultad ni riesgo. — *R. Barthelemy.*

Galería de médicos célebres



CORVISART (1755-1821)

Jean Nicolas Corvisart des Marets, nació en Dricourt (Ardennes) en 15 de Febrero 1755. A los doce años ingresó en el Colegio de Santa Bárbara, donde sus estudios fueron muy mediocres. Su padre quería hacerle seguir la carrera de Procurador, pero se escapó y fué a encerrarse en el Hotel Dieú, donde trabajó permaneciendo oculto durante varios meses. Hizo desde entonces rápidos progresos, y a los 29 años era nombrado Doctor. En 1786, recibía el nombramiento de Profesor con destino al Hospital de la Charité. Desarrolló el estudio de la anatomía patológica, así como los diagnósticos de las enfermedades del pecho por medio de la percusión.

Este gran clínico fué el médico de Bonaparte, quién lo conservó como primer médico al erigirse en emperador, dándole el título de Barón del Imperio.

Murió en 19 de Septiembre de 1821..

He aquí sus principales obras Ensayos sobre las enfermedades orgánicas y las lesiones del corazón (1806-1811) y *una traducción de una obra latina de Auenbrugger, con comentario suyos, con el título de* Nuevo método para reconocer las enfermedades internas del pecho por la percusión de esta cavidad (1808).

LOS EFECTOS DEL TOMATE SOBRE EL ORGANISMO HUMANO

El tomate, que no maduro parece ser tóxico por su contenido en solanina, según v. Lemesic y Rotgolz produce en la hiper-acidez un aumento del ácido clorhídrico; por eso conviene no usarlo en los casos de hiperacidez. Sobre las grandes glándulas digestivas no produce el tomate efectos notables. Una ligera acción laxante, ya conocida, pudo corfirmarse de nuevo. Además posee el tomate una ligera acción diurética, siendo eliminadas cantidades mayores no sólo de agua sino también de cloruros y de carbamida. La reacción de la orina es desviada algo hacia el lado alcalino. Nunca se registraron efectos nocivos, ni experimental ni clínicamente.

Como quiera que en los desórdenes renales no se observaron efectos desagradables, en las enfermedades renales recomiendan R. y L. el tomate como condimento beneficioso de propiedades diuréticas. — Otros autores previnieron contra el tomate en las enfermedades renales, gota y oxaluria. v. Lemesic y Rotgolz no pudieron comprobar nunca aumentos del ácido oxálico en la orina, de modo que también en la oxaluria puede comerse el tomate. Tampoco la gota constituye contraindicación. Por lo tanto, nada se opone al consumo del tomate, en los desórdenes metabólicos. — *Dr. Marie v. Lemesic y Dr. Natalja Rotgolz. Clin. int. de la Universidad de Belgrado.* (Arch. f. Verdauungskrkh. 1928, 44)





Hombres célebres
Talleyrand

Nacido en 1754 y muerto a la edad de ochenta y cuatro años, Talleyrand pertenecía, en efecto, por mitad, al siglo XVIII y al XIX.

A los cuatro años de edad estaba como pensionista en casa de una mujer que vivía en un arrabal de París, cuando se dislocó el pie derecho al caer de una cómoda. Quedó cojo para el resto de sus días, teniendo que corregir su defecto por medio de un bastón.

Se conserva en el museo del castillo de Valencay, donde murió Talleyrand, entre algunas otras reliquias, aquél bastón y los zapatos del príncipe. En el zapato del pie derecho está fijada una armadura arriba de la rodilla. Si hay que dar fe sobre este punto a las memorias de Talleyrand, su infancia fué desgraciada. "Tal vez soy — decía — el único hombre de cuna ilustre y perteneciente a una familia numerosa y estimada que no haya sentido nunca, durante una semana de su vida, la dulzura de encontrarse bajo el techo paterno". Su padre y su madre lo rechazaban "Tenía ocho años—escribe — y nunca las miradas paternas se habían fijado en mí".

Hizo sus estudios en el colegio de Harcourt, y una vez por semana su preceptor, el abate Hardi, lo llevaba a casa de sus padres donde comía. A los quince años había terminado su preparación: era en 1760 el año en que Bonaparte nacía en Ajaccio.

Después de una permanencia de un año en Reims, junto a su tío paterno, coadjutor del arzobispo, Talleyrand entró en el seminario de San Sulpicio.

—"Fueron — continúa escribiendo—cinco años de mal humor, de silencio y de lectura" Se aburría y buscaba distracciones... Encontró una, junto a la hija del hotelero más rico del barrio de catorce años de edad. La recibió en su celda, cuando no iba a reunirse con ella fuera, saltando los muros del seminario... Tuvo otra aventura con una actriz de la Comedia Francesa, llamada Luzy, que vivía en una casa de la calle Féron, donde iba a verla casi todos los días. Los superiores de Talleyrand cerraban los ojos a su conducta por consideración al arzobispo de Reims.

Pero no por eso dejó de ordenarse de subdiácono, al terminar sus estudios teológicos en la iglesia de San Nicolás del Chardonet; pero el abate de Perigord pertenecía a la iglesia contra su voluntad. En lugar de volver a San Sulpicio, se hizo inscribir en la Sorbona y se licenció en Teología, el 2 de mayo de 1778; aprovechó sus vínculos de parentesco con el nuevo arzobispo de Reims, su tío, para conferir el diaconato, después el sacerdocio y obtener un cargo de vicario general en la diócesis. Celebró su primera misa (a la que asistieron sus padres) a fines de 1779. Con el conde Choiseul-Gouffier, el caballero de Narbana, el duque de Sauzun, concurría a las cenas íntimas y a las citas galantes. A pesar de su cojera, era elegante, gracioso, espiritual, seductor... y hallaba tiempo para interesarse en las cuestiones de economía política y finanzas.

Llamado a los veintiséis años al cargo de agente general del clero, extendió el círculo de sus relaciones. Sabía elegir a sus secretarios y utilizarlos; hacía trabajar a los otros más de lo que trabajaba él mismo, como lo confesaba más tarde. "No hay que enterrarse bajo los papeles — decía —, sino encontrar quien los desembrolle, y gobernar los asuntos con un gesto, con una señal." Asistía a los salones y también a las alcobas y otros sitios secretos, para terminar su aprendizaje. Frecuentaba la buena y mala compañía, siendo lo menos sacerdote posible. Las costumbres disolutas de Talleyrand no le impidieron ser nombrado arzobispo de Autum, en 1878 Aunque no disfrutó mucho tiempo sus rentas eclesiásticas, que al año siguiente eran puestas por la Asamblea Nacional a disposición del Estado, tuvo, en cambio, una satisfacción: el clero de Autum le envió como diputado a los Estados Generales. Se presentó en ellos más como gran señor que como prelado, y dividía su tiempo entre las reuniones públicas y privadas, cuya importancia política estudiaba.

Talleyrand formó parte de la Asamblea Constituyente, donde se hizo notar; pero al salir de las sesiones se dirigía al pabellón de Hannoxer, donde acababa de establecerse el primer juego público. Iba, asimismo al garito de madame Montensson, donde ganó 300.000 libras en una noche; y jugaba igualmente, al ajedrez, que le reportaba una buena entrada. Vitrolles decía que los grandes móviles de su existencia eran el amor de las mujeres y el amor del dinero.

Comisionado por la República a Londres, después de haber dirigido al Rey su dimisión de arzobispo de Autum, el día que se dió cuenta de que "la realeza, tal como había salido de la Asamblea Constituyente, no era ya más que una sombra que iba esfumándose día por día." Talleyrand, hábil para orientarse, colgó deliberadamente los hábitos.

Pasó en Inglaterra todo el año 1793 y una parte de 1794, habiendo sido acusado por la Convención Nacional, amenazándole con arrestarle si volvía a Francia. Su magnífica biblioteca había sido vendida en subasta. En enero de 1794, invitado por el ministerio inglés a abandonar Inglaterra, partió para América.

"A los treinta y nueve años—escribía—comienzo una vida nueva."

Había llevado una carta de presentación para Washington, pero no fué recibido. Se ocupó entonces de rehacer su fortuna. Se le vió en Nueva York, en Filadelfia, en Boston, en las cataratas del Niágara, estuvo mezclado en numerosos asuntos de dinero, principalmente en especulaciones sobre tierras. Conoció al senador Roberto Morris, el más grande agiotista de Filadelfia. Cuando se le autorizó a regresar a Francia, despues de una permanencia de dos años en los Estados Unidos, llevaba estas impresiones: "Este pueblo sin tradiciones, saca de su oficio los principios de su moralidad. Será grande, y es lo más feliz. Tiene dos grandes pasiones: la independencia y la fortuna. Partidos, facciones, odios, todo ha desaparecido. Como buenos calculadores, han visto que esto no producía nada bueno. Se conoce allí el valor de la unción, han combatido juntos y juntos aprovechan la victoria."

Borrado de la lista de emigrados, a propuesta de José María Chenier, se embarcó el 15 de junio de 1796 para Hamburgo; se detuvo en Amsterdam, luego en Bruselas, y llegó a París el 20 de septiembre. Pero no inspiró confianza al Directorio, que lo hizo vigilar como sospechoso de realismo. Carnot decía: "Trae consigo todos los vicios del antiguo régimen, sin haber aprendido ninguna de las virtudes del nuevo."

Talleyrand puso en campaña una mujer, la marquesa de Montesson, cuyo solar de la calle de Baco había frecuentado, y a la que llamaba "la ginebrina pedante". En casa de ésta se encontró con madame de Stael y Benjamín Constant, del que fué pronto íntimo amigo. Madame de Montesson interesó a Barrás por su protegido... y Barrás le confió la cartera de Relaciones Exteriores.

Su presupuesto se elevaba a 100.000 francos y sólo el primer año gastó 55.000 francos nada más que en muebles y carruajes para su uso. Pero no tenía porqué inquietarse por ello: Barrás, en siete páginas de sus "Memorias", da la lista, que dice haber conseguido de madame Stael, "de las propinas diplomáticas" y "negocios del príncipe Benévent". Estos beneficios se cifran por millones.

Daba audiencia en traje de aparato, con la cabellera empolvada y espada al cinto al embajador del Papa y al embajador del Gran Turco.

El golpe de Estado del 19 de Fructidor fué, en parte, obra suya. Pero no lo aprovechó. Carnot y Barthelemy, miembros del Directorio, fueron reemplazados por Merlin de Donald y Francisco de Neufchateau; pero Talleyrand iba pronto a hacer relación con el jefe del Ejército de Italia, Bonaparte, el vencedor de Rívoli, después de la paz de Campo Formio.

Tayllerand tenía entonces cuarenta y tres años; estaba en la mitad de su existencia.



EL MAITRE (al dueño del hotel).—Don José, los negros del jazz band que ha contratado usted son antropófagos.
—¿Y qué?
—Que he echado la cuenta, y no nos quedan camareros nada más que para tres días.

Página Poética

LA ESPERANZA

En el camino de Oranza
hay una venta sombría
que tal vez por ironía
se llama así: *La Esperanza.*

Destartalada y oscura,
parece una sepultura.

No hay queso, ni pan, ni vino
para el cansado viajero
que cruza por el camino:
duerme en un banco el ventero
y arranca del viejo alero
las tejas, el remolino...

Siempre que mi fantasía
evoca la remembranza
de aquella venta sombría,
me digo: "*¡Triste Esperanza!*"
Y pienso: "Como la mía,.."

María ENRIQUETA

FRIVOLINA, TE LLAMAN

Frivolina te llaman, frivolina
por tus alegres locas carcajadas,
por tu voz de campana cristalina,
por tus azules, mágicas miradas...

Frivolina te llaman, envidiosas,
las amigas, de tu coquetería,
y con frases certeras e insidiosas
tu feminismo hieren a porfía...

Ignoran que tu almita voluptuosa
es pura cual los ángeles del cielo,
encierra los perfumes de la rosa
y una sed infinita y un anhelo...

Frívola no; valiosa, comprensiva,
debieran de llamarte con justeza;
de tus raros tesoros expansiva:
virtud, ingenio, sin igual belleza.

Eres la flor de encantos adornada,
que se entrega a sí misma a quien la toca;
y por eso es de todos tu mirada
y la miel que vislúmbrase en tu boca...

Carlos MARTEL

MI HIJA JUEGA EN EL JARDIN...

Mi hija juega en el jardín
y yo la miro quieta y triste,
triste de tanta dicha, triste
porque la dicha tiene fin.

Viene corriendo y se va luego
y me da un beso o una flor;
su voz musita a vez un ruego,
a vez un mimo encantador.

Es la más linda de las flores,
en ella están dicha o dolor...
¡Qué han sido todos mis amores
comparados con este amor?

No pienso en destinos amargos
ni en que las cosas tienen fin,
pero quisiera largos, ¡largos
estos momentos del jardín!...

María MONVEL

LA LLUVIA ES MANO...

La lluvia baja,
ágil, premiosa...
La lluvia es blanca
mano piadosa...

Sus dedos chicos,
leves, iguales,
dan golpecitos
en los cristales...

"Si abres, hermano,
fácil y buena
para mi mano
será tu pena..."

Carlos María PODESTÁ

NUEVA VIDA

A Santiago H. Zanino

Así como en aquellas tardes grises
que viviste en el viejo Seminario
cantando la amargura de las horas
de encierro voluntario.
Y así como brotaron confundidas
las plegarias y quejas de tus labios,
ahora pueden brotar para la vida
tus mejores canciones cual rosarios.

Eres un hombre libre. Están las puertas
de un mundo que es paraíso y es calvario,
abiertas para tí... Y ahora no vuelvas
ni pienses en el viejo Seminario!

No importa que el destino te castigue
colmándote de ofensas y de agravios
y encuentres falsedad entre los hombres
que tienen la mentira a flor de labios...
Prepara el corazón para la lucha!
Avanza siempre con la frente erguida
sembrando tu bondad que es mucha, ¡mucha!

Qué recompensas te dará la vida!
Hay unos ojos de color de cielo
que te ofrecen la luz de sus pupilas,
y unos cabellos rubios y sedeños
que esperan de tu mano las caricias.
Hay unos labios de mujer que guardan
para tí la mejor de las sonrisas
y un amoroso corazón de novia
joven y noble que por tí palpita...

Pon tu cariño; y consagrado todo
a esa mujer o flor tan exquisita,
templa las cuerdas de tu lira de oro
y aquello, tu pasado, ¡que no exista!
Ahora tus versos no serán tan tristes,
¡ya dejaste de ser seminarista!
Y esa jaula de incienso en que viviste
adornada con cirios que agonizan,
está lejos... muy lejos... Ya no existe!
El pasado ha quedado en las cenizas!...

Boris ELKIN

EL DESEO DE LAS FLORES

A la gentil señorita Sara Elsa Acuña.

Al pasar junto a un ramo de violetas
Que en un búcaro ví,
En tanto que aspiraba su perfume
Pude oírles decir:
"Llévanos a reunirnos, te rogamos,
"Con la mujer gentil
"Que tú, por la pureza de su alma,
"Comparas al jazmín".
En acceder a tan humilde súplica
Juzgándome feliz,
Tomé el manojo de fragantes flores
Y te lo traje a tí.

R. de ITURRIAGA y LOPEZ

SANGRANDO EN LA CRUZ

Marchaba la inconsciente caravana
Que al Señor a la muerte conducía,
Con arranque fatal de furia humana...
Con impulso de falsa rebeldía.

Vistió el cielo túnicas de grana
Y las nubes dijeron la odisea,
Y el derroche de aquella sangre hermana
Que brindaba Jesús de Galilea.

Tenía en la frente hiriente corona
Y fué su agonía la Fe que perdona,
La burla indigna que le maltrataba

Y mientras el gentío de iras clamaba,
Parpadeó la muerte y esfumó la luz:
¡Estaba Cristo sangrando en la Cruz!

Miguel V. NATIELLO

CONFIDENCIA

La acción en Valladolid.
Se encluentran "dos personajes"
Con caras, tipos y trajes
De "guripas" de Madrid.
Se contemplan frente a frente,
Se guiñan con la cabeza,
Se dan la mano, y empieza
La conversación siguiente:
—¡Cacatúa!...
—¡Hola, Ratón!
—¡Qué sorpresa! ¿A qué has venío?
—A este pueblo, y decidío
A seguir mi profesión.
Por consejos de una tía
Vengo con ella a vivir;
Me proteje, y voy a abrir
Muy pronto una platería.
—¿Tú platero, Cacatúa?
Eso es grilla, no me mientas.
—Te lo juro.
—¿Y con qué cuentas?
—Cuento con una ganzúa.

Javier de BURGOS





Conocimientos útiles

Fórmulas, procedimientos e indicaciones de provecho para el hogar

EL COBRE SE endurece mezclándole en fusión de 3 a 5 por 100 de óxido de manganeso.

* * *

PARA QUITAR MANCHAS de los mármoles se hace una pasta, no muy espesa, con cuatro partes en peso de jabón blando, cuatro partes de creta, y una de carbonato de sosa y agua en cantidad suficiente.

Se aplica sobre las manchas y se las deja cubiertas durante veinticuatro horas, trancurridas las cuales se quita la pasta con agua clara.

Si la mancha no sale del todo se repite la operación.

* * *

AL ENGRUDO DE PEGAR el papel de las habitaciones, conviene añadirle una cucharadita de alumbre por cada libra de harina que entre en su confección.

* * *

PARA VENDAR HERIDAS y cortaduras debe emplearse siempre tela de hilo. Las fibras del algodón son planas, y por lo tanto irritan la parte lesionada, mientras que las del hilo son perfectamente redondas y no causan daño ninguno.

* * *

BARNIZ BRILLANTE. Se disuelven en caliente 200 gramos de goma laca y 20 de carbonato potásico en un litro de agua. Se añaden 6 gramos de negro de anilina (o de otro color) y, finalmente, 100 gramos de glicerina.

* * *

LA PORCELANA ROTA se pega untando los bordes de la cotura con albayalde, como lo úsan los pintores y después de atar la pieza para que se conserven bien unidos los trozos se deja dos o tres días sin tocarla. Transcurrido este tiempo estará compuesta la rotura.

* * *

PARA QUE NO SE ECHE A perder la goma arábiga basta echar a la disolución unas gotas de aceite esencial de clavo.

* * *

LA COLA RESISTENTE Á la humedad se hace con aceite de linaza en vez de agua. Esta cola solo sirve para la madera.

* * *

PARA PEGAR CRISTAL y porcelana se hace un cemento invisible disolviendo cola de pescado en alcohol.

* * *

PARA PRESERVAR LOS árboles contra los efectos de la escarcha se cava alrededor una zanja circular, profunda, hasta llegar a las raíces principales y se llena de estiércol descompuesto y bien apisonado. Así se deja pasar el invierno y hacia el final de esta estación cuando el estiércol está todavía helado, se le cubre con la tierra extraída de la zanja. De esta manera, el estiércol permanece helado hasta entrada la primavera, retardando la vegetación del árbol el cual queda así a cubierto de las escarchas primaverales.

LOS MUEBLES DE BAMBU SE LIMPIAN con un cepillito mojado en agua de sal.

La sal evita que se pongan amarillentos y les dá más brillo.

Se secan frotándolos con un paño fino después de lavarlos.

El resultado es sorprendente.

* * *

PARA HACER ESPITAS DE MADERA QUE DUREN MUcho tiempo sin romperse ni pudrirse, se impregna la madera, por una inmersión de cinco minutos, en parafina fundida, calentada a 150 o 200°. De este modo, todos los poros se llenan de parafina y se impide la penetración de la humedad, que es lo que hace que la espita acabe por agrietarse.

* * *

SE HACE UNA COLA RESISTENTE a la acción del agua hirviendo con un medio kilo de cola común en tres cuartos de litro de leche desnatada.

* * *

PARA BRONCEAR EL ACERO basta frotarlo con un paño empapado en una mezcla caliente de índigo y aceite de olivas.

* * *

PARA LIMPIAR EL COBRE. — Para que quede limpio y brillante el cobre, lo mejor es frotar los objetos de ese metal con un paño empapado en una disolución de ácido clorhídrico y agua.

* * *

LAS FLORES PARA ADORNAR la mesa deben colocarse esparcidas y nunca en búcaros o jarrones.

* * *

TODO ALIMENTO que contenga gelatina debe ser tapado cuidadosamente en tanto que esté fresco.

* * *

PARA IMPEDIR QUE LA MERMELADA se florezca debe cuidarse al hacerla, de que hierva hasta tomar la consistencia de jalea. Los botes deben estar muy secos antes de echar en ellos el dulce, y mientras estén calientes todavía se tapan con papel, al que se da una mano de clara de huevo. Deben almacenarse en un sitio fresco y ventilado a la vez.

* * *

UNTADO CON PETROLEO el calzado se suaviza de durezas.

* * *

EL PETROLEO reblandece el material del calzado endurecido por la humedad, hasta el punto de dejarlo como nuevo.

* * *

PARA LIMPIAR los peinecillos de señora se pone un poco de harina en un horno para que se seque y luego se deja enfriar. Frótese con esta harina el peinecillo por medio de un trapito o un trozo de algodón, que se procurará esté perfectamente limpio. A medida que la harina se va ensuciando debe sustituirse por otra.

LA BOTELLA PERDIDA

Mi entusiasmo por las cosas de mar me hacían frecuentar el trato del viejo "Calafate", viejo lobo de mar, según aseguraba él, aunque la gente maliciosa sospechaba que nunca fué otra cosa que un agua dulce.

En realidad poco me interesaba la verdad, porque, aunque sus detractores estuviesen en lo cierto, Calafate revelaba por lo menos tener una imaginación vivísima. Sus cuentos eran siempre escuchados por todos con recogimiento. He aquí uno de los más interesantes:

—Aquél día no había comprado una botella de ron, porque tenía que salir a pescar. ¿Qué fué lo que hice? ¿La coloqué imprudentemente en la orilla de una roca resbaladiza? ¿La brisa del lago la atrajo al seno del mar? ¿Algún pez voraz y monstruoso se tentó con ese insólito licor? No lo sé. El caso es que la botella desapareció. Por fortuna estaba admirablemente tapada.

"Provisto de los mejores aparejos, volví tres años seguidos al mismo lugar en que presumía debía encontrarse la botella. En vano contraté a honrados buzos, que se entregaron a minuciosos sondajes. Con ellos se evaporó la mitad de mi fortuna.

Una voz misteriosa venía de las alturas, o tal vez del fondo del mar, a decirme que no desesperase.

Por fin, mi paciencia se vió recompensada a la larga. La paciencia, por otra parte, sólo es recompensada a la larga y tiene que ser así, pues si no hubiese esperado, entonces no sería paciencia, y no se la podría recompensar. Acababa de tirar el anzuelo, cuando, al recogerlo, noté una resistencia insólita. El anzuelo parecía enganchado en el fondo. Tiré en vano. La emoción se apoderó de mí. ¿Había puesto, acaso, la mano sobre el pez de oro legendario que no se pesca más que cada mil años? Hice un esfuerzo supremo. El anzuelo se desprendió de repente de las profundidades, y caí de espaldas, en tanto que, en el extremo del hilo y describiendo una curva majestuosa, una botella que en seguida reconocí, vino a posarse en mis costillas.

"Era panzuda y ancha, pero de estrecho cuello, y dentro de la botella llenándola por completo había un pez".

—¿Un pez, Calafate?

—Un pez. Y no muerto, como podría esperarse, sino vivo. ¿Cómo diablos pudo meterse dentro? Pensé primero en esos ingeniosos trabajos de los marineros que, a fuerza de paciencia, consiguen armar un barco dentro de una botella, ayudándose con largas pinzas. Pero ¿qué hombre, por ingenioso que fuese, hubiera tenido la paciencia de introducir pedacito por pedacito un pez vivo?

"El pobre animal me miraba a través de las diáfanas paredes de su prisión, y entonces leí, en su mirar lastimero, la explicación.

"Siendo chico había entrado en la botella por el cuello. El pececito había crecido, sin preocuparse de salir y cuando pensó en ello, era demasiado tarde. Quizá su atolondramiento provenía de una debilidad irremediable producida por el abuso del ron. Nunca supe si él sacó el tapón o si fué obra del azar. Lo que sí había de cierto es que se bebió todo el ron. Su embriaguez lo perdió, pues se convirtió, si se permite esta comparación tan nueva como justa, en el prisionero de su vicio.

—¿Y qué hizo con el pez, Calafate?

—¿Qué hice? Podrás figurarte que no me lo puse de dije. Me lo comí, naturalmente. Era un delicioso pescado al ron.

—¿Y cómo se las arregló para sacarlo de la botella?

—¡Vaya una pregunta! Como se hace siempre en semejante caso: con ayuda de un saca corchos.

Gabriel de LANTREC

Envenenamiento por los hongos

Es generalmente al iniciarse el otoño, después de las primeras lluvias, cuando al salir el sol surge de la tierra esta peligrosa planta de forma original y variada; pero de funestas consecuencias para el que la come.

Leyendo no hace mucho los curiosos trabajos del afamado doctor francés Azoulay Carrión quedé verdaderamente asombrado de las cifras de mortalidad por la ingestión de hongos, que arrojaban sus notables estadísticas. Ha habido quien como Stephen Chauve nos ha puntualizado los fallecidos por esta causa. Cita este concienzudo autor que en el año 1912 hubo 96 defunciones y 217 envenenamientos en un mes, contribuyendo solamente Europa con la cifra de 6000 fallecidos anualmente, a engrosar el número total de defunciones habidas en todo el Globo.

Escribía no ha mucho, con felicísimo acierto nuestro notable articulador anátomico contemporáneo J. Collar: "Yo creo que estas producciones (setas y hongos) son abortos de la Naturaleza, algo así como una depuración por donde la tierra elimina sus gérmenes nocivos y venenosos, es el cáncer de la tierra, nacido para matar especies dañinas, aun aquellos que presentan cierta inocuidad para el hombre es fácil que envenenen a determinados gusarapos".

"Es casi imposible por medio de algún carácter morfológico distinguir las especies comestibles de las venenosas. Hay un sin fin de indicaciones para ello, mas ninguna es válida, pues aun dentro de un mismo género hay especies venenosas unas e inofensivas otras". (Amanita, Tricholoma, Rossula).

Citaré, sin embargo, a propio intento varias reglas, algunas de ellas bien conocidas, para distinguir de un modo global las diferentes clases de hongos. Claro está que estas reglas o condiciones fracasarán cuando se refieran a casos aislados y dudosos en los que no nos sacaría de la duda más que un buen análisis químico, de cuyo resultado se pudiera deducir la existencia de principios acres alcaloides y leucómainas.

Estos principios que contienen los hongos no comestibles actúan sobre el tubo digestivo a las pocas horas de ingeridos, causando un mal menor, pues los vómitos y la diarrea ayudan a expulsar no sólo el veneno que determina estos trastornos, sino que expulsa el que pudiera matar. En cambio cuando esto no sucede y los trastornos tóxicos son tardíos ha de cruzarse de brazos la ciencia, pues el veneno se adentra en la sangre y nada conseguiremos con actuar sobre el tubo digestivo. El resultado en este caso depende de la resistencia individual.

Atendiendo a los efectos causados por los hongos se les ha dividido en dañinos y venenosos, siendo el principio activo de los primeros la muscarina y teniendo los segundos la falina como principio activo. Otra agrupación que podemos hacer de los hongos es la de sospechosos y comestibles, incluyendo entre lo primeros aquellos himenóforos de coloración viva intensa (amarillos, naranjados, azulados, etc.), sobre todo si cambian de color cuando se cortan. Asimismo pertenecen a este primer grupo de sospechosos los fugaces de descomposición en plazo corto, los de tejidos flojos, carne poco consistente o fibrosa, los de olor acre o desagradable y por último los que al ser cortados dejan fluir un jugo latescente o coloreado. Son comestibles por el contrario los de color blanco o de corteza de pan, además de los grises claros. Los que pueden ser desecados en atmósferas secas sin entrar en descomposición, los de pedículo macizo y consistente sin ser hueco en su posición central, los de carne consistente sin llegar a ser coriácea ni leñosa y por último los que carecen de exudación al ser seccionados o fracturados en fresco.

De no existir seguridad se recomienda apelar a la maceración durante ocho a diez horas en agua acidulada con vinagre, mudando repetidas veces el líquido. De todos es conocido el célebre experimento del renombrado Dr. francés Gerhard que dió una comida a sus amigos, compuesta de hongos absolutamente venenosos; pero preparados y despojados de su toxicidad por la citada maceración. Ni que decir tiene que todos los invitados siguieron disfrutando del excelente estado de salud que poseían antes del convite.

Llamo poderosamente la atención sobre las falsas pruebas vulgares de cocerlos con algún objeto de plata para ver si lo ennegrecen, o con cebolla paraver si azulean, considerándolos tóxicos, en caso afirmativo. La falsedad de estas reacciones es fácil de comprender sabiendo que la producción de un poco de ácido sulfhídrico es suficiente para causar dichos fenómenos.

Es también un craso error considerar inofensivos aquellos hongos que son atacados por los limacos e insectos, pues del mismo modo que la belladona y otras plantas superiores no son tóxicas para ciertos animales, no dejan por ende de serlo para el hombre.

Para proveer de ejemplares garantizados a la fábrica de conservas se han escogido algún corto número de especies de absoluta inocuidad, y controlada su comestibilidad pericialmente se cultivan sobre cubetas, vasares, montones de mantillo, etc., en recintos apropiados, donde el sol no penetre, pero tenga acceso el aire (cuevas, sótanos, minas, habitaciones bajas, etc.) Este cultivo artificial que puede vivir bastantes meses si la temperatura exterior no influye mucho puede producir en todas las estaciones hongos de reconocida garantía.

Muy superficialmente quisiera abordar el problema del valor nutritivo de las setas y hongos, aunque por la nulidad de dicho valor debieran incluirse entre las substancias indiferentes.

Entra el agua en dichas producciones en más de un 90 por 100 llegando en ocasiones a un 56 por 100; las substancias nitrogenadas se han calculado en un uno a uno y medio por ciento, siendo, por lo tanto, preciso para poder alimentarse exclusivamente de hongos un sujeto de unos 65 kilogramos de peso, comer cantidades tan absurdas como 70 y más kilogramos de estos seudoalimentos, como pudiéraseles llamar.

Por último, por si los apuntados inconvenientes fueran pocos, solo me resta advertir que los hongos y setas se crían generalmente en parajes insanos. Más de una vez he podido observar cómo nacían hongos en lugares insalubres, en sitios donde antes se desintegraron substancias orgánicas por putrefacción. Recientemente recuerdo haber visto una verdadera plaga de estas producciones entre los restos de una osamente y pelos de un asno.

E. RIVAS CABELLO

No creas frío a ese que calla

No creas frío a ese hombre que calla, ni incapaz de apasionarse por nada o de tener un espontáneo impulso caluroso, intelectual o afectivo.

Si penetraras en su vida interior, verías cómo tiene una gran emoción para la más pequeña cosa, y cómo se embriaga con los sentimientos hasta la exaltación: ¿Egoísta quizás? Posiblemente; con el egoismo de quien es avaro de las margaritas...

A ese hombre que calla, no lo creas frío ni indiferente. No es comunicativo, ni tiene expansiones cordiales con todos. Pero es un enorme sensitivo, sensible y sentimental. *Pertenece a la minoría de los aristócratas del sentimiento. No le interesa la retórica, o lo artificioso, sino la esencia, o la sinceridad.*

Celso TINDARO

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas; CERRITO 607
De 9 a 12 y de 14 a 18
Sábados: de 9 a 12

Buenos Aires
U. T. Mayo 1899

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Capital		En el Interior		En el Exterior	
Trimestre . .	$ 2.50	Trimestre ..	$ 3.—	Trimestre	$ oro 2.—
Semestre . .	,, 5.—	Semestre . .	,, 6.—	Semestre .	,, oro 4.—
Año	,, 9.—	Año	,, 11.—	Año . . .	,, oro 8.—
No. suelto .	,, 0.20	No. suelto .	,, 0.25		
No. atrasado	,, 0.40	No. atrasado	,, 0.50		

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

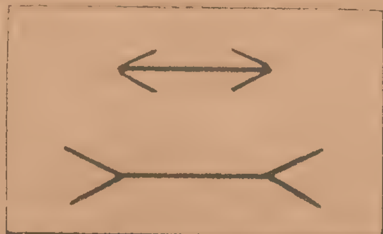
Entretenimientos

CIENCIA RECREATIVA, JEROGLIFICOS, CHARADAS, etc. PARA DISTRACCIÓN DE CHICOS Y GRANDES

No. 10 — JEROGLIFICO

A
MEDIA 2
500
1000 1000

ILUSION OPTICA



No obstante ser de la misma longitud, parece más pequeña la línea horizontal superior.

No. 15 — JEROGLIFICO



No. 18 — CHARADA

El *dos tres uno dos*
grande como *todo*

No. 19 — COMPRIMIDO

CUAR
TA

No. 11 — CHARADA

No vale *tercia segunda*
y sabe bastante mal.
Esta *prima tercia tercia*
y es dura como *total*.

No. 13 — JEROGLIFICO

K
50 A
AMARILLO
NEGRO

No. 16 — CHARADA

Dame la manta y la *todo*
tercia prima, que me voy
para el *primera segunda*
pues tengo que hacer allí hoy.

No. 12 — COMPRIMIDO

Deber Pagar.Cobrar

No. 14 — COMPRIMIDO

FAZKKKKKK

No. 17 — COMPRIMIDO

101 NOTA
TO

SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR:

No. 1 — Olgazana
,, 2 — La cabra tira al monte
,, 3 — Cerrado bajo llave
,, 4 — Entre comillas.
,, 5 — Achatado
,, 6 — Picaflor
,, 7 — Amador
,, 8 — Canoso
,, 9 — Vicente

Curiosidades zoológicas

Entre los buitres existen variedades notables; el turqués es un pájaro admirable, cuya cabeza y cuello carecen de plumas y éstas son de un color rojo vivo. Es algo semejante al zopilote, con el que tiene más de un punto de relación. Tiene maravilloso poder volador.

Este buitre, lo mismo que el zopilote, son muy comunes, en el sur de los Estados de América. Donde ambos llegan a encontrarse, el buitre, de color más obscuro, en virtud de su mayor tamaño, se asegura siempre un mejor lugar en el festín.

Si no son molestados estas pájaros son dóciles y cuando están detrozando la carroña se abstraen casi por completo. Salvo en algunas épocas de lucha o cuando están comiendo son ambos muy sociables y deambulan unidos y hasta comparten el mismo territorio para establecerse.

En apariencia son casi iguales, aun cuando la envoltura obscura del buitre le hace más tétrico.

Los buitres del Nuevo Mundo no sólo son más listos que los del antiguo, sino que pertenecen a grupos diferentes, casi distintos de los otros animales de presa. Alguno, en efecto, se colocan en orden por sí mismos; ejemplo, el *Cathasta*. Forman verdaderamente un interesante e instructivo enlace con las bubias, cormoranes, pelícanos y el orden de las cigüeñas, mostrando que los pájaros de presa de una parte y las zancudas de otra son ramas divergentes de un tronco común.

Los *Cathasta* son los más antiguos y primitivos de los pájaros de presa. La evidencia sobre que descansa esta conclusión está enteramente en los caracteres anatómicos y éstos son demasiados técnicos y prolijos. Pero existen caracteres por las cuales pueden ser distinguidos a simple vista, no sólo de los buitres del Continente antiguo, sino de todos los otros pájaros de presa: las ventanas de la nariz, que no tiene división entre sí y semejan un único orificio cuando se ve al ave de perfil.

Existen, al menos, otras tres especies de este interesante grupo. Estos son: el buitre rey, y el cóndor y el buitre de California. El primero exhibe un esplendor salvaje. Su plumaje es de un rico color crema, que contrasta con el negro de las plumas exteriores de las alas; en su cuello y cabeza presenta porciones de naranja y rojo y hacia el oído manchones de azul.

El pico es naranja subido. Los ojos presentan una gama extensa: el iris es blanco rodeado por un círculo bermellón. La base del pico se presenta rodeada de un círculo color plomo. Esta especie está limitada a la América tropical.

El cóndor no es solamente el mayor de los miembros de esta especie, sino que también es la mayor de todas las aves que pueden volar.

Darwin hizo en el sur de América, interesantes estudios para descubrir si el cóndor y sus afines encontraban su presa por el olfato o por la vista. En un jardín que visitó encontró veinte ejemplares atados a un largo madero. El sabio tomó un pedazo de carne y lo pasó por delante y por detrás de los animales, muy próximo a ellos. No encontró testimonio que comprobase que los animales olían la carne. Entonces la arrojó al suelo, obteniendo el mismo resultado negativo.

Entonces colocó la carne más cercana al pico de uno de ellos, el cual pareció percibirla y entonces picó furioso el papel y devoró la carne. De sus observaciones dedujo que todos los buitres perciben *por la vista* sus presas.

El buitre de California es un pájaro grande, pero no tanto como el cóndor. Por medio de carne envenenada ha sido casi extringido desde Oregon a la baja terminado este pájaro. Se ha res- California. Se encuentra en la parte más inaccesible de las montañas. Su tétrico plumaje negro está alterado por una banda blanca que cruza las alas y rodea el cuello. En su aspecto es muy parecido (en majestad y actitudes) al cóndor.

El nido es una enorme estructura de palos que alberga a un solo huevo, de color verde claro. Algunos cóndores ponen dos huevos y en cuanto a la forma de anidar es diferente, pues en tanto que el buitre negro coloca el nido en la tierra, otros lo colocan sobre rocas o en lo alto de montículos.

En ocasiones estos pájaros no construyen un nuevo nido para anidar, sino que ocupan uno de aves semejantes que éstas hubiesen abandonado.

Del mundo bélico: medios de protección

Innata en el hombre la afición a la lucha, obligado a valerse del impulso de sus brazos para subvenir a sus necesidades orgánicas, tuvo que buscar medios conducentes al logro de su intento. Por ésto, lo primero que el hombre primitivo aprende es a forjar armas con que atacar y para ello se vale de los elementos primitivos que la naturaleza le presenta.

Seguramente la primera arma que el hombre utilizase sería la piedra, el duro peñasco impulsado por sus músculos de acero. Después, a medida que fué conociendo el modo de pulir la piedra, de desbastar sus penetrantes aristas, le dió forma y construyó hachas, puñales, lanzas arrojadizas.

Pasada esta época, al advenir la edad de los metales, dió forma a éstos y con ellos construyó armas de formas parecidas a las construídas con piedras, pero más ligeras, más buidas, más penetrantes. Y a medida que fué descubriendo nuevos elementos, y se fué apoderando de fuerzas desconocidas, se sirvió de ellas para la destrucción de sus enemigos. Desde el hacha de silex hasta los gases asfixiantes el hombre ha empleado en la lucha los elementos que el progreso le fué presentando.

Al mismo tiempo que el hombre atacaba tuvo necesidad de defenderse, de buscar medios que le pusiesen a cubierto de las agresiones o, cuando menos, que aminorasen los efectos de estas. Los medios protectores se perfeccionaron a medida que se perfeccionaron los medios de ataque.

Conocidas por el hombre las partes del organismo más expuestas a los efectos de la agresión, a protegerlas parcial o totalmente, dispuso los materiales necesarios.

En un principio, cuando el hombre sólo disponía de pieles con que cubrirse, únicamente de la mayor resistencia de éstas pudo valerse para protegerse. Cuando aprendió el calor de ciertas fibras vegetales, de la parte cortical de algunos árboles, con ellos ideó artefactos que, adoptando las partes del cuerpo, le sirvieron en la lucha.

Puede afirmarse, pues, que la primer coraza sería un escudo ovalado de madera, recubierto de modo que en él se quebrase el ímpetu de las armas homicidas.

Al avanzar la civilización se empleó el hierro y el acero por su mayor poder de protección y se construyeron escudos, corazas, cascos, petrales para los caballos...

Se inicia entonces el ornamentado de estas partes, que si en un principio eran burdas y sin pulir, pronto han de trocarse en verdaderas obras de arte.

Ya en la Grecia y Roma, clásicas, los guerreros marchan al combate provistos de escudos y paveses, que presentan figuras y emblemas de la mitología y de la heráldica, que aunque convencionales, ya indican la tendencia de que cada escudo sea a modo de ejecutoria para su portador.

Las legiones romanas marchan a la conquista, y sus soldados, en el asalto de las ciudades elevan sus escudos, los unen compactos y forman la tortuga gigantesca, sobre cuya caparazón se estrellan las armas que los sitiados lanzan.

Las esculturas de la época nos presentan a los reyes y emperadores luciendo trabajadas corazas.

Con el predominio de la caballería, durante la Edad Media, las armaduras alcanzaron gran auge y todos los guerreros de monta se distinguían por su riqueza y adorno. Las armaduras eran algo esencial en la vida del guerrero, que tenía su vida a merced de la lanza o de la espada de su adversario.

Los arneses de guerra eran lujosos y costosos y en su composición y adorno no se redujo el constructor a los materiales viles, sino que empleó el oro y la plata.

Los mesnaderos, con su cota de malla, con sus cascos y yelmos de hierro pesado, acompañaban a los señores de bruñidas armaduras y esplendorosos y altivos airones.

Fueron varias las poblaciones de Europa que se distinguieron por sus armaduras, alcanzando Milán gran preponderancia y siendo buscadas las piezas que de sus talleres salían.

Del esplendor que las armaduras alcanzaron, son buena muestra las colecciones que figuran en las armerías nacionales y particulares. En España tenemos colecciones magníficas. Se conservan admirables arneses de los monarcas Carlos V, FelipeII, Felipe III y Felipe IV.

Con el perfeccionamiento de las armas en donde la pólvora es elemento primario y subsiguiente disminución del ataque cuerpo a cuerpo, las armaduras fueron perdiendo importancia y se buscó en el terreno protección contra los proyectiles. Estalló la guerra de trincheras y, posteriormente, el empleo de vehículos blindados.

La gran guerra dió principio a la utilización de los gases asfixiantes, contra los cuales hubo que apresurar medios de protección, y surgieron las mascarillas protectoras. La amenaza de estas substancias y de otras, que se están ensayando en los laboratorios, hace que el hombre siga afanándose en buscar el modo de aminorar efectos destructores.

* * *

Las piezas del arnés son curiosas y responden a la práctica guerrera a que nos hemos referido antes.

La "gola" era articulada y se ponía debajo del peto y del espaldar y a ella se unían las correas que ajustaban estas dos piezas y se ataban las que sostenían los guardabrazos.

El "peto" y el espaldar eran otras dos piezas importantes; del trance del espaldar pendía el volante o falda. Del volante del "peto" colgaban las escarcelas, que se componían de láminas articuladas.

La rodilla iba cobijada por la rodillera cuya parte lateral, por su forma peculiar, se llamaba abanico. La pantorrilla iba protegida por la greba, que podía ser entera cuando la cubría por completo, o media cuando cubría una parte. Cuando cubría la tibia se llamaba esquinela.

Unido a la greba se veía el escarpe o zapato que era de tacones de hierro o de suela.

La hombrera o guardabrazo defendía el hombro. La aleta era una pieza que podía quitarse y ponerse unas veces y otras era fija. La hombrera derecha solía ser más amplia que la izquierda, para poder manejar bien la lanza que se apoyaba en una pieza unida al peto y que se llamaba ristre.

Formaban el brazal, piezas unidas a la hombrera, el cañón o cubo, a las que seguía el codal o abanico de brazal; unido a éste iba el avambrazo formado por dos piezas articuladas.

La mano le encerraba la manopla, compuesta de partes articuladas para permitir su juego.

El casco era otra parte importantísima del arnés de guerra y se componía de calva, parte defensiva del cráneo, en cuya parte superior iba la cima o crestón; la vista o visera con ranuras correspondían a la posición de los ojos. El ventalle llevaba multitud de agujeritos para facilitar el paso del aire. El barbote corresponde a la posición de los maxilares. Terminaba en la gola.

Todas la piezas giraban sobre ejes colocados a los lados. Al ponerse la celada, el barbote se unía por los laterales a la calva y sólo tenía movimiento la vista y el ventalle, que se subían para dejar la cara al descubierto.

En la parte posterior de la calva se colocaba un dispositivo cilíndrico, llamado asiento de penacho, que se utilizaba para sujetar las plumas de que estaba formado éste.

El arnés completo del hombre de armas empezó a usarse en España hacia el siglo XIV y se cree que es de origen francés; probablemente su introducción se debería a alguno de los guerreros principales que intervinieron en las luchas fraticidas de Don Pedro I con sus hermanos, los de Trastamara.

Como todo lo que el hombre hace la armadura fué sufriendo innovaciones que le hicieron más cómoda, menos pesada, sin perder su misión protectora.

TEATROS

"NOSOTROS ODIAMOS A LAS MUJERES" en el APOLO

Dos señores misóginos se retiran al campo de la convicción, por lo visto, de que en el campo hay mujeres o de que las campesinas no ofrecen peligro para los misóginos. De esos dos hombres, uno es literato. El otro, nó, porque este otro es secretario del literato. Parece al principio, que en el campo a donde han ido a vivir el literato y el que no lo es, nohay mujeres. La vida se desliza mansamente, pues seguramente el literato corresponde a algún grupito o subespecie de nueva sensibilidad, en cuyos cánones estéticos no figura la emoción por la mujer. Pero antes de que el público se aburra pór completo de estas cosas, se comprueba que en el campo a que aludimos hay mujeres. Es un grupo de alegres muchachas que iban de excursión en auto y se les ha descompuesto el coche. Ellas ya tenían anteriormente descompuesta la cabeza. Estas chicas penetran en la casa del literato y del que no lo es y, como tienen descompuesto el auto y la cabeza, se consideran en el caso de alborotar toda la casa, meterse hasta en los últimos rincones y disponer de lo ajeno como de cosa propia. Así lo hacen. Pero resulta que los enemigos de las mujeres acaban por sucumbir al encanto femenino y entonces se descubre que lo del automóvil solamente ha sido una broma del padre del literato, que por este medio quiere atraerlo a la vida de ciudad y curarlo de su misoginía de papel de plata.

Esto parece el argumento de unas películas del más puro y cursi estilo norteamericano. No es así, sin embargo. Se trata de una pieza de teatro y no de una opereta, sino de una de esas cosas raras que está dando Ratti. Es autor de la pieza el señor Julio Franzoso. Nosotros no queremos mal al señor Franzoso, pero no tenemos por qué ocultar que es el autor de esta producción, puesto que él, con toda valentía, la firma.

Los hermanos Ratti y demás actores del Apolo colaboraron bien con el señor Franzoso.

ESTRENOSE "LOS GUZLARES"

Renovando su cartel, la compañía de Luis Gimeno nos hizo conocer en el Avenida la nueva zarzuela en dos actos, divididos en tres cuadros, titulada como el epígrafe y de la que son autores los Sres. Luis F. Sevilla y Anselmo Carreño, música del maestro Benito Morató. Si bien el libreto reedita un asunto viejo, porque la leyenda que lo inspira no tiene mayor importancia en materia de novedad, ha sido desenvuelta con un claro sentido del teatro y combinados con eficacia los elementos cómicos y los dramáticos. Una leyenda servia quita a los hombres del llano el derecho a pretender a las mujeres de la montaña y con este prejuicio choca el protagonista de la zarzuela, quien enamorado de una moza montañesa y correspondido por ella, ve aparecer el rival en un hombre de la altura. El conflicto es favorablemente resuelto para los enamorados por el padre de la chica, un tocador de guzla que regresa a su país. Con sentido salomónico, el viejo afirma que el amor no puede estar regido por las leyes geográficas y proteje a su hija para que pueda unirse con el pretendiendte del llano.

Como puede el lector advertirlo, la leyenda es infantil y esta zarzuela por su asunto valdría poco, si los autores no hubiese tejido bonitos diálogos y, sobre todo, si el músico no demostrase tan fresca inspiración en los números que se alternan con la letra. El maestro Morató ha compuesto una bella partitura para "Los Guzlares", abrevando en las fuentes populares de la música servia y produciendo fragmentos como el dúo de los amantes y el coro de guzlares, que son, sin hipérbole, verdaderos aciertos de composición musical. Así lo comprendió el público que hizo bisar ambos números, aplaudiéndolos con entusiasmo. En la interpretación de la nueva zarzuela se lucieron las tiples Conti y Giménez, el bajo Gimeno, el actor Torrijos y el tenor Biarnés, siendo visibles los titubeos de otros artistas que en ella participaron, acreditando no conocer bien sus papeles.

"EL CONVENTO DE SAN ANTONIO" en el SMART

El conventillo porteño es un emporio de inspiración para nuestros autores. Allí se encuentran los tipos más pintorescos y las escenas más divertidas. Allí está el alma popular en todos sus aspectos, fuente inagotable de ese género ligero del que tanto gusta nuestro público para el solaz de la hora que dedica el grande a conocer al chico a ver cómo son sus iguales.

Un aspecto nuevo ha sido explotado en esta pieza. No son ya los inquilinos los que luchan entre sí por las pequeñas diferencias de la vida diaria; son los inquilinos reunidos los que forman un frente único contra el casero, defendiendo su pobreza contra el explotador de todos. A ello se unen otras incidencias de menor cuantía que animan y vivifican la acción, dándole colorido.

No es posible ni discreto buscar en el sainete otras cosas que no sean el fiel reflejo de la realidad pintoresca de ese ambiente de la vida popular, siempre y en todas partes rica en caracteres bien definidos y de un profundo sentido de humanidad.

Alfredo Lagazio ha logrado dar amenidad a esta pieza y, en manos de Ruggero, cobra la eficacia cómica a que el ingenioso actor nos tiene acostumbrados. Los demás elementos de la compañía del Smart, contribuyeron en la medida de sus fuerzas y de sus papeles al éxito que obtuvo "El convento de San Antonio".

EVA Y EL PARAISO

Las interesantes interpretaciones de Eva Franco en "Roberto y Mariana", la exquisita comedia de Paul Geraldy, han estado llevando mucho público al Liceo y lo más raro es que esa producción delicada y bella, ha gustado al público modesto de las localidades altas. Así, si una mala Eva despobló el paraíso, una buena Eva lo ha llenado de gente.

Se estaba por estrenar en el Liceo un arreglo de la novela de Mármol, "Amalia", con el título de "La rosa de sangre". Arreglo para la escena se entiende. Los autores son Rossi y Acasuso.

DE ROSAS, DE FIRME

Con "El proceso de Mary Dugan", interesante drama policial que en algunos pasajes mantiene el corazón de los sensibles como suspendido, ha hallado De Rosas una pieza de éxito. Si el público veleidoso e incomprensible de Buenos Aires no dispone de pronto abandonar la sala del Ateneo, parece que el tal proceso se abrirá y cerrará muchas noches en el teatro de la calle Cangallo. De todos modos, De Rosas, hombre previsor, ha pensado ya en la obra que ha de sustituir aquélla en el cartel, y que será, probablemente, "L'homme du joie", la bella pieza de Geraldy y Spitzer, traducida por don F. Collazo.

LIRICA ITALIANA

El sábado, si nada lo impidió, ha debido debutar en el Marconi una compañía lírica italiana, especialmente contratada para hacer una temporada que será tan corta ó tan larga como lo disponga S. M. el público. Se nos ocurre que ha de gustar, pues pocas veces ha fallado una compañía lírica en la sala donde consumió tres toneladas de toscanos el inefable Miguelito Gea.

GENTE PARA EL COMICO

En vista de que el cine ha fracasado en el Cómico, cosa muy natural puesto que la farándulo y la pantalla no se han tenido nunca verdadera simpatía, Elías Alippi y Segundo Pomar han resuelto en su carácter de empresarios de dicha sala, presentar una compañía de género chico. No es difícil organizar en Buenos Aires un conjunto de ese género, pero ya no es tan hacedero reunir un buen elenco, capaz de lanzarse a una pelea comprometida.

En esta labor se encuentran actualmente los empresarios nombrados y, entre tanto, van ganando tiempo con la lectura de varias obras que irán apareciendo en los futuros carteles de esa sala.

LOS DEL NUEVO

La compañía Cicarelli tiene en preparación dos obras: "También la gente del pueblo tiene su corazoncito" de Cirilo Peña y "Internacional Hauss (Puerto Madero)" de Pablo Suero. La primera de estas obras será la que ocupe el cartel, en cuanto decaiga el interés del público por las del debuto, que ahora lo llenan.

ORO Y SANGRE

No aludimos a la bandera española, sino al teatro Nacional, donde "La sangre de las guitarras", la interesante pieza de Retta, es una mina de oro. Una que no falla, al revés de las de los tangos populares.

GRAND SPLENDID

Otro film sonoro, "El amor nunca muere", ha sido dado a conocer en esta bella sala por la empresa Max Glucksmann. Se trata de una admirable superproducción en la que se alían las execelencias del progreso del cine, en materia de reproducción gráfica, con la última aplicación, o sea la voz, en las películas. El público llena este salón.

CAPITOL

Mucho público se observa en las funciones que ofrece diariamente este acreditado cine donde se exhiben bellas producciones. En esta semana los programas son de todo punto atrayentes.

GLORIA

Con buen éxito viene desenvolviendo su temporada este salón de la avenida de Mayo. Películas notables en todo sentido cubren los carteles de las veladas y matinées.

PARC

En la semana que se inicia brindará un programa excepcionalmente interesante este cine, catedral de Palermo.

SOCIALES



La señorita Celina M. Capurro, cuyo enlace con el señor Juan B. Chigliazza se efectuó en la residencia de la novia.



Los contrayentes señorita Esther Calderón Racedo y señor José María Peña, después de la bendición de su enlace en la iglesia de la Piedad



La señorita María Celia Bartrons, cuyos desposorios con el señor Carlos E. Travaglini, se efectuaron en el domicilio de la novia.



La señorita Elena Justina Zoppi y el señor Emilio I. Ballini, cuyo enlace matrimonial se llevó a cabo en la residencia de la contrayente





La señorita Paulina F. Ottone y el señor Juan Pedro Gatti, que recientemente contrajeron enlace. La ceremonia se efectuó en casa de la novia

Fots. Pérez

ULTIMAS CREACIONES DE LA MODA FEMENINA



1 — Levita - sastre ejecutada con tela "Diagonecla" color beige guarnecida con astrakán de tono más sostenido. — 2 — "Trotteur" de kasha verde puesto encima de una blusa confeccionada con crespón Georgette crudo. — 3 — Elegante traje compuesto de una chaqueta de raso color azul marino, guarnecida con zorro gris y de una falda de paño azul ultramar. El cuerpo está hecho de crespón de China rosa.

Talleres gráficos de DAVID GURFINKEL — Montevideo 421 — Buenos Aires